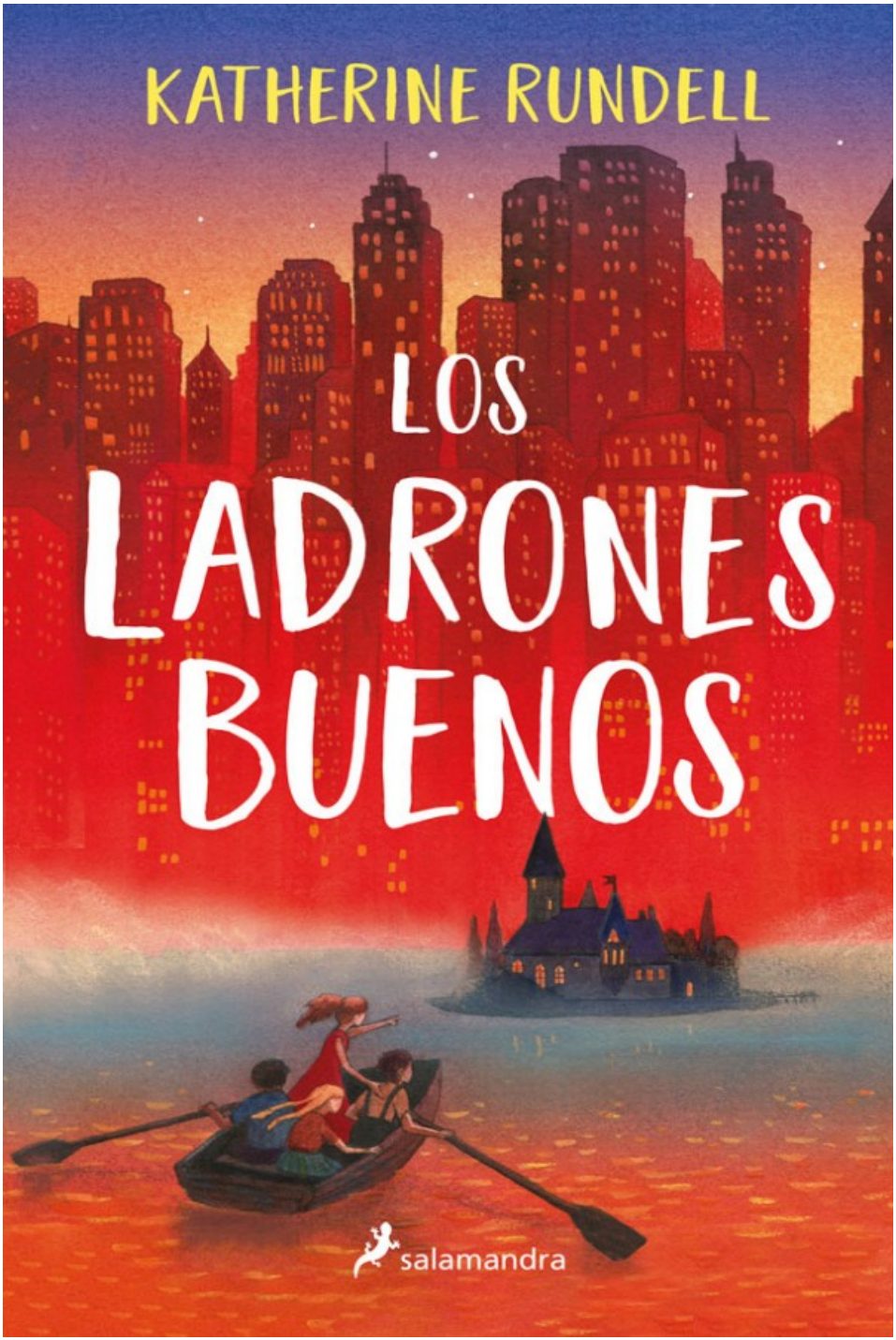
KATHERINE RUNDELL

LOS LADRONES BUENOS



salamandra

KATHERINE RUNDELL

LOS LADRONES BUENOS

Traducción del inglés de
Begoña Hernández Sala

salamandra

Para Ellen Holgate, mi editora,
y Claire Wilson, mi agente.
Qué suerte trabajar con
dos mujeres como vosotras.

1

Vita tensó la mandíbula y saludó a la ciudad con una inclinación de cabeza, como un boxeador a su oponente antes del combate.

Estaba sola en la cubierta del barco. El mar, picado y tormentoso, lanzaba rociones de agua salada a más de diez metros de altura, y todos los pasajeros del transatlántico, incluida su madre, habían tomado la sensata decisión de refugiarse en sus camarotes.

Pero no siempre es sensato ser sensato.

Vita se había escabullido y quedado sola a la intemperie, aferrada a la barandilla con las dos manos, cuando el barco coronó la cresta de una ola del tamaño de un teatro de la ópera. Así que había sido la primera en avistar la ciudad.

«¡Ahí está! —gritó un miembro de la tripulación—. ¡A lo lejos, a la izquierda!»

Nueva York surgió de entre la niebla, alta, de un azul grisáceo, bellísima; tan bella que Vita fue hasta la proa del barco para contemplarla. Mientras estaba inclinada sobre la barandilla, tanto como se atrevía, algo se abalanzó volando hacia su cabeza.

Se agachó con una exhalación. Una gaviota perseguía a un joven cuervo por el cielo, picoteándole el lomo, revoloteando y graznando sin parar. Vita frunció el ceño. No le parecía una pelea justa. Se metió la mano en el bolsillo y la cerró en torno a una canica verde esmeralda. Apuntó con rabia, calculando brevemente el ángulo y la distancia, echó hacia atrás el brazo y lanzó el proyectil.

La canica impactó justo en el centro del cráneo de la gaviota, que soltó un chillido escandalizado, como de marquesa ofendida, y el cuervo dio media vuelta en el aire y salió disparado hacia los

rascacielos de Nueva York.

Tomaron un taxi en el puerto. La madre de Vita contó con cuidado un puñado de monedas y dio la dirección al conductor.

—Todo lo cerca que pueda dejarnos por esta suma, por favor —le pidió.

El hombre cogió el dinero que tanto esfuerzo les había costado reunir y asintió.

Manhattan se deslizaba velozmente al otro lado de la ventanilla, con estallidos de colores brillantes vibrando sobre la piedra y el ladrillo azotados por la tormenta. Pasaron por delante de un cine con carteles de Greta Garbo y junto a un vendedor ambulante de pinzas de langosta al vapor. Un tranvía pasó por un cruce con gran estruendo y estuvo a punto de chocar con una furgoneta de encurtidos Colonial. Vita respiró el olor de la ciudad. Intentaba memorizar el trazado de las calles para hacerse un mapa mental, e iba susurrando los nombres:

—Washington Street, Greenwich Avenue...

Cuando se terminó el dinero, siguieron a pie por la Séptima Avenida. Caminaban todo lo deprisa que podían, con el feroz viento de cara y las maletas en la mano, esquivando a hombres con traje de raya diplomática y a mujeres con tacones altos y afilados.

—¡Ahí! —exclamó la madre de Vita—. Ése es el piso del abuelo.

El bloque de apartamentos, alto, imponente y de piedra marrón, se alzaba sobre la ajetreada acera de la esquina de la Séptima Avenida con la calle 57Oeste. Delante de la entrada, un vendedor de periódicos anunciaba los titulares gritando por encima del viento.

En la acera de enfrente, había un edificio de ladrillo rojo con una ornamentada fachada de arcos. De la pared sobresalían dos mástiles con sendas banderas que aleteaban con furia. Por encima de ellas, en letras de cristal de colores, se leía CARNEGIE HALL.

—Todo parece muy... elegante —dijo Vita.

El bloque de apartamentos parecía mirar al mundo por encima del hombro.

—¿Estás segura de que es aquí?

—Estoy segura —respondió su madre—. Tu abuelo vive en la última planta, justo debajo del tejado. Antes era el piso de la portera. Estaremos un poco apretados, pero tampoco nos quedaremos mucho.

Tenían reservado el billete de vuelta para tres semanas después. Tiempo de sobra, había dicho la madre de Vita, para arreglar los papeles del abuelo, recoger sus escasas pertenencias y convencerlo para que regresara a casa con ellas.

—¡Venga! —exclamó su madre, haciendo un esfuerzo por sonar animada—. Vamos a verlo.

El ascensor estaba estropeado y Vita subió las escaleras casi corriendo, a trompicones, tan rápido como le permitían las piernas. Su maleta iba chocando contra las paredes mientras ella avanzaba por los estrechos tramos de escalera, haciendo caso omiso del creciente dolor de su pie izquierdo. Se paró a descansar, sin aliento, delante de la puerta. Luego llamó, pero no hubo respuesta.

La madre de Vita subió los últimos peldaños resollando. Se agachó para sacar la llave del apartamento de debajo del felpudo. Vaciló, mirando a su hija.

—Seguro que no está tan mal como pensamos, pero...

—¡Mamá! ¡Nos está esperando!

La mujer abrió la puerta y Vita echó a correr por el pasillo. Al llegar al final, se quedó de piedra.

Su abuelo siempre había sido muy delgado, guapo y esbelto; tenía las manos bonitas y largas, y unos sagaces ojos azul verdoso. Ahora estaba demacrado y se le veían los ojos hundidos. Los dedos se le habían enroscado hacia dentro formando un puño, como si todas las partes de su cuerpo hubieran decidido retirarse del mundo. En la pared que había junto a su butaca tenía apoyado un bastón; nunca había necesitado uno antes.

Su abuelo aún no la había visto, y Vita, durante ese segundo, alcanzó a ver un velo de insondable tristeza en su cara.

—¡Abuelo! —exclamó la niña.

Cuando se dio la vuelta, su expresión se había llenado de luz, y Vita

respiró aliviada.

—¡Granujilla!

Se levantó y Vita se lanzó a sus brazos; él rompió a reír, casi sin aliento por el impacto.

—Julia —dijo al ver entrar a la madre de Vita—, recibí tu telegrama hace sólo tres días; de lo contrario, te habría impedido...

Ella negó con la cabeza.

—No habrías podido detenernos, papá.

Él se volvió hacia Vita.

—¿Me enseñas esa sonrisa otra vez, Granujilla?

Vita sonrió, al principio con naturalidad, y luego, al ver que él no dejaba de mirarla, de manera exagerada, hasta que sintió que le estaba enseñando hasta el último diente.

—Gracias, Granujilla. Aún tienes la sonrisa de tu abuela.

A Vita se le encogió el corazón cuando vio que al anciano se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Abuelo?

Él tosió, sonrió y carraspeó.

—Caramba, cómo me alegro de veros. Pero no era necesario.

Julia empujó a Vita hacia la puerta.

—Ve a ver tu habitación, cielo.

—Pero...

—Por favor. —Estaba pálida y parecía agotada—. Ahora.

—Es la del final del pasillo —le dijo su abuelo—. Me temo que es más un armario que una habitación, pero las vistas son muy bonitas.

Vita recorrió despacio el pasillo con la maleta en la mano. Notó que los tablones del suelo crujían y que la pintura de la pared se estaba desconchando. Empujó la puerta; estaba atascada. Se apoyó en la pared y dio una patada con su pie más fuerte. La puerta se abrió de golpe y saltaron finos pedacitos de yeso.

El cuarto era tan pequeño que prácticamente podía tocar las cuatro paredes a la vez, pero tenía un armario de madera y una ventana que daba a la calle. Vita se sentó en la cama, se quitó el zapato izquierdo y se agarró el pie con ambas manos. Se masajeó la planta, flexionando los

dedos del pie, e intentó pensar.

Ya habían llegado. Debería de estar entusiasmada. Habían cruzado el océano, recorrido medio mundo, y Nueva York aguardaba al otro lado de la ventana, estirándose hacia el cielo como la caligrafía de un dios extravagante.

Pero nada de eso le importaba lo más mínimo, porque su abuelo no estaba tan mal como temían: estaba peor.

Vita tenía los bolsillos de la falda llenos de piedrecillas del jardín trasero de su casa. Escogió las más grandes y empezó a lanzarlas contra la puerta del armario. La ayudaba a pensar.

Si alguien la hubiera visto, quizá habría reparado en que todos los lanzamientos daban con precisión matemática en el centro del tirador del armario... pero allí no había nadie, y ni siquiera Vita prestaba demasiada atención a ese detalle. Tenía la cabeza en otro sitio.

Tenía que hacer algo para enderezar las cosas. Todavía no sabía qué, ni cómo, pero el amor consigue que las personas sientan que no tienen elección.

2

La desgracia del abuelo había llegado de forma inesperada, como suele ocurrir con las desgracias. El telegrama que recibió Julia era breve: ANOCHE MURIÓ TU MADRE.

Vita se quedó sentada en el felpudo de la entrada, incapaz de moverse. Su madre, blanca como el papel, la llevó a la cama, y juntas bebieron zumo de grosella negra y recordaron anécdotas de la abuela, que había viajado por todo el mundo con el abuelo y tenía una risa gutural, como de marinero. Las historias las consolaron un poco, como suele pasar con las historias.

Pero aquello no fue todo. Llegaron más cartas. Las primeras eran breves e inquietantes. El abuelo les contaba que el castillo parecía estar lleno de fantasmas.

En realidad, el castillo del Hudson era muy pequeño para ser un castillo. El tatarabuelo de Vita lo había arrancado de la cima de su montaña en Francia y lo había trasladado, piedra a piedra, a través del océano hasta Estados Unidos. En su día, fue considerado algo grandioso y también una locura. Ahora el castillo estaba desmoronándose; era un lugar destartalado y precioso donde el abuelo vivía completamente solo.

Y entonces cruzó el cielo un rayo de esperanza. En una de esas cartas les contó que un hombre quería alquilar el castillo del Hudson. Le había ofrecido transformarlo en un colegio y que él fuera el director; eso le daría un nuevo propósito en la vida, algo que hacer. No habían firmado aún ningún documento, pero el hombre estaba ansioso por empezar con las reformas. Se llamaba Sorrotore y era un millonario neoyorquino.

Su abuelo adjuntaba un recorte de periódico en el que se veía a un hombre delante de un enorme bloque de pisos de Nueva York, sonriendo a cámara con actitud hollywoodense. «Victor Sorrotore frente a su casa, en el edificio Dakota», rezaba el pie de foto.

«Victor Sorrotore», susurró Vita, y memorizó su cara por si acaso.

Al cabo de una semana, Sorrotore atacó. Una tarde, al volver de pasear, su abuelo se encontró con que habían cortado el camino de acceso al castillo. Un desconocido salió con dos perros de la casita del guarda, le apuntó con un rifle y le soltó: «El castillo del Hudson es propiedad del señor Sorrotore. ¡Lárguese!».

En toda su vida adulta, a su abuelo jamás le había dicho nadie que se largara. Cuando intentó apartar al guardia, uno de los perros le mordió el tobillo; no fue un mordisquito, sino que le dejó una dentellada sangrante. El rifle le apuntaba al pecho. Desconcertado, el anciano tomó un tren a Nueva York, alquiló el minúsculo apartamento de la Séptima Avenida y buscó al abogado de Sorrotore.

El abogado expresó su sorpresa como sólo los de su gremio saben hacer, alzando tanto las cejas que casi le llegaron a la nuca. Le dijo que él sabía perfectamente que le había vendido el castillo a Sorrotore. ¿O acaso el dinero no estaba en su cuenta corriente? Era una suma muy pequeña —sólo doscientos dólares—, pero conscientes de que el castillo del Hudson se había convertido en una carga, estaban seguros de que el abuelo se alegraba de librarse de ella.

El anciano consultó su cuenta bancaria y vio la transferencia. Entonces intentó contratar a un abogado y exigir que Sorrotore mostrara la escritura de la propiedad, pero no encontró a ninguno que aceptara el caso sin cobrarle más dinero del que tenía. «La justicia —escribió en su última carta— parece ser sólo para aquellos que pueden permitírsela.» Añadía que, a partir de ese momento, intentaría olvidar la casa donde había nacido. Intentaría olvidar su vida allí con Lizzy, su esposa: era lo más sensato.

Tras leer la última carta, a Vita se le partió el corazón. El castillo del Hudson era el hogar de su abuelo. Era el único lugar donde podía vivir rodeado de todos sus recuerdos de la abuela Lizzy. «No», se dijo.

Al ver la cara de su madre, Vita se sintió esperanzada. Julia Marlowe era una mujer de constitución robusta, voz dulce y voluntad de hierro. Las dos tenían los mismos ojos marrones y el mismo mentón tozudo.

Al día siguiente, su madre se presentó en casa con dos billetes en la mano. «Vamos a traernos a tu abuelo, tanto si quiere como si no. El barco zarpa de Liverpool. Salimos esta noche.»

Vita se dio cuenta de que el anillo de compromiso y la alianza de boda habían desaparecido de la mano izquierda de su madre. No le preguntó nada; tan sólo se fue a su dormitorio a hacer el equipaje, con las botas resonando en el suelo como las de un soldado de camino a la batalla.

Era su abuelo quien le había enseñado a lanzar.

Su abuelo se llamaba Jack Welles, o mejor dicho, William Jonathan Theodore Maximilian Welles, pues pertenecía a esa clase de familias devotas de los nombres largos, los coches largos y las comidas largas. Hacía mucho que la fortuna familiar se había esfumado, pero no la costumbre de los nombres extravagantes. El padre de su abuelo era estadounidense; la madre y la educación de Jack, inglesas. Jack era joyero de oficio, lo bastante alto para que los dinteles de las puertas fueran un peligro en potencia y lo bastante flaco para que le cupieran las piernas por la boca de un buzón.

Cuando Vita tenía cinco años, sucedieron dos cosas: su padre murió en la Primera Guerra Mundial y ella contrajo la polio. Su madre luchó contra la enfermedad con fiereza e incansable determinación. Durante esos meses oscuros e interminables, Vita permaneció tendida en una cama de hospital, y sólo la levantaban para bañarla en harina de almendra y agua electrolizada. Le daban de beber cloruro de oro y vino de pepsina. Empezó a parecer mayor de lo que era.

Y un buen día sus abuelos llegaron de Estados Unidos. Su abuelo se sentó junto a su cama, le regaló una pelota de ping-pong y le dijo que lo llamara cuando fuera capaz de darle un pelotazo en la cabeza al cirujano jefe. Luego, con la mano firme de un joyero, dibujó una diana

diminuta en la pared de enfrente.

Vita falló y falló, hasta que ya no falló.

Su abuelo la entrenaba como si se tratara de una atleta. Él mismo era un magnífico tirador, y Vita se pasó horas y horas lanzando todo tipo de objetos. Guijarros, canicas, dardos, aviones de papel. Cuando salió del hospital y regresó a casa, con siete años, Vita podía lanzar un cuchillo de carne y, dibujando una elegante trayectoria en bucle, hacerlo aterrizar en vertical sobre una porción de mantequilla situada al otro lado de la habitación.

Vita se hizo mayor, sus huesos se fortalecieron, y al final le sacaron la férula de la pierna. La pantorrilla izquierda se le había quedado más delgada que la derecha y el pie izquierdo, torcido hacia dentro. Un zapatero le hizo, gratis, unas botas con la piel más blanda que pudo encontrar. Su madre las forró con seda roja y les cosió un bordado de pájaros. Ya podía correr, aunque a costa de calambres y ardores en los músculos; sin embargo, Vita, que lloraba desconsolada con un corte de nada y pedía una tirita a la mínima gota de sangre, jamás se quejó del dolor de la pierna izquierda.

Creció poco, era callada y observadora. Tenía seis clases de sonrisas, y cinco eran verdaderas. Valía la pena verlas todas. Su pelo tenía el tono castaño rojizo de un zorro recién lavado.

La única vez que su madre se preguntó por qué Vita practicaba constantemente la puntería, el abuelo dijo: «Vita no lo tendrá fácil. Parece muy frágil. Le vendrá muy bien saber lanzar piedras».

Al cumplir ocho años, Vita le daba a las manzanas de las ramas más altas de los árboles a cincuenta pasos de distancia. Podía hacer cabrillas con una piedra y lograr que rebotara veintitrés veces sobre la superficie del agua.

«En casa —le dijo la abuela Lizzy—, tu abuelo es el mejor tirador del pueblo. —Era una mujer alta, de nariz prominente y ojos sumamente amables—. Pero creo que tú eres mejor.»

Un día su abuelo la observaba mientras ella lanzaba piedras al mar levantando la mano por encima de la cabeza.

«Ahora aprende de velocidad; aprende cómo hace girar las cosas el

aire —le dijo—. ¡Busca! ¡Aprende! Aprende todo lo que puedas, ¡porque aprender es justo lo contrario de la muerte! ¡Es lo más maravilloso!»

Su abuelo era la única persona que Vita conocía que parecía emitir chispas de electricidad al hablar, como si sus palabras golpearan el mundo como el hierro al pedernal.

Al final los abuelos regresaron a Estados Unidos, al castillo del Hudson. Poco tiempo después todo cambió, y ahora Vita estaba allí, en la diminuta habitación del desván, contemplando la puesta de sol sobre la ciudad de Nueva York.

3

Aquella primera noche no había luna ni estrellas en el cielo, pero Nueva York nunca está a oscuras. Vita se levantó de madrugada y descubrió que la ciudad seguía despierta. La contemplaba desde la ventana. El bloque de apartamentos era alto, más que los de su alrededor, y se alcanzaba a ver las calles que se adentraban en la inmensa oscuridad de Central Park. Farolas, luces en las casas, sótanos con resplandor de taberna clandestina, faros de coches, destellos de cigarrillos. Manhattan se estremecía y relumbraba.

Vita sabía que le resultaría imposible volver a dormirse. En el edificio de al lado, había un restaurante del que salía la melodía de dos violines y la estridente voz de un hombre que cantaba desafinando.

En la acera de enfrente, el Carnegie Hall se había vuelto de bronce bajo las luces de la calle, y su fachada destilaba una solemnidad silenciosa. Vita parpadeó y miró con más atención.

En ese preciso momento el edificio no era silencioso ni solemne, porque había un chico a punto de saltar desde la ventana de la tercera planta.

Había escalado y estaba inmóvil en el alféizar. Era muy delgado, de piel negra y orejas de soplillo, y no miraba hacia abajo sino hacia la ciudad.

Un segundo chico, más bajito, apareció corriendo por la esquina del edificio, riendo y arrastrando por la acera un colchón fino con ambas manos. Soltó el colchón y gritó: «¡Preparado! ¡Listo! ¡Ya!».

El chico del alféizar levantó los brazos por encima de la cabeza y, antes de que Vita pudiera gritarle que se detuviese, saltó y se lanzó al vacío. A ella se le cortó la respiración. Pero el chico dobló las rodillas

pegándolas al pecho e hizo dos volteretas en el aire; luego se estiró, tieso como un palillo, justo a tiempo para aterrizar de pie en el colchón. Dio un paso, cayó de rodillas y se levantó de un brinco. El más bajo soltó un grito triunfal y el otro esbozó una media sonrisa.

Entonces el alto alzó la vista y vio a Vita asomada peligrosamente a su ventana, con el alféizar por el ombligo. Durante un segundo, los tres se miraron con los ojos muy abiertos en medio de la noche oscura. Luego el más alto esbozó de nuevo aquella sonrisa particular y enigmática, y el chico más bajito, al verla, se echó a reír y la saludó. Justo cuando Vita iba a decirles algo, los dos echaron a correr, el más bajito tirando del colchón, y doblaron la esquina.

Vita miró hacia abajo, a la acera, pero allí no había nadie que pudiera corroborar que aquel chico había volado de verdad.

«Recuérdalos —se dijo—. Por si acaso. Sólo por si acaso.» Como si ella pudiera olvidarlos...

En su primera mañana en Nueva York Vita se despertó con la música que sonaba al otro lado de la ventana. Se frotó los ojos soñolientos y se asomó a la calle. En la acera, apoyado en un árbol, había un hombre con un sombrero calado hasta las cejas tocando un organillo.

El día era soleado y de un azul resplandeciente, pero también lo bastante frío como para que Vita exhalara nubecillas de vaho mientras se lavaba y se ponía un jersey grueso de lana y una falda roja que le permitía moverse con agilidad. Se ató cuidadosamente las botas de seda roja y se peinó con los dedos.

En el salón, encontró al abuelo sentado en el sillón, mirando al cielo. El anciano se volvió al oírla entrar; Vita se dio cuenta del esfuerzo que hacía por cambiar el rictus y esbozar su antigua sonrisa.

—¡Granujilla! Buenos días. Tu madre ya se ha ido. Quería hablar con el director de mi banco y ver qué se puede hacer. Por su cara se diría que iba a las Cruzadas.

Vita asintió. Cuando Julia Marlowe tenía un objetivo, lo perseguía con la determinación inquebrantable de un buque de guerra.

—Se teme que entre una cosa y otra, como renovar mi pasaporte y transferir lo que queda en mi cuenta a otra inglesa, va a estar bastante tiempo fuera... Así que ahora soy responsable de ti y de tus movimientos. Me ha hecho prometerle que los dos seríamos prudentes. —Alzó una ceja, con expresión pícara—. ¿Tienes idea de cuáles van a ser tus movimientos?

—Voy a preparar salchichas con kétchup. —El kétchup había sido toda una revelación que había descubierto durante la travesía, y desde entonces lo tomaba a diario—. ¿Te apetece una?

El abuelo negó con la cabeza.

—Eres muy amable, pero eso no es para mí.

—¿Y café? —Se suponía que eso era lo que bebían en Estados Unidos; a ella le sabía a barro caliente, pero era consciente de que no todos opinaban lo mismo—. La verdad es que no sé cómo se hace, pero podría intentarlo.

—No, gracias.

—¿No hay nada que pueda hacer?

—Me basta con que estés aquí.

Vita, sin embargo, sabía que no bastaba, porque de camino a la cocina vio que el abuelo volvía a recostarse en el sillón y que a sus ojos regresaba aquella expresión de vacío.

Encontró salchichas y las metió en el horno, y estaba hundiendo un cuchillo en la botella de kétchup cuando la llamó el abuelo.

—¡Granujilla! ¿Estás por ahí?

Vita corrió a su lado lo más deprisa que pudo.

—¡Sí!

—Ven a sentarte mientras se hacen las salchichas. Tengo que contarte algo importante —le dijo, pero miraba a lo lejos, más allá de su nieta, de las azoteas y de la propia ciudad. Y miraba con rabia.

—¿Qué pasa?

Cuando él no respondió, la niña se sentó en el suelo y se agarró con una mano a su tobillo. Había descubierto que, si lo hacía la persona correcta, que te sujetaran el tobillo podía ser de gran ayuda.

—Necesito que me escuches —empezó el abuelo—. Siempre has

sabido escuchar, Granujilla. Por tu propia seguridad, necesito explicarte quién es Sorrotore y qué me quitó.

—Tu abuela logró que el viejo castillo cobrara vida. Consiguió que crecieran cosas donde se suponía que nada podía crecer. Fresas silvestres en la boca de las gárgolas, rosas dentro y fuera de las rejas de las ventanas. Había tanta hiedra que incluso salía por el inodoro. —Cerró los ojos con fuerza, como si pudiera verlo y le doliera—. Mi bisabuelo se avergonzaría de mí. Al morir, creía que nos dejaba nadando en la abundancia. Carruajes, caballos, joyas... ¡Ah, las joyas! Diamantes, rubíes, zafiros. Casi todo se perdió. Mi abuelo lo perdió casi todo por culpa del juego. Pero lo que he hecho yo es peor. He perdido nuestro hogar. Dios mío... ¿qué diría Lizzy si lo supiera?

—Diría que no ha sido culpa tuya —respondió Vita muy seria—. Lo sé.

—Irradiábamos tanta felicidad cuando éramos jóvenes... La última joya que nos quedaba era un collar con un colgante de esmeralda grande como el ojo de un león. Una vez que necesitamos dinero para reparar el tejado lo llevamos a tasar: valía miles de dólares. ¡Oh, Granujilla, si nos hubieras visto...! La abuela se ponía la esmeralda y salíamos a bailar.

Vita intentó mantener una expresión impasible.

—¿Has dicho miles de dólares?

—La abuela estaba tan hermosa... Encargué a un fotógrafo que la retratara con el collar. Mi Liz, ella lo adoraba... —Dejó de hablar, con un nudo en la garganta—. Cuando murió, yo no sabía qué hacer, así que lo escondí. No soportaba verlo. Todavía está allí, en su viejo escondrijo. Oh, Vita —exclamó, suspiró profundamente, de forma entrecortada, y trató de recomponer el rostro.

Un collar de esmeralda. La idea atravesó el cuerpo de Vita como una descarga. Ella no podía recuperar una casa, pero una esmeralda era diferente. Una esmeralda grande como el ojo de un león y que valía miles de dólares podría cambiarlo todo.

«Puedo recuperarla. Puedo robársela al ladrón. Y podría venderla. Podría emplear el dinero para contratar a un abogado y obligar así a que le devuelvan la casa al abuelo.»

—Es imposible —susurró para sí.

«Pero —le replicó una vocecilla interior— el hecho de que sea imposible no significa que no valga la pena intentarlo.»

Vita colocó una manzana en lo alto de la cómoda.

Se sentó delante, en la cama, con la navaja en la mano, y se concentró en la punta del tallo de la manzana.

Los colores centelleaban en sus ojos, y apartó los pensamientos cotidianos, las pequeñeces que la mantenían ocupada, buscando el lugar firme y estable de su mente. Su abuelo siempre le decía: «Si tu mente está en condiciones para que una idea pueda encontrarte, al final la idea llegará. —Y añadía—: Por supuesto, la idea no siempre será práctica ni legal».

El plan que empezaba a cobrar forma en su mente tampoco lo era.

Permaneció sentada mucho rato, mirando al frente y sin apenas respirar. Jamás en su vida había estado tan inmóvil. Ni siquiera notaba el dolor constante y palpitante del pie. Su idea se abría paso, doblando esquinas y retrocediendo en los callejones sin salida.

En su cabeza, el plan se presentaba en mayúsculas y cursivas. Cada vez era más sólido.

Vita parpadeó y salió de su ensimismamiento. Abrió la navaja y la lanzó al otro lado del cuarto; el mango tenía el peso descompensado y giró en el aire. Aun así, la hoja se hundió en el corazón de la manzana, que cayó al suelo.

Su cara se iluminó con una de sus seis sonrisas. A continuación sacó un cuaderno rojo de su maleta y, con los ojos ardiendo todavía de concentración, escribió dos palabras:

EL PLAN.

Las subrayó.

Luego dio la vuelta al cuaderno para empezar por una página en blanco del otro lado, y empezó a escribir:

El día que los abuelos regresaban a Estados Unidos recibí mi navaja.

No quería verlos marchar, así que me fui al bosque para estar sola. Intentaba darle al nudo de un árbol con un puñado de piedras, pero no paraba de fallar; no podía ver.

A mi espalda, alguien me dijo:

—Concéntrate.

Y yo respondí:

—¡Estoy concentrada!

Y él me dijo:

—Estás triste, Granujilla, y enfadada. Lo sé. Pero si aprendes a transformar la rabia y la tristeza en otra cosa… trabajo, amabilidad… entonces serás extraordinaria. Ponte la tristeza y la rabia en la mano y lánzalas.

—¿Cómo? No sé cómo.

—Es un truco que se tarda toda la vida en aprender. Prueba otra vez. Imagínate trasladando la tristeza al pecho y luego a la mano. Y lanza.

Lo probé. Bajé el corazón hasta la mano y lancé la piedra, y la piedra impactó en el nudo, justo en mitad del árbol. Me di la vuelta y allí estaba él, sentado en un tocón, sonriendo. Y me dijo:

—Cierra los ojos. —Y depositó una navaja roja en mi mano—. Era mía, de cuando tenía tu edad. Es una navaja suiza, de las que se usaban en el ejército. Nunca olvides que tú sola eres como un ejército entero.

La abrí. Estaba engrasada a la perfección. Una hoja larga, tijeras, un par de pinzas extraíbles; todo insertado en la parte superior.

—Úsala como una herramienta, no como un arma —me dijo el abuelo—. Tu arma en la vida no va a ser una navaja… Será algo mucho más potente y original. Pero las pinzas te resultarán muy útiles. No hay que subestimar un buen par de pinzas.

Y me besó en la coronilla y se marchó sin decir una palabra más.

Ésa es la clase de hombre que era mi abuelo antes de que muriera la abuela. Antes de Sorrotore.

Vita trazó una línea debajo del texto y metió el cuaderno bajo la almohada.

No se acordó de las salchichas hasta mucho después, y aunque para entonces ya estaban carbonizadas se las comió igualmente, con una buena dosis de kétchup, seguidas de la manzana. El plan le había devuelto el apetito, como suele ocurrir con los planes.

4

Unas horas más tarde, Vita salió con sigilo del apartamento, dejó al abuelo dormido, y se montó en un taxi. Nunca antes se había subido a un taxi sola, y lo hizo con los puños bien apretados dentro de los bolsillos del abrigo y el corazón latiéndole con fuerza.

Su primer intento de parar un taxi había fracasado; se había quedado plantada delante del Carnegie Hall con el pulgar levantado, pero el taxista que se había acercado a la acera, al ver que no había ningún adulto con ella, se había alejado rápidamente. En el segundo intento, la niña había abierto de golpe la portezuela del vehículo y se había lanzado al asiento trasero antes de que el conductor pudiera marcharse sin ella.

Pegó la cara al cristal de la ventanilla. Ya era por la tarde, y las calles estaban abarrotadas. El coche recorrió la calle 59 y la Central Park West. Las luces de un cine iluminaban el título de una película: *Wild Bill Hickok*.

Vita se sintió atravesada por la garra y el empuje de la chispeante Nueva York. Metió la mano en el bolsillo. Llevaba un mapa de la ciudad que le había tomado prestado al abuelo y, debajo del mapa, la navaja. La encerró en el puño, y eso le dio valor.

El taxi frenó con brusquedad junto a la acera.

—Aquí está, niña —anunció el conductor—. ¡El edificio Dakota!

Le dijo el precio de la carrera, que a Vita le pareció desorbitado. Ella sabía que los norteamericanos daban siempre propina, pero no tenía ni idea de cuánta, así que ante la duda optó por darle todo el dinero que llevaba y salir pitando a la acera.

Se quedó mirando el edificio. Era gigantesco; una especie de castillo,

con cresterías y torrecillas en las cuatro esquinas, y lleno de ventanas iluminadas.

Mientras estaba allí, pasaron por su lado un hombre de pelo gris y una mujer alta. Sopló una ráfaga de viento y la mujer se echó a reír, llevándose la mano al cabello, que llevaba recogido con una pluma de cisne adornada con un diamante.

—Procura no ser aburrido, cariño, y no hables de política sin parar —dijo la mujer con un fuerte acento neoyorquino—. Las fiestas de Victor son siempre fabulosas, insuperables.

A Vita le dio un vuelco el corazón; no se creía la suerte que había tenido. No se permitió vacilar: los siguió, manteniéndose todo lo cerca que se atrevía. La pareja franqueó una puerta, hizo un gesto con la cabeza al portero (Vita también, intentando que su sonrisa fuera la apropiada para un portero) y se subió al ascensor. La niña entró con ellos, procurando parecer arrogante e indiferente, como si perteneciera al mundo de los ascensores con paneles de roble. La mujer la miró, reparó en su pie izquierdo y desvió la vista de inmediato.

El ascensor se abrió a un pasillo. En un extremo, había seis peldaños de mármol y una puerta doble de roble. La pareja llamó con los nudillos, la puerta se abrió, hubo grititos de alegría, brotó un estallido de música, y los dos desaparecieron en el interior. Se escapaban retazos de docenas de conversaciones que provenían del otro lado de la puerta. No cabía la menor duda de que Sorrotore estaba celebrando una fiesta.

«Vete corriendo —le dijo su instinto a voz en grito—. Vuelve en otro momento.» Su estómago respaldó la idea con entusiasmo.

Pero sus pies no estaban de acuerdo. En ese momento, los pies de Vita eran más valientes que el resto de su cuerpo. La llevaron por los seis escalones de mármol, y su puño, el miembro más valeroso de todos, dio tres golpes breves en la puerta.

La abrió de inmediato un criado de cejas espesas, guantes blancos y sonrisa profesional. Sus botas negras estaban tan relucientes que le reflejaban las fosas nasales.

Aquella sonrisa profesional vaciló ante lo que se encontró delante. Vita clavó los ojos en él con una ferocidad desconcertante. La niña notó

que tenía las mejillas rojas por el frío y que le temblaba la mandíbula de lo fuerte que estaba apretando los dientes.

—¿Sí? ¿Qué deseas?

Vita enderezó la espalda para ganar unos centímetros.

—Me gustaría ver al señor Sorrotore. —E intentó pronunciarlo como había hecho su abuelo.

—El señor está dando una fiesta... como puedes ver. —Tras él, a la izquierda, una puerta doble se abría a la sala que Vita había visto antes, que era incluso más grande de lo que se había imaginado, y llegaba hasta el vestíbulo una cacofonía de voces y risas—. Vuelve mañana.

—Aun así, ¿le importaría preguntarle si puede recibirme?

—¿Quieres que me arriesgue a que se enfade?

De pronto Vita se preguntó si debería haberse guardado algo de dinero. ¿Acaso el criado esperaba que lo sobornase?

—Quizá también se enfade si se entera de que me ha echado. Dígale... que mi abuelo es Jack Welles.

El hombre la miró fijamente. Se quitó un guante para rascarse un ojo, rozándose el globo ocular con la punta del meñique. Luego suspiró.

—Si se enfada, me aseguraré de que seas tú la que cargue con eso.

Y entró en la sala profusamente iluminada. Se puso de nuevo el guante, pero a Vita le dio tiempo de ver el tatuaje que llevaba entre el pulgar y el índice: un gato bufando.

Vita se quedó sola esperando. Luego empujó la puerta del salón y siguió el rastro de perfume, sudor y humo de cigarrillos.

Era como mirar por un caleidoscopio. Parejas vestidas de colores vivos bailaban en el centro de la estancia o formaban grupos en los rincones. Las mujeres lucían diamantes lo bastante grandes para matar a un hombre, bebían mucho y reían a carcajadas. Llevaban toques de colorete en lo alto de los pómulos, y ni una sola era fea.

Hacía tanto calor que las ventanas se habían empañado. No obstante, Vita se abrazó, estaba temblando. Las risas eran demasiado estridentes, como si ocultaran otra cosa: miedo o pánico. La atmósfera era

frenética, la fiesta parecía estar en su momento álgido. Las mujeres semejaban más ornamentos que personas de carne y hueso. Vita conocía la ley seca y sabía que el alcohol era ilegal en Nueva York; sin embargo, había una mujer sentada mirando a la pared, demasiado borracha para sostenerse en pie.

Varias personas repararon en Vita. Todas bajaban la mirada hasta su tobillo y en el acto hacían el típico mohín de lástima. Ella frunció el ceño y adoptó la mejor de sus miradas de indiferencia, aunque notó que se sonrojaba por las orejas y el cuello.

Se disponía a volver al vestíbulo cuando una de las camareras —una chica alta con una trenza de color rubio platino y la cara hosca y angulosa, sólo un poco mayor que la propia Vita— dijo «Disculpe» y pasó por su lado con una bandeja de champán. Vita se pegó contra la pared para dejarle espacio.

Entonces un hombre grandote de cabello blanco alargó la mano para coger la última copa de champán de la bandeja. A ella le resultó extrañamente familiar. La camarera inclinó la cabeza con educación y, cuando se disponía a internarse en la multitud con la bandeja vacía, tropezó con sus propios pies y chocó levemente con el hombre. La chica deslizó los dedos por la muñeca izquierda del invitado y, de pronto, donde estaba su reloj de pulsera ya no había nada.

Vita contuvo el aliento. Y estaba a punto de gritar para avisar al hombre cuando sus ojos se encontraron con los de la camarera, que negó con la cabeza una vez, apremiante, y se dio la vuelta, aunque Vita pudo ver antes la expresión de su cara. Parecía un animal acorralado, atrapado.

Vita seguía dudando cuando oyó una voz en su oído derecho.

—¿Eres tú la niña que preguntaba por mí?

El hombre que se había dirigido a ella no se parecía al de la foto, pero Vita no tuvo la menor duda de que se trataba de él.

—Sí —respondió—. Y usted es Victor Sorrotore.

Era más alto de lo que esperaba y, aunque su traje era exquisito, tenía las uñas mordidas hasta la cutícula y ensangrentadas por los bordes. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado con brillantina, pero

tenía los ojos ensombrecidos por unos cercos oscuros, como si se los hubieran apretado con los pulgares manchados de tinta negra. Los clavó en Vita, que sintió cómo se le contraía el corazón.

—¿Qué quieres? —le preguntó él, que, al verla vacilar, continuó—: Espero que no hayas venido hasta aquí sólo para decirme cómo me llamo.

Su voz era grave, con acento estadounidense, aunque con una leve entonación europea.

—He venido a pedirle una cosa.

—¿Has interrumpido mi fiesta para pedirme un favor? —Lo dijo como si estuviera hablando con una niña mucho más pequeña.

Vita le sostuvo la mirada, intentando no parpadear.

—Se trata de negocios.

—¡Negocios! Si querías hablar de negocios, ¿por qué no has venido en horario de oficina? —Resopló, y lo hizo con crueldad—. Te habría ofrecido un puro. —La miró de arriba abajo, y Vita percibió que estaba realizando algún tipo de cálculo frío y complejo—. Ya que estás aquí, vamos a buscar un escritorio y muebles de cuero, para que te sientas en un entorno suficientemente formal.

Echó a andar. Con el rabillo del ojo, Vita vio que la camarera con la trenza hasta la cintura se dirigía, con expresión pétrea, hacia un grupo de mujeres risueñas. Una pulsera de diamantes desapareció de la muñeca de una de ellas.

Sorrotore se detuvo junto al hombre de pelo blanco, y Vita recordó entonces que lo había visto en los periódicos de Estados Unidos durante la travesía en barco. Era un político retirado... Ah, no: era un jefe de policía jubilado. Se había convertido en un promotor inmobiliario, en un «destacado filántropo», según los periódicos, lo que sonaba a enfermedad de la piel aunque seguro que no lo era.

—¿Todo bien, Westerwicke? —le preguntó Sorrotore—. ¿Ha ido todo como estaba planeado con Louie?

Westerwicke asintió.

—Creo que sí, ¿no, Dillinger?

Y se dirigió a un joven de mirada huraña, con unas cejas ralas y

rubias, que estaba junto a él. El chico se puso rojo como un tomate, pero asintió.

—Supongo.

—¿Y la prueba? —quiso saber Sorrotore.

Dillinger se sacó un pequeño sobre del bolsillo de la camisa, lo volcó en la palma de la mano y cayó un anillo de sello.

—Aquí está.

—Bien. —Sorrotore lo recogió—. Tengo que ocuparme de esto... —añadió señalando a Vita—, pero saldré enseguida.

—Por mí no tengas prisa —dijo Westerwicke, que miró a Vita y sonrió; era la sonrisa de alguien que no aprecia a los niños o no se fía de ellos.

Sorrotore la condujo a una habitación oscura revestida con paneles de madera. El fuego humeaba en la chimenea, pero su olor no le resultaba familiar, como si Sorrotore hubiera bañado la madera en perfume. Vita sacudió el cuerpo, con brío, flexionando los dedos dentro de los bolsillos; la combinación de la fiesta y ahora el fuego la estaba mareando, y se sentía como a la deriva de sí misma.

Un movimiento en un rincón de la sala la sobresaltó.

—No te preocupes por los animales —le dijo Sorrotore.

Vita se quedó boquiabierta cuando vio aparecer dos tortugas por detrás de un sofá: una tan pequeña como un platillo de postre; la otra tan grande como una rueda de bicicleta. Se movían con cautela, despacio, resbalando un poco encima de la madera pulida. Cuando se acercaron más, la niña vio pasmada que tenían piedras preciosas incrustadas en el caparazón. La más grande llevaba escrita con relucientes piedras blancas la palabra IMPERIUM. La más pequeña tenía algo escrito en rojo. Con un respingo, leyó: VITA.

—Rubíes —le explicó Sorrotore—. Y las piedras blancas son diamantes. No son especialmente valiosos ni de muchos quilates, pero los encuentro encantadores. *Imperium* significa «poder» en latín. *Vita* —prosiguió con una mirada veloz y oscura— significa «vida». El poder es vida, la vida es poder —declaró, y Vita frunció el ceño—. Sólo aquellos que tienen poder viven de verdad. No me gusta olvidarlo. Estas

criaturas me ayudan a tenerlo siempre presente.

—¿No les duele?

—¿Que si les duele? No digas tonterías: son animales.

Había dos sillones a ambos lados de la chimenea. Sorrotore dejó el sello en la repisa, se sentó en uno de los sillones e hizo un gesto a Vita para que tomara asiento en el otro. Se hundió en él aliviada; el pie le ardía y empezaba a temblarle.

—Y ahora… —había desaparecido el tono jocoso de la voz de Sorrotore— cuéntame por qué estás aquí.

—Soy la nieta de Jack Welles.

El hombre suspiró.

—Obviamente, lo sabía, si no ya estarías de patitas en la calle.

—He venido a pedirle —dijo Vita, intentando que su voz sonara resuelta y firme— que me enseñe los papeles de la casa de mi abuelo.

Las palabras le habían salido en un tono demasiado agudo y débil.

De repente, la tortuga más pequeña dio un mordisquito a Sorrotore en el talón, que soltó un bufido de sorpresa y lanzó una patada hacia atrás que hizo volar al animal por el suelo barnizado. La tortuga chocó contra una pared y terminó boca arriba, sacudiendo las patas en el aire.

—¡La tortuga! —exclamó Vita.

—¿Qué le pasa?

La niña no respondió, pero se levantó y cruzó la sala, intentando ocultar su cojera, para dar la vuelta al animal. Sorrotore se rió sin ganas; sonó como un ladrido.

—Ya veo que tengo a una pequeña san Francisco de Asís en mis manos. ¿Qué quieres decir con eso de ver los papeles?

—Quiero que demuestre que compró el castillo del Hudson de manera legal. Quiero que me los enseñe.

—¿Que lo demuestre? ¿Esperas que un adulto participe en un juego ridículo por orden de una cría?

Habló sin mirarla a los ojos, y Vita sintió que su furia aumentaba hasta igualar la de él. Bajo el pelo engominado y el reloj de oro, aquel tipo era un estafador; ahora ya estaba segura.

—Usted se quedó con la casa de mi abuelo y con todo lo que había

en su interior.

—«Quedarse» no es la palabra correcta. Él me la vendió... por una cantidad irrisoria, lo admito, pero fue su decisión. El castillo está construido, como quizá ya sabes, o no, sobre un lago artificial extremadamente hermoso y poco común. Habría sido un imbécil si no hubiese aprovechado la ocasión.

—¡No! Mi abuelo le dijo que se lo alquilaría...

—¿Me estás acusando de mentir?

A Vita le entraron arcadas a causa del chisporroteo del fuego y el olor de la habitación. Su cabeza daba bandazos de un pensamiento a otro. Luchando contra la creciente niebla que le emborronaba la mente, desesperada, probó con otra táctica.

—Al menos permítale ir a recoger sus cosas. Hay un collar de esmeralda y es ilegal que no le permita recogerlo...

Trató de tragarse sus palabras, pero Sorrotore no parecía haberlas oído. Se levantó para mirarse en el espejo y se retocó el untuoso flequillo que le caía por la frente.

—No tengo tiempo para bromas de este tipo. Te mostraré la salida.

—¡No! —La niña intentó recuperar la compostura, recordar lo que sabía que era cierto—. ¡Es usted un ladrón!

Sorrotore la miró y la empujó de nuevo contra el respaldo del sillón.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que es usted un ladrón —repitió Vita, con una voz que era poco más que un susurro.

—¿Cómo te atreves?

Su expresión era de algo parecido al asco. Vita se había preparado para recibir una negativa, pero no para semejante ataque de ira, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Sabes qué les pasa a los que me acusan de mentiroso en mi propia casa?

Antes de que Vita pudiera responder, llamaron a la puerta, y el mayordomo asomó la cabeza.

—El señor Westerwicke se ve obligado a marcharse, señor, y antes de irse le gustaría hablar con usted un segundo.

Sorrotore soltó una maldición, gruñó y salió a grandes zancadas de la habitación sin mirarla. Vita notaba que el aire le ardía dentro del pecho, pero se obligó a ponerse en pie.

—Levántate —susurró para sí—. No seas patética. A esto has venido. A explorar el terreno. Tienes que conocer a tu enemigo. Echa un vistazo alrededor. Busca algo, lo que sea, que pueda resultar útil.

Encima del escritorio había un montón de papeles, quince hojas, al menos. Revolvió entre ellas. En la parte superior de cada documento, aparecían las palabras «Escritura de compraventa». La cantidad abonada eran siempre doscientos dólares... una cantidad asombrosamente baja. Desconcertada, Vita reparó en que no estaban a nombre de Sorrotore, sino de sociedades anónimas con nombres especialmente anodinos. Construcciones Viables estaba comprando el Old Hotel de Columbus Avenue. Empresas de Manhattan Norte estaba adquiriendo un bloque de apartamentos de «importancia arquitectónica» en la calle 23Este. La lista era larga.

Fue hasta la repisa de la chimenea, sobre la que había varias invitaciones y la fotografía de una mujer hermosa firmada con un «¡Querido V! Con afecto, Lillian Gish». Vita cogió el anillo que Sorrotore había dejado allí: el sello de oro, con las iniciales «L.Z.» grabadas, resplandecía a la luz del fuego. Era demasiado grande para sus dedos, así que se lo puso en el pulgar y estiró la mano para contemplar sus destellos rojos y amarillos.

Sonaron pasos fuera de la sala. Vita tiró del anillo, pero se le atascó en el nudillo. El pomo de la puerta giró mientras ella intentaba sacarse el anillo con los dientes. La puerta se abrió. Presa del pánico, Vita se metió la mano izquierda en el bolsillo y corrió a sentarse de nuevo.

Sorrotore entró y en esa ocasión su cara reflejaba tristeza.

—Y ahora, niña, escúchame. Mira a tu alrededor. Me imagino que te habrás dado cuenta de que soy un hombre rico.

Vita no necesitaba mirar alrededor. Ya había visto la ostentación que reinaba en la estancia.

—Así que ¿por qué iba a necesitar robar? —continuó Sorrotore—. Tu abuelo decía que el castillo era una carga. Quería librarse de él. Yo se

lo compré. Ser un hombre de negocios astuto no es un delito. Ahora el castillo es mío y no pienso devolverlo, pero tampoco —añadió mientras sus ojos se oscurecían— voy a consentir que se propague el rumor de que soy un vulgar ladrón.

—¡Mi abuelo juró que no se lo había vendido! Él no mentiría.

—Miente porque se arrepiente. Miente porque se avergüenza. Miente porque se siente como un viejo insensato. —Su voz adoptó la cadencia de un zumbido hipnótico y ronco—. Miente porque es un viejo estúpido.

—¡Mi abuelo no miente! ¡Lo conozco! —exclamó Vita, aunque en su interior se estaba abriendo paso un leve sentimiento de duda; podía oírlo, y se encogió al escuchar su propia voz.

—En el fondo, sabes que es verdad. Creo que te ayudaría decirlo en voz alta. Tu abuelo mintió. —Y Sorrotore insistió, vocalizando más despacio—: Dilo: «Mi abuelo mintió».

—¡No lo hizo!

—Has construido una fantasía de agravios e injusticias cuando todo se reduce al error de un viejo. Admítelo. Di: «Mi abuelo mintió».

Vita se sintió invadida por el espanto y la vergüenza, y por algo nuevo, indescriptible, que no lograba identificar.

«Renuncia —le susurró la vocecilla áspera y amarga que habita las profundidades más oscuras del corazón—. Di que el abuelo mintió y ya no tendrás que preocuparte más. El pobre e insensato abuelo. Puedes llevártelo contigo a Inglaterra. Puedes olvidarte del plan. Es así de sencillo. Dilo y serás libre.»

El fuego parpadeó, y Vita se hundió aún más en el sillón. Se mordió los labios, conteniendo las palabras, y negó con la cabeza.

—Te ayudará, Vita. Di: «Mi abuelo mintió».

La niña abrió la boca para hablar.

5

Un estrépito lo bastante fuerte para estremecer los tablones del suelo retumbó al final del pasillo.

Sorrotore se sobresaltó como si le hubiesen disparado. Corrió hacia la puerta. En el enorme salón de la fiesta, la gente gritaba de excitación y sorpresa ante un inesperado drama.

«¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó la mujer con la pluma y el diamante en el pelo—. Ha sonado como si se quebrara un iceberg... ¿Acaso la niña te ha roto el corazón?»

La puerta del estudio se cerró de un portazo y Vita se quedó sola. Se plantó en medio de la estancia. Tenía el labio superior perlado de sudor y respiraba como si hubiera corrido kilómetros.

De pronto la ventana de guillotina se deslizó hacia arriba y una chica entró gateando como podía por el alféizar.

—¡Venga! —exclamó—. Deprisa. Por aquí.

Era la camarera rubia.

Vita la miró con los ojos como platos.

—¿Qué está pasando?

—Luego. Sal por la ventana. —Su acento no era estadounidense, sino irlandés, quizá con un deje inglés—. Venga.

—¡Estamos a kilómetros de altura!

—¡Vamos! ¡Es la escalera de incendios!

Vita cruzó corriendo la habitación. La ventana se abría a un balcón de metal con una larga escalerilla también metálica que conducía a una plataforma inferior, la cual llevaba, a su vez, a más balcones, escalerillas y, por fin, al suelo.

Vita pasó una pierna por el borde del alféizar.

—Más rápido.

La camarera se escupió en las palmas y empezó a bajar la primera escalerilla; sus pies y sus manos eran veloces y seguros. La última escalerilla no llegaba a la acera, así que la chica se quedó colgando de las manos unos segundos y se dejó caer. Vita, con el pelo en los ojos, se aferró a la escalerilla, contó hasta tres y se soltó. Intentó aterrizar sobre el pie derecho, pero incluso así sintió unos pinchazos atroces en el izquierdo por el impacto y se inclinó para frotarse el tobillo, escondiéndose tras el pelo para ocultar el dolor.

—¿Qué era ese ruido? ¿Has sido tú? —preguntó a la camarera.

—Aquí no. Vamos.

Cruzaron la calle y se alejaron del edificio Dakota, mezclándose con la multitud.

A Vita le dolía el pie izquierdo con cada paso, y se le estaba agotando la paciencia.

—¡Cuéntame qué ha sucedido! —exclamó—. Ahora mismo, o grito.

La chica suspiró.

—Os estaba escuchando al otro lado de la ventana.

—¿Por qué?

—Porque me has visto... trabajar.

—¿Robar?

—Trabajar. Y no has dicho nada. Pero quería asegurarme... de que no me delatabas. Así que os he espiado. Y lo que he escuchado ha sido cómo ese hombre, Sorrotore, intentaba timarte.

—¿Timarme?

—Sí. Conozco de sobra cómo suena un timador.

—¿Cómo?

La chica pareció sorprendida.

—Bueno, yo soy timadora.

—Creía que eras carterista.

—Soy las dos cosas. Y también abro cualquier cosa con una ganzúa.

—¿En serio?

Estaban pasando junto a un buzón de correos azul. La chica se sacó un trozo de metal largo y fino de las medias, y se inclinó hacia la

cerradura de la parte frontal.

—Sí, en serio.

El buzón se abrió con un «clic».

Vita miró hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—A veces hay dinero en los sobres. Pero es un trabajo sucio, porque no sabes a quién estás robando. Yo no lo hago; ya no.

—¡Cierra el buzón! —exclamó Vita—. ¡Pueden vernos!

La chica volvió a cerrarlo de una patada.

—Pero antes timaba para poder vivir, cuando era pequeña. Era horrible… Es el peor trabajo del mundo, peor incluso que robar correo… Por eso sé cómo suena un timador, igual que Sorrotore, sé cómo parecer dolido, herido, paciente y compasivo cuando mientes. —Miró a su espalda, vio que un coche reducía la velocidad al pasar por su lado y empujó a Vita hacia otra calle—. ¿Has visto cómo se enfadaba? La mejor defensa cuando has hecho algo mal es enfadarte. Así que ahí estaba yo, al otro lado de la ventana, preguntándome por qué un adulto estaría intentando engañar a una niña, y he pensado que podía hacer algo.

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha sido ese ruido?

—Me he derramado un poco de vino tinto en el uniforme y así tener una excusa para ir a la cocina a por un trapo. Entonces he visto una habitación con el busto de ese tipo, Sorrotore, hecho de porcelana de color blanco, y parecía tan guapo y noble que me han entrado ganas de soltarle un puntapié. Pero sólo le he dado un golpecito… algo que podría haber sido cosa del viento… y el busto se ha caído al suelo y se ha hecho añicos.

—Ah.

—Y entonces he vuelto gateando a la ventana para sacarte de allí. —Miró a Vita de arriba abajo—. Y bien… ¿qué estabas haciendo?

—Ese hombre le ha robado algo a mi familia. He ido a pedirle que nos lo devuelva.

La chica se quedó mirándola sin pestañear.

—¿A pedirle que os lo devuelva? —Soltó un resoplido—. Escucha… y

te digo esto como ladrona... eso es una locura. ¡Pedirle que os lo devuelva! ¡En el barrio de Bowery no durarías ni tres minutos! —Parecía casi furiosa—. Tú no sabes nada del mundo real, ¿verdad? ¡La gente como tú es peligrosa!

—¿Como yo? —Vita se sulfuró.

—¡La gente estúpida! ¡Ingenua! ¡Optimista! —Doblaron una esquina, y la chica se paró bruscamente—. Por aquí no.

Había dos chicos, un poco más mayores que Vita, apoyados en un portal.

—¿Quiénes son?

La chica giró sobre sus talones.

—Personas con las que no quiero hablar.

Se oyó un grito y dos pares de pies corriendo presurosos tras ellas.

—¡Oye! ¡Eh, Seda!

La chica les dedicó un gesto grosero desde el otro lado de la calle.

—¡Uf! ¡Largaos! —exclamó.

—¿Así es como te llamas? —le preguntó Vita—. ¿Seda?

El chico más alto empezó a correr.

—¡Seda! ¡Eh! ¡No te marches... nos debes algo! ¿Qué has sacado esta noche?

Pero Seda ya había salido disparada por la calzada y desaparecía entre el gentío. Los chicos la siguieron, dejando a Vita sola, con la cabeza dándole vueltas, en medio de la acera oscura.

Vita rememoró las palabras de Seda: «estúpida», «ingenua», «optimista». No se consideraba ingenua y no se sentía especialmente optimista. Lo que ardía en su estómago y su corazón no era esperanza, sino una sombría determinación. Y no era estúpida: notaba la velocidad con que su mente carburaba y centelleaba. Su cerebro construía cosas: planes, dibujos, historias. Sobre todo, planes.

Se sacó el mapa del bolsillo y se puso en marcha, en dirección al Bowery.

Tuvo problemas para llegar a casa, pero su madre estaba agotada y ella

le contó que había perdido la noción del tiempo explorando la ciudad, y el rapapolvo que recibió no fue tan duro como podría haber sido.

Vita se retiró a su cuarto y sacó el cuaderno rojo. En ese momento, con una punzada de culpabilidad, se dio cuenta de que aún llevaba el sello en el pulgar. Fue al cuarto de baño a por jabón y recubrió el anillo hasta que consiguió sacarlo, luego lo escondió en el bolsillo de su abrigo.

Después rellenó su pluma estilográfica con tinta negra, manchándose los dedos en el proceso. Se mordió el labio tan fuerte que se hizo sangre y empezó a escribir:

He encontrado a la chica delante de una casa de empeños del Bowery. No quería escucharme, pero la he obligado a hacerlo: le he dicho que iría a la policía si no me concedía cinco minutos. No me siento orgullosa de eso, pero lo he hecho. Necesitaba que me escuchara.

—Tengo un plan —le he dicho—. Necesito ayuda. Y puedo pagarte.

Le he contado todo lo que sé sobre el castillo del Hudson. Jamás he estado allí, pero he oído las historias del abuelo mil veces.

Le he hablado del lago y de que la casa está construida justo en medio. Le he hablado de las rejas que instaló mi bisabuelo en todas las ventanas tras el robo de 1888. También puso cerraduras a prueba de ladrones en todas las puertas. El abuelo siempre llamaba al castillo «la vieja fortaleza». Nadie puede entrar. Nadie puede salir.

Y luego le he contado el plan.

Vamos a robar la esmeralda del abuelo.

Es imposible forzar la entrada al castillo. Afortunadamente, no tendremos que hacerlo.

El abuelo dice que la esmeralda está guardada en el antiguo escondrijo de la familia. Es decir, debajo de las losas del pavimento que hay junto a la fuente, en la rosaleda tapiada.

Hay dos perros guardianes. Muerden. Así que necesito que alguien los amanse.

—Podrías matarlos y ya está —me ha dicho la chica, pero yo ni le he contestado.

Todo el jardín está rodeado por un muro. Así que necesito a alguien que me ayude a pasar por encima.

Y, según dice el abuelo, la rosaleda tiene una puerta con un candado del tamaño de tu cabeza. Necesito que alguien lo abra.

Necesito un equipo. Saldremos de Nueva York en un tren nocturno, así estará oscuro. Nos colaremos en el jardín, desenterraremos la esmeralda, volveremos a salir

y estaremos de vuelta en la estación Grand Central antes del mediodía. Nadie sabrá que hemos estado allí.

Luego venderemos la esmeralda, contrataremos a un abogado y recuperaremos la casa, y el abuelo tendrá un hogar. Y entonces podrá volver a respirar de nuevo.

Seda le dijo que no.

Había escuchado a Vita hasta el final, con expresión tensa y escéptica.

—Ahora mismo no tengo dinero —añadió Vita—, pero, en cuanto vendamos la esmeralda, habrá bastante para darte una parte. Una decente.

Seda negó con la cabeza. Su mirada era demasiado madura para una chica de su edad.

—No. Incluso si no fuera una locura... que resulta que lo es de principio a fin... yo nunca actúo acompañada. No trabajo en equipo.

—¿Nunca?

—No. Y ya me lo han pedido otras veces.

—Pero ¿y si...?

—No hay «peros» ni «síes» que valgan. No puedo permitirme que me detengan. ¿Puedes entender eso? No puedo. La policía... querría saber quién es mi tutor y descubriría que no tengo ninguno, y entonces me pondrían bajo la tutela del Estado antes de que puedas decir: «Pero ¿y si...?».

—Esto es distinto. Tengo un plan de verdad. Los planes son lo que se me da bien a mí.

—¿Alguna vez has robado algo?

—Bueno, no, no exactamente...

—Exactamente. Cada nueva persona con la que trabajas no es más que una nueva posibilidad de que te detengan. No.

—¿Y qué me dices de esos chicos con los que te he visto?

—No trabajo con ellos. Tengo una deuda con ellos... o eso es lo que dicen. En cuanto la salde, no volveré a hacer nada de eso: afanar carteras, usar la ganzúa. Nada.

—¡Lo sé! Te lo he visto en la cara durante la fiesta; he visto que no es sencillo. Pero esto es distinto: no se trata de robar una cosa sino de

recuperarla.

—No.

—¿Te lo pensarías si te dijera que he encontrado la forma de que no puedan detenerte de ninguna manera...? ¡Porque es así! Te lo juro.

—No. —Seda se dio la vuelta y su espalda fue un contundente signo de puntuación—. Déjame en paz.

Vita, sin embargo, no había escrito esto en su cuaderno rojo. Porque no tenía intención de aceptar un «no» por respuesta.

6

A la mañana siguiente, Vita se despertó temprano, antes de que saliera el sol. Cuesta dormir cuando te asedia la esperanza. Deslizó el pulgar por el borde del cuaderno rojo.

Sacó los prismáticos de la maleta. Habían pertenecido a su padre, y una de las lentes estaba resquebrajada, pero usaba la otra como un telescopio. Fue a la ventana, esperando ver unas cuantas caras soñolientas arrastrándose hacia el trabajo.

En lugar de eso, vio un caballo blanco. Era poco más que una mota en la Séptima Avenida, al lado de Central Park, galopando por las calles vacías de la ciudad bajo la luz grisácea del amanecer. Lo montaba un chico, a pelo y sin abrigo, riéndose y con la cabeza agachada por el viento frío. Un pájaro negro volaba por encima de su cabeza, a la misma velocidad que él.

Vita se inclinó más hacia fuera, enfocando la lente buena de los prismáticos. El chico llevaba un jersey de color escarlata que relucía incluso en la oscuridad. A Vita le dio un vuelco el corazón al reconocerlo: era el chico del Carnegie Hall. No el que había saltado desde la fachada, sino el más bajito, el chico blanco. Cabalgaba inclinado hacia delante, con el trasero en el aire, instando al caballo a correr más, con el pelo cayéndole sobre los ojos. Vita nunca había visto un caballo a semejante velocidad.

No se permitió pararse a pensar qué era lo más sensato. Se vistió a toda prisa con la falda, el jersey, la bufanda y las botas; engatusando al pie izquierdo, que aún le dolía de la noche anterior. Se puso la gabardina de color marfil que había pertenecido a su madre y a la que habían acortado las mangas y estrechado la cintura. Se la ciñó como si

fuera una armadura, se metió el cuaderno rojo en el bolsillo y se lanzó a sumergirse en la ciudad.

Salió justo a tiempo de ver cómo el jinete irrumpía galopando por la calle y se detenía con brusquedad. El chico desmontó de un salto y se inclinó a susurrar algo al oído del caballo. Luego, con la misma calma y naturalidad que si lo estuviera acompañando a un concierto de piano de Bach, guió al caballo por la acera hacia las inmensas puertas delanteras del Carnegie Hall.

—¡Espera! —exclamó Vita.

El chico se dio la vuelta con la rapidez del que se siente culpable. Había enrojecido, pero, al ver de quién se trataba, sonrió de oreja a oreja.

—¡Eh! ¡No hagas eso! ¡Pensaba que eras mi padre!

Su acento era fuerte, y no era inglés. ¿Español, quizá? Vita cruzó la calzada para reunirse con él.

—¿Qué estás haciendo?

—Llevo a *Moscú* dentro.

«¡Ruso! Es ruso», pensó Vita.

—Debe de tener hambre —continuó el chico. No era alto ni corpulento, pero su sonrisa era tan radiante que iluminaba casi toda la calle y al menos la mitad del cielo—. Y no pueden pillarnos.

—¿No está permitido que vaya por la calle?

—No es eso, tiene que ejercitarse dos veces al día, pero se supone que yo no me encargo de eso. Es cosa de Samuel. Se supone que yo tengo que traerla de vuelta.

Vita pasó la mano por el hocico de la yegua. Era tan suave como el plumón de cisne.

—Hola —susurró—. Hoy no esperaba ver algo tan bonito como tú.

Una ráfaga de viento sacudió las crines de *Moscú*, y el chico se estremeció. Vita se quitó la bufanda y se la tendió. Esperaba que él la rechazara educadamente, pero la aceptó con una gran sonrisa y se la enrolló al cuello.

—¡Gracias! ¿Cómo te llamas? —Pero, de nuevo en contra de las convenciones, no se paró a aguardar su respuesta—. Yo me llamo

Arkady. Ya nos habíamos visto, ¿no? Cuando Samuel probó a saltar desde la ventana, ¿verdad?

—Estoy viviendo en el edificio de enfrente durante un par de semanas. Yo soy Vita. —Acarició el costado jadeante de *Moscú*—. ¿Y ella dónde vive?

Arkady sonrió de oreja a oreja.

—¿Quieres venir a verlo?

Tampoco aguardó la respuesta; no parecía la clase de persona a la que le gusta esperar. Chasqueó la lengua y la yegua lo siguió por la acera como un perrito hasta el Carnegie Hall. Vita iba tras ellos.

Arkady abrió una de las enormes puertas dobles.

—No he cerrado con llave —dijo—, pero no se lo cuentes a mi padre...

Vita se encontró en el vestíbulo del Carnegie Hall.

La magnífica escalinata era lo bastante amplia para que subieran tres elefantes a la vez... si es que tenías unos cuantos elefantes a mano, claro. Los pasamanos, bañados en oro, resplandecían con la primera luz del día, y proyectaban reflejos dorados en las arañas de cristal del techo. Las taquillas ocupaban la pared más lejana. Todo estaba impecable. Vita se miró las uñas y se puso las manos a la espalda.

—Por aquí —le dijo Arkady—. Tengo que llevar a *Moscú* al establo antes de que me pillen.

Al cruzar corriendo el vestíbulo, sus pasos resonaron más fuertes de lo normal. *Moscú* trotaba tras ellos. Un ascensor enorme, con relucientes puertas de caoba, estaba abierto. Arkady guió a la yegua al interior. Vita los siguió.

—¿El establo está... en el ascensor?

—Por supuesto que no. Está en la tercera planta —replicó Arkady, y apretó el botón correspondiente.

Bajaron en la tercera y enfilaron un largo pasillo. El muchacho pareció reparar en la expresión pasmada de Vita.

—Normalmente viajamos con carpas y con un tren especial para los animales, pero en invierno procuramos buscar una ciudad con teatro. Algunas familias alquilan un piso. Yo duermo con mis padres, y unos

cuantos más, encima del teatro.

Vita miró alrededor asombrada.

—Entonces... ¿actuáis en el Carnegie Hall?

—¡Por supuesto! Todos los días a las siete de la tarde. Yo no, obviamente... No me dejarán hasta que cumpla los catorce... Pero mi familia sí.

—¿Cuánto tiempo lleváis de gira?

—¡Toda la vida! ¡Siempre! Desde que yo era un bebé. —Pareció sorprendido—. ¿No has oído hablar del Circo Lazarenko? ¿Dónde vives, en una cueva? ¿En un agujero? ¿En Bélgica?

—¡No! En Inglaterra.

—Ah —dijo, como si las cuatro opciones se le antojaran equivalentes. Abrió una puerta al final del pasillo y entró con la yegua—. Éste es el Salón de Baile Dorado. Puedes alquilarlo para dar fiestas después de la ópera.

La luz del alba se esforzaba por entrar en la sala. En las paredes había retratos de mujeres con peinados verticales y de hombres con bigotes horizontales. Parecían estar canturreando, como si hubieran capturado parte de la música de antaño.

Moscú trotó por el suelo de madera hasta un rincón donde había una gran pila de paja y un abrevadero. Bebió agua, vigilada por un retrato de George Washington. La luz le incidió en el flanco y lo fundió en plata pura.

—Es maravillosa...

—Chist —la interrumpió Arkady—. Espera. —Silbó y exclamó—: *Ko mne!*

Antes de que Vita pudiera pedirle que lo tradujera, un ser gigantesco se acercó corriendo y rugiendo desde la esquina más alejada. Saltó directo a la cara de Arkady, y Vita soltó un grito ahogado, buscando alrededor algo que lanzar. Aquella cosa puso las dos patas delanteras sobre los hombros del muchacho y empezó a lamerle las fosas nasales.

—Éste es *Alcornoque* —anunció Arkady, y lo apartó a empujones, riéndose—. ¡Siéntate, *Alcornoque*! Era un perro callejero. Lo encontré en Central Park hace unos meses, y mis padres me dejaron quedarme

con él. Bueno, más o menos. Mi madre me dio permiso. Técnicamente, mi padre no lo sabe. Él nunca entra aquí.

El perro tenía el tamaño de un oso y el pelo entre rubio y blanco, y era tan grande que incluso estando sentado su cabeza quedaba a la altura de las costillas de Vita.

—¿De qué raza es? —preguntó la niña, alargando la mano boca arriba, con recelo.

El perro hundió el hocico en su piel. Su hocico era blando y húmedo, y tan suave como un soplo de aire. Vita le rascó detrás de las orejas, y él soltó un gemido de gusto.

—Es un cruce. Los mejores perros siempre son cruces. Estoy casi seguro de que tiene parte de pastor alemán y parte de labrador retriever. Y creo que su padre era un pastor caucásico. ¡Mira! —Dobló los dedos para formar una pistola y apuntó con ella al perro—. ¡Pum!

Alcornoque trastabilló hacia atrás, cayó de costado y soltó un aullido. Arkady se echó a reír y dio una palmada. El perro se alzó sobre las patas traseras y avanzó unos pasos majestuosos con el hocico en el aire. Luego rodó por el suelo, giró en círculos, caminó hacia atrás, y Arkady apenas tuvo que moverse. *Alcornoque* parecía leerle la mente.

—¡Es genial! ¡Es listísimo! —exclamó Vita—. Y tiene cara de rey.

Arkady le sonrió.

—Lo sé. La mayoría de la gente le tiene miedo porque...

—¿Porque es lo bastante grande para comerse a una persona y que le quede sitio para el postre?

—¡Exacto! Pero sólo me mordió un poquito cuando nos conocimos, y porque estaba muy asustado. La herida ya me ha cicatrizado. ¡Qué estupidez! Pero tú no eres estúpida. —Miró a Vita sin pestañear, examinándola, captando su expresión vigilante y la intensidad de sus ojos—. Así que, en ese caso...

—¿En qué caso?

—Puedo enseñarte mi secreto.

—¿El perro no es tu secreto?

—¡No!

Y Arkady fue hasta la enorme ventana, la abrió de golpe y silbó.

La primera impresión de Vita fue que los estaban atacando y que sus asaltantes tenían alas. Se agachó cuando una gran cantidad de pájaros entró por la ventana y llenó la sala de baile, posándose en lo alto de los cuadros, bebiendo en el abrevadero de *Moscú* y revoloteando alrededor de la cabeza de Arkady.

Al principio la mayoría de los pájaros le parecieron marrones, pero, al fijarse mejor, vio las diferencias en los plumajes y los cuerpos: las motas claras en el pecho de los tordos, el blanco puro de las palomas, el naranja tropical del pico de los mirlos.

—Saben que es la hora de comer —explicó Arkady—. Esperan en los árboles de alrededor todos los días. —Se sacó varios puñados de semillas de los bolsillos y desapareció casi por completo bajo una tormenta de plumas—. Toma —le dijo a ella, al tiempo que le llenaba las manos de semillas.

Y Vita se vio asediada por una oleada cálida, de picos afilados, patas imperiosas y plumas que batían contra sus mejillas. En cuanto se acabó la comida, la abandonaron, yendo a picotear semillas a los pies de Arkady.

—¿Están domesticados? —preguntó Vita.

—No. No en el sentido en que lo preguntas: no son animales de circo amaestrados. La mayoría sólo vienen porque me conocen y porque les doy de comer. —Algunos pájaros ya se estaban marchando por donde habían llegado—. Pero hay dos que son distintos.

—¿Cuáles?

—Los cuervos. Los he criado desde que eran polluelos. Todavía son jóvenes. Ahí está *Rimsky*, sobre el retrato del almirante con cara de estreñido. Es una hembra. —Su voz resonó con orgullo al añadir—: Conoce su nombre. Los dos lo conocen.

—¿En serio?

Vita nunca había oído que un pájaro reconociera su nombre, y la incredulidad debía de haberse reflejado en su voz, porque él la miró ceñudo.

—¡*Rimsky*!

Emitió un sonido sibilante entre los dientes. El cuervo echó a volar, y

en tres lánguidas batidas de alas se posó en la mano estirada de Arkady. De allí fue saltando hasta su codo, se inclinó hacia el bolsillo de su camisa, sacó un mendrugo de pan del interior, le dio un picotazo en el pulgar y se marchó volando de nuevo.

Arkady se chupó una pequeña cantidad de sangre del pulgar.

—Cuesta un poco acostumbrarse al afecto de las aves. Los cuervos son tan listos como los perros: me traen regalos de la calle. ¡Mira! —Se sacó del bolsillo un reluciente botón de plata—. *Rimsky* me dio esto ayer.

—¿Dónde está el otro cuervo?

—*¿Rasko?* —Arkady se echó a reír—. ¿Cómo voy a saberlo? En cualquier sitio de la ciudad.

—Pero has dicho que están domesticados.

—¡Sí! Pero no he dicho que sean mis criados.

A Vita la corroía una duda.

—¿Por qué? —preguntó al final—. ¿Por qué das de comer a esos pájaros y has amaestrado a los cuervos?

—Algún día tendré mi propio número circense. Mi familia trabaja con perros, seis caniches, y el señor Kawadza trabaja con caballos. Pero yo quiero más... quiero un circo hecho de... hummm... en ruso hay una expresión que significa «la vida salvaje oculta», ¿sabes? Hay muchos seres vivos incluso en las calles de la ciudad, si los buscas. Quiero tener caballos, porque a los caballos les encanta trabajar, pero también me gustaría tener viejos perros callejeros y cuervos, quizá ardillas, quizá ratones, si consigo descubrir cómo domesticarlos, y todos bailarán juntos el mismo vals. Como una ciudad transformada en un ballet animal. ¿Te imaginas?

—Sería asombroso.

—Pero es difícil. En mi país, después de la Revolución, nacionalizaron todos los circos. No había un sólo lugar en toda Rusia donde pudiéramos tener un teatro propio, así que tuvimos que salir de gira. ¡Y llevamos de gira y más gira desde hace casi diez años! Y en todas partes, cuando he conseguido conocer a los pájaros, nos trasladamos. Cuando nos marchemos, no podré llevarme conmigo a

Rimsky y a *Rasko*; no pueden vivir enjaulados. Quiero establecerme en algún lugar, me da igual dónde. Pero mi padre dice que o compra el edifico perfecto o no compra ninguno, lo que creo que es su manera de decir que no.

Se volvió hacia la ventana, y entonces una piedra bastante grande llegó volando de la nada y lo golpeó en la nuca. No... Vita vio que no se trataba de una piedra, sino de un cuervo.

—¡*Rasko*! —Arkady rió—. ¡Mira, Vita! Lo llamé así por Raskólnikov... el asesino, ¿lo conoces? Como te decía, el cariño de los pájaros es algo doloroso.

Y se quedó plantado con un cuervo en cada hombro, el perro a sus pies y la yegua blanca observándolo desde su rincón. Vita pensó que así deberían usarse siempre los salones de baile dorados.

Arkady se hurgó la nariz y examinó el moco que había sacado. Suspiró.

—Es negro. La ciudad lo vuelve negro. —*Rimsky* picoteó el moco de su dedo, y él miró a Vita—. ¿Me guardarás el secreto?

—¡Sí! —exclamó ella. La idea que le cosquilleaba en un rincón de la mente se abrió paso al exterior, y antes de que le invadieran las dudas Vita se obligó a preguntar—: ¿Puedes guardarme tú a mí uno a cambio?

• • •

Le explicó su plan a grandes rasgos, deprisa, mientras *Rimsky* aleteaba a su alrededor picoteándole el zapato. Vita se sacó el cuaderno rojo del bolsillo del abrigo y lo abrió en el suelo para enseñárselo a Arkady.

Al contrario que Seda, Arkady no dijo que no. Ni siquiera dijo que sí; se rió hasta atragantarse, y *Rasko* se largó muy enojado.

—¡Debería haberlo sabido! ¡Eres una ladrona!

—No es robar si lo que te llevas es tuyo... —empezó Vita, pero él no la escuchaba.

Arkady deslizó los dedos por *EL PLAN*, escrito en el cuaderno.

—¡Sabía que había algo! Eres muy callada, pero tu cara tiene esa

expresión de... como si siempre estuvieras ojo avizor... como si pensaras ocho cosas a la vez. ¡Excelente! *Otlichno!* ¿Me enseñas el cuaderno otra vez? Colgante de esmeralda, casa antigua, viaje en tren, allanamiento, huida, ¿sí?

—Sí —respondió Vita.

—¡Es fácil! ¿Qué necesitas que haga?

—Puedo pagarte. Ahora mismo no, pero cuando vendamos la esmeralda...

Arkady la fulminó con la mirada.

—No necesito dinero. —Se dio un golpe en el pecho—. ¡Lo haré por la gloria! Pasaremos a la historia... ¡como Robin Hood! ¡Los buenos ladrones!

—Pero no quiero que creas...

—He dicho que qué necesitas.

—Necesito saltar un muro... un muro muy alto, en plena noche. Y hay dos perros guardianes. Están entrenados para matar. ¿Puedes ayudarme?

—¡Con los perros, sí! ¡Maravilloso! ¡Con cualquier perro siempre! Con el muro... ¿Qué altura tiene?

—No lo sé. Quizá cinco metros... o seis. O más.

Arkady se puso de golpe.

—Con eso, no. No soy escalador. Para eso necesitas a otra persona.

—¿A quién?

—Necesitas a Samuel, Samuel Kawadza. Él puede volar.

En algún punto al fondo del edificio se cerró una puerta, y luego sonó el estridente pitido de un silbato de metal.

Arkady se sobresaltó.

—Mi padre se ha despertado. Tienes que irte. ¡Pero vuelve esta noche! —añadió—. Para hablar con Samuel.

—¿Cuándo? ¿Y qué quieres decir con eso de volar?

—¡Demasiadas preguntas! No lo sé... cuando esté dormido todo el mundo. —Arkady la llevó hasta la ventana—. Puedes salir de un salto.

Vita miró abajo. En la calle, el tráfico matinal ya era bullicioso.

—¿No me romperé la pierna?

—Sólo es un saltito.

Vita posó la vista en sus botas rojas. Arkady siguió su mirada; la suela gruesa, la forma en que su pierna se arqueaba hacia fuera.

—En realidad —rectificó—, yo usaría el ascensor. ¿Por qué caminar si puedes bajar en él? ¡Ven!

—No tienes que acompañarme. Me acuerdo del camino.

—Vale. Pues date prisa. Y llévate esto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de semillas—. Pon esto en el alféizar de tu ventana cuando sea de noche y espera. Cuando llegue la hora, ¡mandaré a *Rasko* a por ti!

Vita no tardó en estar en la calle, mirando al Carnegie Hall, con la mañana volviéndose más ajetreada a su alrededor. Nada había cambiado, y sin embargo todo parecía completamente distinto; había descubierto que el salón de baile de aquel edificio albergaba caballos.

Cuando cruzó la calle hacia el bloque de apartamentos, vio al chico que vendía los periódicos anunciando los titulares de *The New York Times*.

«¡Ciclón Louie, abatido en un restaurante! ¡Louie Zwerback, muerto!»

Vita notó un hormigueo en la frente y una corriente de adrenalina por los dedos; sintió miedo antes de saber por qué debía sentirlo. Buscó dos centavos en el bolsillo del abrigo, compró un periódico y leyó la portada en la esquina.

Louie Zwerback, conocido contrabandista de Brooklyn, abatido a tiros mientras tomaba café en un restaurante. Sigue en la página tres.

El periódico aleteaba al viento, de modo que Vita forcejeó para llegar a la página tres.

El atentado contra Zwerback parece un simple atraco que salió mal, pues resultaron heridas varias personas. Los asesinos, que llevaban la cara tapada, huyeron después de arrancarle a Louie el sello de oro del dedo.

Vita sintió como si su pecho fuera de hielo compacto. Rebuscó en el

interior del bolsillo de su falda y sacó el anillo. Miró las iniciales, L.Z., grabadas en el sello de oro. Su primer impulso fue tirarlo por la rejilla de la alcantarilla, pero una voz en su cabeza le frenó la mano: «Es una prueba.» Se detuvo y volvió a guardarse el sello en lo más hondo del bolsillo.

Pensó en la cara risueña de Westerwicke y en las palabras que Sorrotore había pronunciado junto a la chimenea: «¿Sabes qué les pasa a los que me acusan de mentiroso en mi propia casa?».

Vita se ciñó más el abrigo al cuerpo. El dolor del pie era cada vez más intenso, y de pronto se sintió pequeña, apenas lo bastante mayor para respirar, en un mundo grande y adulto.

7

Vita entró en el apartamento tras girar el pomo de la puerta con mucho cuidado, como si fuese de cristal. Había pasado fuera mucho más tiempo del que pretendía. Su madre ya habría salido a reunirse con el director del banco del abuelo, y Vita esperó que no hubiera reparado en que ella no estaba en la cama. Desprendía un leve olor a caballo y a pájaros, y tenía las mejillas enrojecidas.

El piso se hallaba en silencio. La niña fue de puntillas hasta su habitación y escondió el anillo bajo el colchón; luego vaciló, con el brazo todavía debajo de la cama. ¿Y si Sorrotore averiguaba dónde vivía? Buscó hilo y aguja, se descosió un par de centímetros del dobladillo de la falda, metió dentro el sello y lo cosió de forma prieta al forro. Estaba cortando el hilo con los dientes cuando el abuelo llamó a su puerta.

—¿Estás despierta?

Al abrir Vita se lo encontró ataviado con su abrigo verde de lana, que se le había quedado demasiado grande. Pero sonreía y aún conservaba ese brillo en los ojos.

—Ponte esto, Granujilla —le dijo, tendiéndole su bufanda de lana roja—. Llevo demasiado tiempo metido aquí. Nos vamos a Central Park.

El rojo intenso de las hojas de los árboles de Central Park refulgía contra el azul del cielo y cubría el suelo como una alfombra. Abuelo y nieta siguieron los senderos pavimentados, que serpenteaban flanqueados por árboles. El abuelo balanceaba su bastón. Una mujer

negra con un abrigo que le llegaba a los tobillos los adelantó con paso enérgico empujando un carrito de chocolate caliente. Al ver la expresión anhelante de Vita, el abuelo le dio una moneda.

—Anda, ve a comprarte el vaso de chocolate más grande y más caliente que tenga. —Y se sentó en un banco con un crujido—. Te espero aquí, comunicándome con las ardillas.

Vita se marchó lo más rápido que pudo por el sinuoso camino flanqueado por árboles. En un momento dado, el sendero se bifurcaba, y no se veía a la mujer por ninguna parte, así que Vita dobló a la izquierda, por la senda más ancha. Cojeaba como nunca, pero las ganas de chocolate podían con todo.

Un hombre salió de la nada al doblar un recodo.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tú!

Vita se quedó de piedra. Era el tipo de hombros anchos y cabello rubio de la fiesta, mucho más joven de lo que le había parecido entonces. Sus ojos, de un gris claro, se pasearon por el pie, la pierna y el cabello castaño rojizo de la niña, que pensó: «Dillinger».

—¡Eres la cría que estaba en la fiesta de Sorrotore! —exclamó el hombre, con la voz áspera de tanto tabaco y alcohol.

Vita intentó no parecer asustada.

—¿Y qué si lo soy?

—¿Qué has hecho con eso?

—¿Qué he hecho con qué?

—¡Con el anillo, mocosa! ¿Dónde está el anillo?

Se le trabó la lengua con «dónde está», y Vita se preguntó si sería por la rabia o si habría bebido de buena mañana.

Trató de mantener la cara y el cuerpo completamente inmóviles. Sólo la desobedeció el corazón.

—¿Qué anillo? —replicó.

—No te hagas la lista, niña. Sorrotore puso el estudio patas arriba buscando el anillo. No puede habérselo llevado nadie más que tú.

Su ropa era cara y llamativa, pero él tenía el aspecto desaliñado de alguien que aún no se ha ido a dormir. No había dado cuerda a su reloj de pulsera, que marcaba la medianoche.

—En serio, no sé de qué me está hablando —respondió Vita, que notaba el anillo contra la pierna, cosido en el interior del dobladillo de la falda.

—Escúchame, niña. —Dillinger se inclinó, acercando su cara a la de ella—. No sabes dónde te estás metiendo. En estos momentos, las cosas no le van del todo bien al jefe. Es un hombre impredecible. Entrega el anillo y se olvidará de todo.

—¡No tengo ningún anillo! No sé de qué me está hablando.

Estaban a plena luz del día, pero, por el camino, Vita había perdido de vista al abuelo, y por allí no había nadie más. Se preguntó si la oiría gritar. ¿Y si la oía pero no podía hacer nada para ayudarla? La idea hizo que se mordiera los labios.

Dillinger la agarró por el brazo derecho.

—Entonces no te importará que te registre, ¿verdad?

—¡Suélteme!

Algo llegó volando e impactó contra el hombro de Dillinger. Vita miró al suelo: era una piedra tan grande como la palma de su mano.

—¡Apártese! —El abuelo apareció por el camino apoyándose en su bastón, con una mirada fría como el hielo. Al llegar junto a ellos, habló con voz firme—: Le agradecería que me explicara qué demonios cree que está haciendo al tocar a mi nieta.

Dillinger dio un paso atrás, pero no apartó los ojos de Vita.

—No estaba haciendo nada. Esta cría suya le ha robado una cosa a mi jefe.

El abuelo se colocó delante de Vita, protegiéndola del hombre.

—¿Y quién es su jefe?

—Victor Sorrotore.

Los ojos del abuelo se desviaron hacia Vita, pero no movió la cabeza.

—Me resulta increíblemente improbable que mi nieta haya robado nada. Sin embargo, teniendo en cuenta que su jefe me robó mi casa entera, diría que si, por una extraordinaria circunstancia, Vita le ha robado algo, él no está precisamente en situación de quejarse.

—¡Dígale que me enseñe los bolsillos!

—No sea ridículo. Márchese ahora mismo o llamaré a la policía.

Dillinger se llevó la mano a la chaqueta.

—Yo no haría eso, ¿sabe?

Al sacar de nuevo la mano, sujetaba una pequeña pistola. No los apuntó con ella, sino que la dejó colgando de los dedos.

Vita se quedó helada, con los ojos clavados en el arma. El cañón era apenas más grande que su pulgar; aun así, parecía tener suficiente envergadura para eclipsar el sol. Dillinger la manejaba con la soltura de un hombre acostumbrado a usar un arma como argumento.

El abuelo tenía los ojos como platos por la impresión, pero luego los entornó furioso.

—¡Policía! —rugió, y su anciana voz se elevó por encima de los árboles—. ¡Policía! ¡Ayuda!

—Viejo imbécil y senil. —Dillinger estaba retrocediendo a trompicones, con las fosas nasales dilatadas—. ¡No sabe lo que está haciendo! Y tú estás jugando con fuego, niña.

Entonces salió corriendo. El camino se bifurcaba en uno ancho y otro estrecho, y tomó el estrecho. En el centro, había una boca de alcantarilla y, a través de los árboles, Vita vio pasmada como Dillinger levantaba la tapa y saltaba a la negrura del agujero subterráneo.

—¡Se ha metido en la alcantarilla! —gritó, pero el abuelo no lo había visto: tenía los ojos fijos en ella y no parecía interesado en ninguna otra cosa.

—¿Quieres explicarme qué está pasando? ¿Has ido a ver a Sorrotore?

Vita vaciló, pero al final asintió con la cabeza.

Al abuelo se le ensombreció la mirada.

—¿Por qué? ¿Por qué harías algo tan obvia, vergonzosa y estúpidamente peligroso?

—Yo sólo... No ocurrió nada. Quería ver cómo era.

—¿Y ya lo has visto? —El abuelo hablaba con voz tensa—. ¿Has visto qué clase de hombre es?

Despacio, mirándose el pie izquierdo, Vita asintió de nuevo.

—¿Me prometes no ir a buscarlo otra vez? —le espetó el anciano—. ¿Nunca más? Prométemelo o no volveré a dejarte salir sola.

—Sí —respondió la niña, diciéndose a sí misma que no era mentira.

Ella no estaba buscando a Sorrotore, y si él la estaba buscando a ella, eso era algo muy distinto. Vita no había prometido nada al respecto.

El abuelo soltó un gran suspiro y fue a sentarse en un tocón, al borde del camino. Estaba lívido, pero la rabia que aún había en sus ojos iba dirigida a él mismo.

—¡Oh, tesoro! ¿Qué he hecho? Yo te he metido en este asunto tan feo.

—¡Tú no has hecho nada! En serio. Te juro que tendré cuidado.

Alargó una mano para coger la del abuelo. La otra se la metió en el bolsillo para buscar el cuaderno rojo. Lo enrolló hasta formar un tubo con él y lo apretó con los dedos. Tenía el plan en su puño: era un arma, más o menos.

8

Vita aguardó hasta que el sol se puso por completo para esparcir las semillas en el alféizar de la ventana. Todos los pájaros diurnos se habían ido a dormir, y no apareció ni una paloma para picotear.

Se quedó sentada junto a la ventana y esperó. Y esperó. Estaba casi dormida cuando oyó un batir de alas y vio unos ojos brillantes, y un cuervo aterrizó en el alféizar y comenzó a devorar las semillas.

El pájaro llevaba un rollo diminuto de papel atado a la pata. Vita descubrió que retirar una carta de la pata de un pájaro es infinitamente más difícil de lo que parece en los libros. El cuervo revoloteó por su habitación y ella lo persiguió con delicadeza, pero hasta que no se le ocurrió ofrecerle la galleta de jengibre que se estaba reservando, *Rasko* no se quedó quieto el rato suficiente que Vita necesitaba para poder desatarle las tres vueltas de cordel que sujetaban el mensaje. La nota decía:

> *Ven a la entrada del Carnegie Hall a las once en punto. No llegues ni un minuto tarde. Cómete este mensaje*.

Vita observó el papelito, que había sufrido ciertos estragos por su proximidad al trasero del ave, y decidió no comérselo. En lugar de eso, lo tiró por el inodoro.

Arkady la esperaba detrás de una de las puertas principales del Carnegie Hall, espiando a través de una rendija, y abrió antes de que ella tuviera tiempo de preguntarse si llamar o no.

—¡Entra! Hay un vigilante nocturno, pero sólo hace rondas por la planta baja. Acaba de pasar por aquí ahora mismo. ¡Deprisa!

Guió a Vita a través del magnífico vestíbulo, iluminado tan sólo por las farolas de la calle, y se metieron en el ascensor.

—Segunda planta —le anunció Arkady—. La Sala Capitular.

—¿La qué?

—Es como un escenario minúsculo: sólo caben doscientas personas. En la sala principal caben casi tres mil. En la Capitular hay una plataforma.

—¿Qué clase de plataforma?

—¡Para un trapecio, claro! —Pareció asombrado por su ignorancia—. Es de las hermanas Sabatini, pero no les importa que Samuel lo utilice. O, por lo menos, no les importaría si lo supieran. Tiene que ser un secreto.

—¿El qué?

—¡Samuel! Está entrenando para ser acróbata.

—¿Por qué tiene que ser un secreto?

—Porque él viene de una familia que trabaja con caballos. —La miró negando con la cabeza, como si eso también fuera evidente—. Tiene que unirse al número de su tío. Por eso está aquí, para aprender equitación.

—Pero ¿no podría pedir que...?

—No. Las familias circenses funcionan como la realeza: haces lo mismo que tus padres, por derecho de nacimiento. No tienes alternativas, igual que el zar Alejandro no tenía otra opción que convertirse en zar. A mí eso me va bien; siempre he sabido que quería trabajar con animales, con perros, caballos y pájaros.

Vita recordó cómo le resplandecía la cara, radiante como una antorcha, mientras montaba a *Moscú* a través de la ciudad dormida, y asintió.

—Pero el problema es que Samuel es un gran artista aéreo —continuó Arkady. Vita sonrió ante la palabra «artista», pero él estaba completamente serio—. Aprendió él solo, observando... como algunos aprenden por su cuenta a tocar el piano, ¿sabes? Sólo que Samuel

aprendió con su propio cuerpo y ahora no puede desaprenderlo.

—¡Pero eso no es justo!

Arkady se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero ¿has intentado decirle eso mismo a un adulto últimamente?

—Eso no significa que no puedas cambiarlo. ¡Nada es inmutable!

Pero Arkady ya había echado a correr.

—¡Ven aquí!

La sala tenía el suelo de madera, paneles también de madera y un techo alto. Había butacas a lo largo de tres lados de la estancia y una única lámpara encendida. Olía a sudor y a talco.

En mitad de la sala se alzaba lo que semejaba cuatro postes de gol de rugby. Los dos de los extremos tenían fijadas unas plataformas; de los postes del centro colgaban lo que parecían pequeños columpios de hierro. Debajo de ellos, se extendía una red. En lo alto de una de las plataformas, había un chico apoyado en una pierna, con la otra estirada muy por encima de la cabeza.

—¡Samuel! —llamó Arkady—. ¡Aquí está mi amiga!

El chico se volvió hacia ellos y sonrió, pero enseguida prosiguió con los estiramientos, y Vita tuvo que recordarse en silencio que tenía que pestañear.

Samuel era muy guapo; su belleza era de ésas que corta el aliento. Iba de negro de los pies a la cabeza: pantalones negros de algodón, camiseta negra de tirantes, muñequeras negras y zapatillas de ballet negras. Tenía el pelo cortado casi al rape y los pómulos, idénticos, le sobresalían como acantilados. Posó ambas manos en la plataforma e hizo el pino.

—¿Hablamos ahora o luego? —le preguntó Arkady.

—Luego —respondió Samuel boca abajo; apenas parecía haber reparado en la presencia de Vita—. Estoy probando algo nuevo.

Su acento era neoyorquino, pero con algo más; las vocales tenían una longitud y una profundidad que sugerían una lengua materna distinta del inglés.

Samuel se puso derecho de un salto, se frotó las manos con talco,

tomó un largo palo con un gancho en el extremo y, asomándose al borde de la plataforma, lo usó para acercarse un columpio, que aferró con una mano, y se inclinó hacia la red con sólo los talones en la plataforma.

Miró a Arkady con la cara tensa por la concentración.

—Dame la entrada.

—¿Listo? —le gritó Arkady a su vez.

—¡Listo! —exclamó Samuel, y descargó el peso del cuerpo sobre los pies.

—¡Ya!

Y Samuel se lanzó volando con las dos manos en el trapecio. Cuando el trapecio estaba en lo más alto, el chico se soltó, ejecutó una voltereta en el aire por encima de la barra y luego se enganchó al columpio con las rodillas. A Vita le dio un vuelco el estómago.

Samuel giró hasta ponerse en pie sobre la barra, sujetándose a las cuerdas. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, y el columpio continuó subiendo, elevándose tanto que, en uno de los puntos más altos, Samuel se quedó mirando directo al suelo y Vita entrevió brevemente su cara. Luego, sin hacer el menor ruido, se soltó y cayó hacia delante, formando un círculo entero en el aire alrededor del trapecio, sujeto a la barra sólo por el tobillo.

Vita soltó un grito ahogado. No era sólo la manera en la que Samuel se movía por el aire, como si la gravedad le hubiera concedido una dispensa. En efecto, no era sólo su vuelo, era la expresión que había transformado su cara.

Samuel tenía la mandíbula apretada y no sonreía, pero en su semblante había algo extraño, prodigioso y feroz. Era la felicidad de alguien que había nacido para hacer lo que estaba haciendo.

Vita no sabía cuánto tiempo llevaba Samuel balanceándose, haciendo volteretas en el aire y proyectando su cuerpo como un caleidoscopio. Sólo sabía que no deseaba que parase. Entonces, cuando el columpio se elevó más y más, el chico se soltó, dio un doble salto mortal y cayó al mismo tiempo que el trapecio, pero, al alargar la mano hacia él, falló y terminó en la red.

Se incorporó con los ojos brillantes.

—¿Una acrobacia nueva? —le preguntó Arkady.

—No ha funcionado —respondió Samuel, poniéndose de pie en la red y frotándose las manos—. ¿Has visto qué es lo que ha fallado?

De cerca era ligero y fibroso, pero sus manos y pies grandes apuntaban a que algún día sería alto.

—Ha sido durante la caída. Creo que ibas con dos tercios de segundo de retraso quizá. Pero no sé si es posible hacer un salto mortal doble.

—¡Claro que es posible! —Samuel sacudió la cabeza—. Pero he notado que no llegaba. —Saltó de la red al suelo y se secó la frente con la camiseta. Volar lo había transformado; todo su cuerpo estaba más suelto, más confiado—. Tú eres Vita. Ark dice que necesitas algo.

Vita buscó el cuaderno rojo dentro de su bolsillo y lo agarró con fuerza. Irguió la espalda.

—Necesito un equipo.

Todo lo rápido que pudo, explicó lo del castillo, el colgante de esmeralda y la necesidad de dinero para pagar a un ejército de abogados que pusiera de rodillas a Sorrotore.

—Tengo que saltar un muro —concluyó Vita—, de cinco o seis metros de alto.

—¿Y por qué no puedes usar una escalera de mano sin más?

—Porque el muro se alza en medio de un lago; es pequeño, pero no deja de ser un lago. Hace falta una cuerda.

—¿Un lago?

—¡Eso sí que es un truco nuevo de verdad! —exclamó Arkady, agolpando las palabras por culpa del entusiasmo—. ¡Vamos a ser ladrones!

Samuel frunció el ceño.

—No. Ya sé lo que estás pensando —se apresuró a añadir Arkady—, pero se trata de recuperar algo que ya ha sido robado. ¡Seremos ladrones buenos!

—Ladrones necesarios —apostilló Vita.

—Y es en el campo, en mitad de la nada, así que no nos atraparán. Probablemente, al menos.

Samuel no parecía muy convencido.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué vas a hacerlo?

Vita miró el trapecio, que seguía balanceándose de un lado a otro por encima de sus cabezas.

—Porque nadie más va a hacerlo.

—Eso no es una razón. Podrías decir lo mismo casi sobre cualquier cosa.

Vita se mordió el labio.

—Mi madre dice que tenemos que ser sensatos. Quiere que mi abuelo regrese a Inglaterra con nosotras, tanto si le gusta como si no. Y él no abre la boca si intentas pedirle su opinión. Es como si toda la cara se le cerrase de un portazo. —Cerró los ojos para esconderse de esa idea... y volvió a abrirlos—. Pero, si recogemos sus cosas y nos marchamos a casa sin más, Sorrotore habrá ganado. Ganará, igual que siempre ganan los hombres como él. Así que no quiero ser sensata. —Bajó la vista a su pie izquierdo, torcido y arqueado, a la frágil delgadez de su pierna izquierda. Pensó en todos los adultos bienintencionados con sus «siéntate», «ten cuidado», «tú no, bonita». Sacudió la cabeza y enderezó todos los huesos del cuerpo—. ¡Por una vez, no quiero hacer lo que me dicen que haga! Quiero pelear. Voy a pelear.

Samuel la miró durante un momento que pareció largo y denso.

—Mi padre está en nuestro hogar, en Mashonalandia, en África. Cuando yo era muy pequeñito, él entregó todo lo que tenía para enviarme aquí, para que viajara con mi tío y me uniera a su número circense. Si no lo hago, voy a decepcionar a toda mi familia: primos, tíos... a todos. Pero, cuando tenía tres años, aprendí a hacer la voltereta hacia atrás. Me encantó la sensación al aterrizar de pie, como si hubiera hecho un truco de magia. —Se miró las manos, cubiertas de talco—. Así que... entiendo que no quieras hacer lo que te dicen que hagas. —Y luego sonrió, y la sonrisa trepó hasta sus orejas, y a su desconcertante belleza se le sumó el regocijo: el regocijo de los que suelen ser cautos al volverse temerarios—. ¿Y qué anchura tiene exactamente ese muro?

—No lo sé. Creo que es bastante ancho.

—¿Y cómo de alto es exactamente?

Vita negó con la cabeza.

—Tendrá unos cinco metros, puede que seis. No lo sé.

—Necesito saberlo con exactitud, por la cuerda. ¿Tienes un cianotipo?

—¿Un qué? —espetó Arkady—. No conozco esa palabra.

—Es el plano arquitectónico de la casa —explicó Samuel.

—No lo tengo, pero puedo conseguir uno —dijo Vita, que, aliviada, notó que sonaba mucho más segura de lo que estaba.

—Si lo consigues, entonces cuenta conmigo. Me uniré al robo —dijo Samuel, y se limpió las palmas en los pantalones antes de tenderle la mano.

Arkady aplaudió por encima de la cabeza y soltó un grito, pero Vita sintió que le subía por el pecho una inesperada ola de ardiente culpabilidad. Los dos chicos, hombro con hombro, exhibían idénticas sonrisas. No habían visto nunca a Sorrotore ni el hielo de su mirada. No les había contado lo del titular del periódico.

Sofocó la culpabilidad, empujándola hasta donde no pudiera sentirla. Y alargó la mano para estrechar la de Samuel.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Arkady—. ¡Pronto! ¡Mañana!

—Pronto —respondió Vita—. Pero mañana no.

—¿Por qué no?

—Todavía hay mucho que hacer. Como dice Samuel: todo robo necesita un cianotipo.

9

A la mañana siguiente, Julia volvió a salir temprano para recorrer la ciudad y reunirse con una serie de hombres con traje gris que estaban arreglando los asuntos bancarios y tributarios del abuelo. Éste leía junto a la ventana, y Vita, descalza y con sigilo, aprovechó para colarse en su dormitorio e inspeccionar todos los cajones y el armario en busca de papeles.

No había nada. Debería haberlo sabido.

—Idiota —susurró con ferocidad.

Sabía que el abuelo había tenido que abandonar el castillo del Hudson con lo puesto. Incluso así, fue como si le asestaran un golpe en el pecho.

Al final hizo lo más sencillo y arriesgado: se lo preguntó al abuelo directamente.

—¿Un plano? Por supuesto que había uno. —La miró de arriba abajo con escepticismo—. ¿A qué viene ese interés? Tu madre tiene razón, Granujilla: ahora es mejor dejar todo eso atrás.

—Es sólo que... me preguntaba...

—¿Qué te preguntabas? —repuso él con tono seco.

—Es para... —Vita se mordió con fuerza el interior de los carrillos antes de mentir—: Es para un juego. ¿Dónde está? ¿En el castillo?

—Está en la Biblioteca Pública de Nueva York. Lo donamos, junto con un montón de documentos más, hace muchos años. La biblioteca mandó solicitudes a todas las casas antiguas.

—Entonces, ¿podríamos verlo? —preguntó esperanzada.

—¿Querrías explicarme por qué? —replicó el abuelo, enarcando primero una ceja y luego la otra.

—No, gracias.

—Es mejor que te olvides incluso de que el castillo ha existido, Granujilla.

—No, gracias —repitió la niña.

Y mientras miraba al abuelo sin pestañear, éste soltó una fuerte carcajada que sonó como un gruñido, como si fuera un oso en lo alto de un campanario.

—Tu abuela también era muy tozuda. Lo lleváis en la sangre. Deja que vaya a por mi sombrero.

Su sombrero estaba roído por las polillas y era de un negro tan desvaído que casi parecía marrón, pero el abuelo siempre llevaba sus prendas de ropa con garbo, y se lo puso como si fuera una corona. Un frío invernal reinaba en la ciudad y, en la esquina de la calle 47Oeste, el abuelo se paró a comprar un cucurucho de cacahuetes garrapiñados.

En la acera de enfrente, un hombre blanco con traje negro alzó la mirada y vio a un anciano de manos delicadas y a una niña de pelo castaño rojizo y ojos grandes. Ella llevaba una gabardina ceñida y unas botas de color rojo intenso y tenía el pie izquierdo torcido hacia dentro. El hombre volvió la cabeza de golpe. Dejó el pretzel que estaba comprando y fue tras ellos, siguiéndolos a medio bloque de distancia por la ancha acera.

Cuando llegaron a la biblioteca, Vita tenía los dedos cubiertos de sirope caliente. Se los lamió a conciencia, contemplando el edificio del otro lado de la calzada.

El edificio parecía más un palacio que una biblioteca. Las columnas y el pórtico se alzaban majestuosos, mientras el color y el ruido de la ciudad desfilaban ante ellos.

—Éste es mi lugar preferido de Nueva York —confesó el abuelo—. Los leones se llaman *Paciencia* y *Valor*... aunque siempre he pensado que parecen furiosos, cosa que me gusta más.

Cierto, los leones parecían indignados; eran dos estatuas de mármol con expresión severa que custodiaban los libros de la ciudad. Vita los saludó con la cabeza mientras subían por las escaleras. Abuelo y nieta iban del brazo; ella ponía el pie izquierdo con cuidado sobre la ancha

piedra de los escalones, y él se ayudaba con su bastón, y ambos tenían los ojos puestos en las enormes y acogedoras puertas.

El hombre del traje negro no los siguió al interior. Se quedó esperando, apoyado contra uno de los leones, calentándose los dedos con el vaho. En el dorso de la mano tenía tatuado un gato bufando.

La bibliotecaria de servicio era la señorita Sutton, una latina alta vestida de terciopelo que saludó al abuelo como a un viejo amigo. Los guió por el largo vestíbulo hasta una sala flanqueada con escritorios, lámparas de lectura y estudiosos inclinados sobre libros.

—Los acomodaré aquí, para que puedan hablar sin molestar a los demás usuarios.

Y los condujo hasta una pequeña habitación con una gran mesa con la superficie de cuero, varios pares de guantes blancos y una lámpara de cristal verde que Vita enseguida quiso tocar.

La señorita Sutton extrajo una caja, cuya tapa se hallaba atada con un cordel, y los dejó solos. Vita sacó el fajo de papeles y se sentó al lado de su abuelo. Encima de todo, había una hoja de papel doblada en ocho.

El abuelo la desplegó encima de la mesa.

—¡Aquí lo tienes! —exclamó, y su voz sonó menos firme que antes.

El papel era tan grande como un atlas, y tan fino que casi era transparente. Pero Vita advirtió que su abuelo estaba viendo más allá del simple documento: veía la mismísima casa. Por un instante, el anciano se permitió recordar.

—El castillo es más antiguo que la Constitución. Mi bisabuelo lo trajo hasta aquí en barco. Una locura, desde luego, pero ¿quién puede decir que la locura sea algo malo? Cuando mi padre murió, y la abuela y yo nos fuimos a vivir allí, antes de que naciera tu madre, era una ruina... Dentro, las paredes blancas estaban llenas de moho, de modo que pintamos el interior de azul.

Vita ya lo sabía, porque había oído muchas veces esas viejas historias. Aun así, quiso que su abuelo siguiera hablando y que no se esfumara la expresión de su cara.

—¿Qué clase de azul? —le preguntó.

—Azules de piedras preciosas. Los escogió tu abuela. Azul cobalto, azul zafiro, azul turquesa. La casa relucía. —Señaló el plano—. Eso es el vestíbulo. La vieja lámpara de araña sigue ahí, a menos que ese hombre se la haya llevado. Ahí está la escalinata; medio podrida ahora, puede derrumbarse en cualquier momento. Nosotros siempre usábamos las escaleras de atrás. La bodega. El vino de mi padre continúa ahí, a menos que se lo haya bebido Sorrotore. Ese espacio en la pared de atrás, mira, marcado en negro, ahí estaban los desagües, pero ahora no es más que una rejilla. Sirve para ventilar la bodega y se asegura de que te castañeteen los dientes durante todo el año.

—¿Y esto?

—Esto es el salón principal. Había una alfombra hecha con una piel entera de oso polar... pobrecillo. Lo abatió tu tatarabuelo, que era un hombre con muy poco cerebro pero con muchísimas armas. De pequeño, yo solía tumbarme junto al oso, que no paraba de perder dientes. Vigila la caja fuerte, que está ahí, en el interior de la chimenea.

»Y mira: la puerta principal y la puerta trasera. Con cerradura irrompible. Rejas antirrobo. Tu bisabuelo estaba convencido de que la gente intentaba arrebatarle su riqueza. A menudo los ricos son paranoicos y asustadizos. Hoy en día, por supuesto, no hay ninguna riqueza que robar.

Vita observó el cianotipo en silencio. Las paredes que rodeaban el castillo estaban pulcramente etiquetadas con hermosas letras impresas de arquitecto. Seis metros de alto y sesenta centímetros de ancho.

—Resulta extraño verlo sobre el papel. Me había jurado olvidarlo. Supongo que no volveré a verlo jamás. —El anciano sonrió, deshaciéndose de la expresión de pérdida—. Bueno, como parece que, sin querer, hemos salido de excursión, ¿por qué no seguimos? Podríamos ir a buscar un helado.

Vita negó con la cabeza.

—La verdad es que me gustaría quedarme aquí. Me gustaría copiar el mapa.

Su abuelo alzó las cejas.

—¿Copiarlo?

—Es para el juego.

—¿Te importaría contarme de qué juego se trata?

A Vita sí le importaba, así que respondió negando enérgicamente con la cabeza.

El abuelo se quedó mirando a su nieta, con sus botas rojas y sus ojos de león.

Al final suspiró.

—No creas, ni por un segundo, que no sé que me estás mintiendo. Pero creo que a los niños no se les puede prohibir que tengan secretos. ¿Puedes prometerme, sólo, que ese secreto no tiene nada que ver con Sorrotore?

A Vita se le cayó el alma a los pies, y se estaba preguntando si podría mentir de nuevo, cuando su abuelo añadió:

—¿Puedes prometerme otra vez que no te acercarás a ese hombre?

Vita esbozó la sexta de sus seis sonrisas.

—Te prometo que no me acercaré a ese hombre —dijo, y seguía sin tener la menor intención de acercarse a él.

—Bien. Entonces sólo te pido que respetes la confianza que he depositado en ti y no acabes muerta, mutilada o detenida. Nos veremos en el apartamento. Ven a casa antes de que vuelva tu madre o tendrá todo el derecho de matarnos a los dos.

Vita trabajó deprisa. Salió de la biblioteca sólo media hora después que el abuelo y se encaminó a casa, bajo los ojos vigilantes de los rascacielos. En Nueva York, no era insólito que los niños anduvieran solos por la calle, pero, incluso así, Vita atraía las miradas por la fiereza con la que llameaban sus ojos, cargados de resolución. No parecía ver la gran ciudad amarilla y gris que la circundaba, ni las luces brillantes, porque sus ojos estaban enfocados en otro punto, un punto invisible.

Y el hombre con el tatuaje del gato abandonó su puesto junto a *Paciencia* y siguió a la niña calle abajo.

10

Vita pasó parte de la tarde memorizando la ciudad. Primero fue andando a casa para comer tostadas con kétchup. El abuelo estaba preparándose para dormir en una butaca de su habitación.

—La noche —dijo a su nieta cuando ella le preguntó— se ha convertido en una especie de gigante. Me siento incapaz de vencerlo. Pero duermo a ratos durante el día, y para mí es más que suficiente.

Después Vita recorrió, lenta y dolorosamente, medio Manhattan; por la calle 57 y la Quinta Avenida abajo, hacia el parque de Madison Square. Estaba intentando grabarse en la cabeza el mapa de Nueva York, por si acaso. Nunca se sabía cuándo podría resultar útil.

Regresó al apartamento a la hora de merendar y entró tan sigilosamente como le fue posible. No avisó de su llegada por si el abuelo seguía durmiendo. No parecía que hubiera nada raro hasta que abrió la puerta de su habitación y se le erizó el vello de la nuca, igual que si fuera un gato acorralado.

Alguien había estado en su cuarto.

No habían revuelto nada —todo estaba ordenado de manera impecable—, pero su libro se encontraba en un punto distinto del alféizar de la ventana, y habían deshecho y vuelto a hacer la cama, pues la manta estaba del revés. Le invadió el pánico y abrió el armario; allí no había nadie, sólo sus jerséis y sus medias, pulcramente doblados. Miró debajo de la cama. Nada, salvo... una marca en el polvo, como producida por una mano al rebuscar.

Vita corrió a la cocina y al salón. Había tan pocos muebles que era casi imposible advertirlo, pero alguien había estado allí, alguien de pies ligeros y silenciosos. La niña pensó en el anillo, a buen recaudo en el

dobladillo de su falda, y notó que el corazón le martilleaba en los oídos.

Debería ir a la policía; debería contárselo a alguien. Pero Westerwicke era la policía, aunque estuviese jubilado, así que suponía un riesgo enorme. Y si se lo contaba a su madre, ésta cambiaría los billetes para el primer barco que zarpara a Inglaterra. Sólo quedaba el abuelo. Intentó imaginarse contándoselo, y supo de inmediato, por el punzante dolor que sintió en el pecho, que él no debía saberlo. Se culparía a sí mismo, y eso era impensable.

Vita fue a la cocina y sacó la botella de kétchup. Se tomó una cucharada para darse ánimo y energía. Pediría a su madre que cerrara con dos vueltas por la noche, pero no se lo contaría a nadie. Entretanto, tenía una cita con el circo.

Todo había empezado bastante tranquilamente, incluso de manera bastante legal. La noche anterior, bajo el trapecio iluminado por la luz de la luna, Vita mencionó que nunca había ido al circo.

Los dos chicos la miraron, y luego se miraron entre sí. Era como si les hubiese dicho que jamás había visto el cielo.

—No hablas en serio, ¿verdad? —le dijo Samuel—. No lo has dicho literalmente, ¿no?

—¿Cómo podría no haber ido nunca al circo metafóricamente?

—Cierto —repuso Arkady, con un matiz de pánico en la voz—. ¡Esto tenemos que arreglarlo! Mañana mismo... ¡hay una sesión a las siete!

—¡Qué maravilla! —exclamó Vita, aunque luego vaciló. Nada en el brillo y el fulgor del Carnegie Hall sugería que fuese barato—. ¿Cuánto... cuesta?

—No seas ridícula —le espetó Samuel—. Te colaremos.

Cuando Vita salió a hurtadillas del apartamento, su madre aún no había llegado. Dejó una nota diciendo que iba al circo —no mencionó con quién— y que volvería a la hora de acostarse. Sabía que a su regreso habría bronca, pero eso ya llegaría, en ese momento tocaba circo.

Los dos chicos la esperaban debajo de la bandera. Un hombre joven repartía octavillas con un artículo de periódico impreso.

«¡Críticas elogiosas! —gritaba—. ¡Lea nuestras críticas elogiosas en *The New York Times*!»

Samuel hizo una señal al joven, tomó una hoja y se la tendió a Vita.

—Ten —le dijo a modo de saludo—. Como recuerdo.

—«¡Circo en el Carnegie Hall!» —leyó ella—. «Elefantes, ponis, perros y otras diversiones para toda la familia podrán verse esta temporada sobre la pista de serrín...»

—¿Qué es el serrín?

—Son virutas muy finas de madera —dijo Samuel—. Eso que se usa para cubrir el suelo del circo.

—«... pista de serrín del Carnegie Hall con la inauguración de un auténtico circo cubierto.»

—Qué bueno, ¿verdad? —preguntó Arkady—. ¡El *New York Times*! Mi padre se puso tan contento que enmarcó el artículo y lo colgó en todas las habitaciones... incluido el cuarto de baño.

—Vamos —los apremió Samuel.

Vita se guardó la octavilla en el bolsillo y fue hacia la puerta principal, pero Arkady se echó a reír.

—¡Por ahí no! Tenemos que ir por la puerta del escenario.

—¿Qué?

—Bueno, ¡no tenemos entradas! No nos las dan gratis... ¿Quiénes crees que somos, los Rockefeller?

Samuel dobló la esquina y los guió a un lado del edificio.

—¿Has conseguido el cianotipo? —preguntó a Vita, mientras hacía una seña con la cabeza al portero.

—Sí —respondió ella—. Lo he copiado en mi cuaderno.

—Genial. Nos lo puedes enseñar después de la función.

Subieron unas escaleras empinadas. Los chicos no mencionaron el pie de Vita, pero, cuando ya estaban casi en lo alto, Samuel le tendió la mano, y ella le dedicó una sonrisa pero no la aceptó.

Al final de las escaleras, había una puerta de tapete verde. Samuel se apartó.

—Después de ti.

Vita empujó la puerta y se encontró en otro país.

Las luces eran brillantes, y el aire olía a perfume, talco y cuerpos humanos acalorados. En el pasillo había una joven japonesa plantada sobre las manos, rascándose la coronilla con un dedo del pie. Por todas partes había personas corriendo de un lado a otro, estrujándose unas contra otras al pasar, con la cara pintada, y vestidas con un derroche de sedas exquisitas y lentejuelas.

Tres mujeres con mallas apartaron a Arkady con brusquedad, riéndose y hablando en algo que a Vita le pareció español.

—Por aquí —le dijo Samuel.

Vita quería pararse a mirar, y seguir mirando, pero Arkady la agarró de la mano y tiró de ella hacia un espacio oscuro de techos altos.

—¡Aquí! —exclamó triunfal.

Vita vio que el Carnegie Hall no tenía bastidores como un circo tradicional; en lugar de eso, una puerta ancha en cada uno de los lados llevaba al escenario.

—Nos quedamos aquí, ¡justo al lado de la puerta! —anunció Arkady—. ¡Podremos verlo todo!

A sus espaldas sonó una voz con acento ruso.

—¡Arkady! ¿Qué estás haciendo aquí? —Un hombre alto de nariz bulbosa los fulminó con la mirada—. Chicos, ¿no os dije la última vez que bloqueabais el paso?

—Sólo queremos mirar —dijo Samuel en voz queda.

—¿Quién es ésta? —preguntó el hombre volviéndose hacia Vita y arqueando una ceja.

—Es amiga mía. —Arkady se estaba poniendo rojo—. Vita, éste es mi tío. Es el jefe de pista en funciones. ¡Tío Yvgeny, Vita nunca ha ido al circo!

—No puedo… —empezó Yvgeny, pero entonces vio la expresión de Vita, sus ojos, su cara ardiendo de asombro, y luego reparó en su pie—. Ya veo —continuó con un tono más amable, y arrastró tres sillas y las colocó justo al otro lado de la puerta—. Sentaos aquí y no hagáis ruido; no creo que haya problema.

Vita le dedicó la tercera de sus seis sonrisas.

Las luces estaban empezando a perder intensidad, y la joven japonesa que había visto en el pasillo corrió a situarse junto a la puerta. Se frotó la nuca y guiñó un ojo a Vita.

—Ésa es Maiko —le explicó Samuel—. Es la acróbata principal —añadió con voz cargada de admiración—. Entrenó con el mismísimo Nikitin.

Un hombre de pelo oscuro y piernas largas, con sombrero de copa y esmoquin, salió al escenario y se dirigió al público.

—Ése es mi padre —dijo Arkady, con orgullo en la voz y una sombra de resentimiento.

—¡Señoras y señores, bienvenidos! —exclamó el padre de Arkady—. ¡Bienvenidos al Circo Lazarenko! Esta noche esperamos mostrarles que el mundo es más extraño y salvaje de lo que pensaban ¡y que el cuerpo humano es la maravilla de las maravillas! Lo único que les pedimos es que miren... y se admiren.

Arkady soltó un resoplido.

—Dice lo mismo todas las noches. No le gustan los cambios.

La banda comenzó a tocar. Maiko corrió al escenario, donde fue recibida por una salva de aplausos, y cruzó el espacio dando una voltereta hacia atrás, con absoluta ligereza y despreocupación. Samuel suspiró, pero el suspiro no iba dirigido a la joven, sino a la facilidad con la que sorteaba la fuerza de la gravedad.

Aparecieron dos hombres en escena: uno tomó a Maiko por los brazos, y el otro, por los pies, y empezaron a hacerla girar en amplios círculos, subiéndola y bajándola. Entonces salió una mujer más alta y se puso a saltar por encima y por debajo del cuerpo de Maiko.

Vita pensó que aquello era de una belleza más salvaje y bohemia que un ballet.

Samuel tenía los ojos tan abiertos como Vita. Del techo bajaron largas cintas de seda, y Maiko ascendió y descendió por ellas balanceándose con la misma facilidad con la que cruzaría la calle, girando y retorciéndose, y Samuel se inclinó tanto hacia delante que estuvo a punto de caerse de la silla.

—Vemos la función al menos tres veces por semana —susurró Arkady a Vita, señalando con la cabeza a su amigo—, desde hace años, y Samuel siempre siempre se pone así cuando ve volar a Maiko.

La joven abandonó el escenario y Samuel volvió a recostarse en el respaldo frotándose los ojos. Entonces aparecieron unos caniches en fila india, seguidos de la madre de Arkady, una mujer alta de expresión severa y grandes pechos. Los perros saltaron a través de aros dorados, y luego unos por encima de los otros.

—¿Los aros son de oro de verdad? —preguntó Vita.

—¡No, claro que no! Sólo es cartón pintado. Cuando tenga mi propia *troupe*, no usaré aros... nada que haga que los animales parezcan idiotas. Toda mi orquesta estará formada por cantos de pájaros, y la gente acudirá a verla desde todas las partes del mundo.

Después de los perros siguió un escapista, un polaco menudo que no borraba su media sonrisa de la cara a pesar de que lo sumergieron en agua con los brazos encadenados a la espalda. Más tarde fue el turno de un equilibrista con unas mallas plateadas. Luego Arkady se enderezó.

—¡Aquí está! ¡Mira esto!

Un hombre de huesos delgados salió al escenario. Tras él apareció una hilera de caballos encabezados por *Moscú*, a la que habían aplicado polvos dorados en los costados para que resplandeciera. Vita soltó un respingo al verla.

—Ésta es la mejor parte —dijo Arkady—. El número de la libertad. ¡Y ése es Morgan Kawadza!

—¿Kawadza? —Vita se volvió hacia Samuel—. Entonces, es tu...

—Mi tío, sí —confirmó el muchacho, y luego se puso en pie y caminó hacia atrás, hacia la oscuridad de los bastidores, fuera de la vista del hombre del escenario.

—Es el mejor del mundo —continuó Arkady—. Mi padre casi lloró de felicidad cuando accedió a unirse a nuestra compañía. Ha entrenado con los lipizanos de Viena.

—¿Los qué?

—¡Los lipizanos! Son los caballos más listos del mundo... Se criaban para que los montaran emperadores. ¡Pero mira! ¡Ni se te ocurra

parpadear!

Empezó a sonar un vals. Kawadza chasqueó la lengua y dijo algo, pero no en inglés.

—Enseña a los caballos en inglés y en shona —explicó Arkady a Vita en un susurro—, el idioma de Mashonalandia. Y *Moscú* también sabe ruso, por supuesto... Se lo he enseñado yo.

Los caballos comenzaron a bailar, moviéndose hacia atrás y de un lado a otro al ritmo de la música.

—Fíjate en *Moscú*. Es perfecta. No hay ningún caballo como ella; es lipizana.

Moscú se puso de manos y dio varios saltos con las patas traseras, relinchando triunfal, luego giró despacio haciendo una pirueta. Kawadza la alabó, diciéndole que era una reina entre los caballos, que estaba orgulloso de ella.

—Un día no muy lejano, *Moscú* pasará a pertenecer a Samuel. —Arkady lo soltó como quien dice: «Un día será rey».

El número llegó a su fin, y Kawadza montó a lomos de *Moscú* y la sacó del escenario, entre aplausos entusiastas.

Kawadza vio a Arkady y se detuvo.

—Hola, Ark. ¿Dónde está Sam? —le preguntó al tiempo que desmontaba—. ¿No estaba aquí hace un instante?

Arkady se había sonrojado por los nervios; que su héroe le dirigiera la palabra le había puesto rojas las orejas. Tragó saliva.

—Sí, señor. Debe de haber ido al baño, señor.

—No seguirá soñando con volar, ¿verdad? —El acento de Kawadza era mucho más fuerte que el de Samuel; tenía una especie de zumbido, y las vocales se alargaban sobre su lengua.

Arkady tragó saliva a duras penas. Parecía que estuviera intentando masticar un sapo.

—No, señor.

—Bien. Ya le he dicho... y te lo digo a ti para que puedas recordárselo... que no tiene elección. ¿Me has oído?

—Lo he oído, señor —susurró el chico.

Kawadza se volvió hacia el público, seguido del frufrú de la seda y el

satén de su indumentaria. Su voz sonó áspera cuando dijo:

—En el barco que me trajo aquí conocí a un hombre... Quería ser bailarín. Podía dar saltos de dos metros de altura sin tomar impulso. Lo miraron de arriba abajo y se rieron de él: jamás podría haber un príncipe negro en el ballet. No. El mundo no es generoso ni imaginativo con la gente de mi color de piel: ya tiene decidido qué es lo que somos. Y Samuel es un niño. Mi obligación es defenderlo de la decepción.

Vita sintió que se le oprimía el pecho y dijo:

—Pero...

Kawadza negó con la cabeza deprisa, con fuerza, triste.

—No hay pero que valga. —*Moscú* relinchó, y él le acarició el costado—. Además, ¡no hay futuro en las acrobacias! Que Samuel pueda ejecutar una voltereta lateral está muy bien, pero eso no basta. Malgastará su tiempo con trucos baratos, el mundo le dará la espalda y le romperá el corazón, y él se quedará sin nada. Y sin él, ¿quién seguirá con el espectáculo cuando yo me vaya? Cuando cumpla catorce años, Samuel se unirá a mi número con los caballos.

Dicho eso, Morgan Kawadza suspiró, volvió a mirar alrededor en busca de su sobrino y se marchó seguido de *Moscú*.

Hubo una larga pausa en la que Vita sólo pudo pensar en Samuel balanceándose en la barra del trapecio con el rostro radiante. Cerró las manos dentro de los bolsillos, formando sendos puños.

Luego la banda empezó a tocar de nuevo, y aprovechando el estruendo, Samuel regresó a su asiento.

—Tu tío acaba de estar aquí... —le susurró Vita.

—Lo sé. Yo estaba detrás de los cubos del tragafuegos.

Tenía todo el cuerpo rígido, y los hombros casi le tocaban las orejas.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se obligó a sonreír—. Tienes que ver esto: ahora viene Lady Lavinia.

Desde el otro lado de los bastidores, hizo su entrada una mujer hermosísima vestida de seda negra, tenía el pelo largo hasta la cintura y los dedos cubiertos de cicatrices. Llevaba cuchillos en las manos.

—No querrías encontrártela en un callejón oscuro —le dijo Samuel

—. ¡Mira!

Lady Lavinia comenzó haciendo malabares con cuatro cuchillos. El público soltó exclamaciones ahogadas y la vitoreó, y ella sonrió de oreja a oreja bajo las luces del escenario y se echó a reír: reía como si a un virtuoso del piano lo hubieran aplaudido por tocar una escala. Añadió tres cuchillos, luego otros cuatro y cinco más, hasta que hubo dieciséis cuchillos girando en el aire. Los fue atrapando con las manos en la espalda e hizo girar sobre la punta de un dedo un cuchillo tan largo como su brazo. Lanzó al aire manzanas y cuchillos, que recuperó al caer, con las manzanas partidas limpiamente en dos. Los aplausos de la multitud se volvieron ensordecedores.

Vita se aferró a la silla hasta que el revestimiento de felpa se despegó bajo sus dedos. En su interior brotó un torrente de anhelo. «Debe de ser una sensación asombrosa saber hacer eso, que un objeto en movimiento trace una curva en el aire a tu voluntad —pensó, y a ese pensamiento lo siguió otro, uno tan quedo y nuevo que apenas logró abrirse paso hasta la superficie de su mente—. Yo podría hacerlo.»

Lady Lavinia se retiró.

—Ya sólo queda por salir el elefante —dijo Arkady.

—¡Un elefante! ¡Debe de ser maravilloso!

Arkady sacudió la cabeza.

—Es precioso, sí... tanto que duele... Pero los elefantes no son como los perros. Ojalá mi padre no tuviera ninguno, pero afirma que lo necesitamos para el público.

—¿Por qué lo dices?

—Los perros son artistas. Quieren trabajar, quieren jugar, actuar. Pero los elefantes sólo quieren irse a su casa. Yo se lo digo y se lo repito a mi padre, pero no me escucha.

—¿Cómo sabes que el elefante no quiere trabajar?

—Lo noto... aquí —dijo dándose un golpe en el pecho, luego sonrió, azorado, y se volvió hacia el espectáculo.

El escenario del Carnegie Hall era grande, lo bastante ancho para que cupieran cuarenta personas hombro con hombro. Vita sabía que los mejores músicos del mundo habían pisado aquellos tablones de madera.

Pero de pronto el escenario empequeñeció y le pareció endeble y prosaico, eclipsado por el animal que salió por la puerta del extremo más alejado.

Iba engalanado con cintas y llevaba un paño de seda roja sobre el lomo y un triángulo de seda dorada entre los ojos. Alguien le había perforado una oreja para ponerle aretes de oro, uno en la parte de arriba y otro en la de abajo, y entre ambos colgaba una cadena de filigrana de oro. Llevaba una cadena plateada sujeta de una pata delantera a la otra. Lo seguía un hombre larguirucho, con la calva reluciente de sudor y una larga vara en la mano.

El elefante se detuvo a contemplar al público y elevó la trompa en el aire como si estuviera buscando algo. La multitud enmudeció.

El hombre dio una orden con un grito y el elefante se alzó sobre las patas traseras, barritó y bajó de nuevo con estrépito. Los tablones del suelo se estremecieron. Volaron astillas por el escenario. Samuel se tapó la cara con el codo y Vita se agachó hacia la izquierda cuando una le pasó volando junto al ojo derecho.

Arkady masculló algo; Vita estaba segura de que no era nada de buena educación.

El hombre dio otra orden, pero el elefante no se movió. Entonces gritó de nuevo. El elefante permaneció donde estaba, recorriendo el teatro con la mirada: el techo pintado, las hileras de caras ávidas. Cerró los ojos, que eran de un color más cercano al dorado que al marrón.

De manera inesperada, Vita notó que le picaban los ojos y que se le hinchaba el puente de la nariz, como le sucedía antes de llorar, y se miró ceñuda el pie izquierdo para impedir que le saltaran las lágrimas. La imagen que veía no era la del Carnegie Hall, sino la de su abuelo, encorvado y maniatado por algo que ella no alcanzaba a ver.

El hombre alargó la vara, cuyo extremo reflejó la luz, y Vita vio, con el corazón encogido, que la punta no era de madera sino de hierro, afilada como un cuchillo. No tuvo claro qué sucedía, pero el elefante bramó, se alzó y se quedó plantado sobre una sola pata trasera.

El público chilló alegre, vitoreando. El hombre hizo una reverencia y guió al elefante fuera del escenario, por el mismo sitio por el que

habían entrado, pasando de la intensa iluminación a la oscuridad de los bastidores.

Entonces se encendieron las luces de la sala, y los espectadores comenzaron a parlotear de forma ruidosa. Vita fue a asomarse por el borde de la puerta para ver el auditorio y contempló el desfile de faldas de seda mientras se vaciaban los asientos. Estaba a punto de preguntar si podía conocer al elefante cuando el aire se le atascó en mitad del pecho.

En uno de los palcos, un hombre se ponía en pie y tendía la mano a una mujer rubia ataviada con un vestido de seda rosa palo. El hombre se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con los de Vita, que tenía medio cuerpo en el escenario.

El hombre era Victor Sorrotore.

11

El miedo hizo que retrocediera de golpe, después de ver la rabia y la aversión que habían asomado al rostro de Sorrotore, que salió del palco a toda prisa.

Vita corrió a esconderse en las sombras y se volvió hacia Samuel y Arkady. Luchó por combatir el miedo, por derrotarlo; no iba a permitir que la engullera.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde? ¡Nosotros vivimos aquí! —exclamó Arkady.

—Sorrotore está aquí y me ha visto. Y si me encuentra... Llevo el anillo encima.

Arkady arrugó la frente.

—¿Qué anillo?

—Me llevé un anillo de la repisa de su chimenea... Creo que es la prueba de algo horrible. Alguien ha ido a buscarlo a mi casa, ha mirado debajo de la cama...

—Pero... —empezó Arkady, aunque Samuel lo interrumpió: había visto el pánico en los ojos de Vita.

—No podemos quedarnos aquí. Los espectadores pueden venir detrás del telón si son lo bastante ricos. Saldremos por la puerta de atrás.

Salieron disparados por el pasillo. El suelo era resbaladizo y Vita patinó y cayó, raspándose la palma de las manos, pero se puso en pie de inmediato y sus ojos atajaron cualquier comentario. Corrieron hacia la puerta del escenario, que estaba entornada y dejaba pasar el aire de la noche. Samuel, que iba en cabeza, fue el primero en traspasarla. Luego, sin previo aviso, volvió sobre sus pasos, abrió otra de las puertas del pasillo y empujó a Vita por ella. Los tres se encontraron en un

caótico armario de accesorios; había estantes con máscaras, capas y una cabeza de burro apiladas de forma precaria. Un montón de pelo resultó ser un surtido de bigotes falsos.

—¿Qué pasa? —siseó Arkady—. No es momento de buscar complementos.

—Ahí fuera hay un hombre esperando —respondió Samuel.

—¿Qué aspecto tiene? —quiso saber Vita.

Samuel negó con la cabeza.

—Apenas lo he visto de refilón... pero era alto y moreno. Con cara de rico y el pelo muy engrasado.

—Suena a Sorrotore. —Vita miró alrededor. El cubículo carecía de ventanas—. ¿Estamos atrapados?

—Saldremos por el otro lado —contestó Samuel—. A través del vestíbulo y la puerta principal, como todos los demás... Nos mezclaremos con el público.

Arkady cogió el sombrero de copa de su padre de un estante.

—Ponte esto —le dijo a Vita, encasquetándoselo hasta las orejas, y luego intentó pegarle un bigote en el labio superior.

—Claro —suspiró Samuel—, precisamente ésa es la manera de hacer que parezca una espectadora más: una chica con sombrero de copa y bigote.

—¿Y entonces qué?

Vita volvió a dejar el sombrero y el bigote en la estantería, y Samuel le ofreció un sombrero de fieltro de color marrón oscuro. Le encajaba a la perfección. Vita se lo ladeó sobre los ojos.

—Mejor —dijo—. Vámonos.

Corrieron por los pasillos a toda prisa, franquearon dos puertas, y de golpe se hallaban en el resplandeciente vestíbulo, ante la amplia escalinata. Una familia de seis miembros —dos adultos y cuatro niños, todos vestidos de manera exquisita— estaba bajando despacio las escaleras, al ritmo de un pequeño parlanchín de tres años. Samuel dio un empujón a Vita, que echó a andar tras la familia, intentando dar la impresión de que formaba parte de ella.

Al pie de la escalinata, se encontraba la mujer del vestido rosa palo,

que miraba su reloj. Cerca, una chica con una trenza rubia platino se ceñía un abrigo fino.

«Actúa con normalidad», se dijo Vita, inspeccionando la multitud. Y lo cierto era que, para la gente que pasaba a su lado, ella parecía una espectadora más, aunque una con un dudoso gusto para los sombreros.

La chica de la trenza rubia se volvió y a Vita le dio un vuelco el estómago. Era Seda; tenía las comisuras de la boca hacia abajo, como una herradura, y los ojos fijos en algo que se hallaba detrás de Vita.

Vita siguió la mirada de Seda... hasta la esquina del edificio, por donde en ese instante aparecía un pie seguido del abrigo negro de cachemira de Sorrotore.

Entonces se puso detrás del niño más alto mientras Sorrotore pasaba por su lado.

Todo sucedió muy deprisa. Seda, con la cabeza gacha, se cruzó con Sorrotore y alargó la mano.

Sorrotore, que pertenecía a una clase social entrenada para no ver a los pobres, no hizo el menor caso a Seda y llamó a la mujer de rosa.

—Lo lamento, querida... ¡Te he dicho que no me esperaras! Es que me había parecido ver a un viejo socio.

La tomó del brazo y se volvió hacia los escalones que tenía a su espalda. Vita se pegó más al grupo familiar, mirando al suelo y deslizándose detrás de la madre. Sorrotore soltó un bufido irritado, dobló a la derecha y echó a andar con la mujer en dirección a Central Park. Seda se fue en dirección contraria, a un paso que era casi una carrera, y Vita respiró aliviada.

La familia arqueó los seis pares de cejas al encontrarse con una niña con sombrero de fieltro y botas rojas en medio de su grupo, pero la adrenalina que corría por las venas de Vita la protegió de la vergüenza. Arkady y Samuel bajaron la escalera a toda prisa.

—¿Te ha visto? —le preguntó Arkady.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Samuel.

—Estoy bien —respondió ella—. Vayamos detrás.

Rimsky bajó volando del tejado del Carnegie Hall y se posó en el hombro de Arkady.

—¿Detrás de Sorrotore? ¿Estás loca?

—No. Detrás de una chica.

Samuel esbozó su media sonrisa.

—¿Una chica en concreto o una chica cualquiera?

—Os lo explicaré por el camino. Creo que sé dónde puede estar.

12

El trayecto desde el Carnegie Hall hasta el Bowery fue frío; frío, largo y oscuro, pero en el cielo había estrellas y Nueva York brillaba a su alrededor. Caminaban tan rápido como podía Vita, con la cabeza gacha para protegerse del viento gélido, y con *Rimsky* posado en el hombro de Arkady. Vita pensó que, por lo menos, no era fácil perderse en Nueva York, porque todas las calles estaban trazadas en retícula, y la calle 22Este llevaba a la 23Este tan directamente como un dominó.

Mientras caminaban, Vita les habló a los chicos del edificio Dakota y de Seda, que era carterista y capaz de abrir cualquier tipo de cerradura.

—¿Y te dijo que no te iba a ayudar? —le preguntó Samuel.

—Sí. Dice que siempre trabaja sola.

—Entonces... —Se produjo un silencio educado pero cargado de intención antes de que Samuel continuara—. ¿Por qué vamos a buscarla?

Vita se sacó la navaja del bolsillo, la lanzó al aire y la atrapó con la mano en la espalda. Rebosaban de emoción.

—¿Por qué? Porque estaba en el Carnegie Hall. Creo que seguía a Sorrotore, y quiero saber por qué.

—Podría ser una simple coincidencia.

—Con Seda, no creo en las coincidencias.

La chica irlandesa parecía llevar escrito en la cara que encontraba insultante el concepto del destino.

Conforme avanzaban hacia el sur, las calles estaban cada vez más vacías y eran más ásperas las esquinas, con la pintura desconchada y restaurantes con anuncios de comida de lo más insólita: corazón de cerdo y manitas de cordero. Pasaron por delante de un bar con el menú

escrito en blanco en la ventana y encima las palabras: BAR BOWERY.

—Ya hemos llegado al Bowery —anunció Vita.

—¿Y estamos aquí por...? —Arkady dejó la pregunta en el aire.

—¡Porque Seda me dijo que no duraría ni tres minutos en el Bowery! —respondió Vita—. Vamos a separarnos. Seda tiene que estar por aquí, en algún lado —dijo, con muchísima más seguridad de la que sentía.

Arkady echó a andar por Bowery Street abajo, Samuel fue por Prince Street y Vita se encaminó a Chrystie Street.

La niña iba mirando los callejones conforme pasaba ante ellos, pero no veía más que cubos de basura. Pasó junto a una sala de teatro musical que anunciaba a «Daisy Johnson y sus Nenas Saltarinas», rodeó a un gato grandote sin cola y esquivó a una rata de tamaño mediano. Y después, justo cuando el frío le estaba calando las rótulas y los codos, y el viento se había llevado toda la sangre de su cara, se asomó a un callejón en Hester Street y vio a Seda.

Pero Seda no estaba sola. Tenía la espalda contra la pared, y delante de ella estaban los dos chicos a los que habían visto al salir del Dakota. No aparentaban ni quince años, pero tenían cuerpo de adulto. Uno era alto y larguirucho; el otro, bajito pero de piernas y brazos musculosos.

Sus voces sonaban acusatorias.

—Mentirosa —dijo el más alto—. Tenemos buena información, y sabemos que has estado en el Carnegie Hall. Danos lo que has birlado.

—¡Te digo que no he birlado nada! —protestó Seda—. Sólo estaba viendo las posibilidades.

El más bajo tenía cara de abogado.

—Eso no es cierto, ¿a que no?

—No queremos problemas —dijo el alto—, pero te los traeremos si no nos queda más remedio. ¡Dánoslo!

—Ah, largaos y dejadme en paz —replicó Seda con voz despreocupada, pero estaba tremendamente pálida bajo la luz de las farolas.

El chico bajo la agarró del brazo, pero ella se zafó.

—¡No me toques!

—No creas que no te pegaríamos sólo por ser una chica —le espetó el

alto—. Esas normas no están hechas para nosotros.

Vita miró ceñuda hacia el cielo y dobló la esquina.

—Dejadla.

Los dos chicos se dieron la vuelta con los ojos desorbitados, primero por la sorpresa, y luego con una irritación casi divertida.

—¿Quién es tu amiga?

—¿Qué le pasa en el pie?

—¿Y por qué va vestida como un detective privado?

Vita se llevó una mano al sombrero prestado y se ruborizó.

—¡Os he dicho que la dejéis!

Seda palideció de vergüenza.

—Lárgate —le dijo a Vita entre dientes—. Estoy bien.

Vita se metió las manos en los bolsillos, hasta el fondo, buscando algo que lanzar. Apartó el cuaderno rojo y la navaja —eso era muy valioso, era suyo, y no era para momentos como aquél—, buscando otra cosa, lo que fuera. No encontró más que la octavilla del Carnegie Hall, enrollada en forma de tubito prieto, y algo de pelusa.

El chico más bajo se había vuelto hacia Seda; le agarró ambas muñecas con una sola mano y las sujetó con fuerza.

—Entréganos las carteras y te dejaremos ir —dijo retorciéndole un brazo con un tirón hacia arriba y por detrás de la espalda.

A Vita le dio un vuelco el corazón de rabia y, sin pararse a pensar, se abalanzó sobre el chico.

Él la recibió con un puño del tamaño de un ladrillo que le impactó en la sien, derribándola hacia atrás y llenándole la visión de remolinos rojos. Pero para hacer eso tuvo que soltar a Seda, que corrió callejón abajo, aunque frenó en seco porque no tenía salida. Soltó un jadeo que se tragó a toda prisa.

Vita oyó el jadeo, y eso provocó que su furia aumentara y se desbordase. La gente no se espera que una niña esté dispuesta a causar dolor, así que Vita sabía que lo único que tenía de su lado era el factor sorpresa. Se levantó y con el pie derecho le propinó una patada en el empeine al bajito, sujetándose a la pared para mantener el equilibrio. Calculó que contaba con cinco segundos antes de que se difuminara la

impresión del chico al haber sido atacado por una insignificancia de metro y medio con el pelo rojizo de un zorro. Cuando se dobló de dolor, ella le dio un rodillazo en la entrepierna.

—¡Corre! —le dijo a Seda.

Seda no echó a correr. En lugar de eso, se volvió hacia el alto, lo miró directamente a la cara, se inclinó hacia delante y le golpeó en la clavícula. Él chilló sorprendido y se enzarzó con ella, dando patadas y escupiendo.

El bajito se levantó, con las rodillas llenas de polvo, y su mano se cerró en un puño con muy claras intenciones. Vita se agachó hacia un lado, pero el puñetazo le impactó dolorosamente en el hombro. El chico la agarró del brazo. Ella se defendió con los pies y se metió la mano libre en el bolsillo; encontró la octavilla bien enrollada y se la insertó al chico todo lo hondo que pudo en una de las fosas nasales.

Él soltó un alarido mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, y Vita le mordió una mano. El chico luchó para liberarse y se quedó mirándola con expresión salvaje.

—¿A ti qué te pasa?

Entonces sonaron unas pisadas rápidas por la calle. Vita se apartó el pelo y el sudor de los ojos, apresurándose a cerrar las manos en puños. Samuel dobló la esquina seguido de Arkady, con *Rimsky* revoloteando sobre su cabeza. Arkady avanzaba con los brazos por delante, listo para pelear, y los ojos de Samuel llameaban de rabia.

Se detuvieron un momento para asimilar la escena, y luego bajaron por el callejón a la carrera. Arkady soltó un estridente grito de guerra mientras se abalanzaban hacia los otros chicos.

Eso fue demasiado para el bajito, que dio media vuelta y echó a correr seguido del alto, pasando junto a Arkady y dando alaridos de miedo. *Rimsky* descendió en picado sobre ellos mientras huían.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Arkady a Vita.

La niña asintió, incapaz de recuperar el aliento para hablar. Hubo un largo silencio mientras Seda escupía una pequeña cantidad de sangre contra la pared y Vita se arreglaba la bota.

Seda fue la primera en hablar.

—No hacía falta que hicieras eso.

—No te preocupes. Yo...

—No. Quiero decir que me las habría arreglado. No necesitaba ayuda.

A Vita se le ocurrieron varias respuestas, sólo unas pocas educadas. Haciendo un esfuerzo inmenso, no se decidió por ninguna. En vez de eso, dijo:

—¿Vendrán de nuevo a por ti?

—No lo sé —respondió Seda—. Probablemente. Si sigo trabajando en su territorio. —Pero luego, al ver que Vita fruncía el ceño, añadió de mala gana—: O quizá no. Lo más probable es que no les valga la pena perder el tiempo conmigo.

—Puedo prestarte a *Rimsky* si la necesitas —le ofreció Arkady—. Es como un perro guardián.

—Hay que limpiar esa sangre —dijo Samuel.

—¿Me lo dices a mí? —le preguntó Vita.

—Os lo digo a las dos.

Retorciéndose, Vita vio que sangraba por el codo; la sangre asomaba por un agujero en el abrigo que se había hecho al caer.

—No importa. —Y se volvió hacia Seda—. Tú tienes un poco ahí, a un lado de la cabeza.

Seda se palpó la zona y arrugó la cara al verse sangre en los dedos.

—Puaj.

Arkady sacó un pañuelo y se lo tendió. Parecía que para aquel pañuelo el jabón era un recuerdo lejano, pero Seda lo usó de todos modos para enjugarse la cara. La chica miró a Arkady, que resollaba ceñudo, y a Samuel, que se frotaba las manos, y a Vita, que la miraba sin pestañear.

Y luego, muy despacio, empezó a mover los labios lentamente:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué? —quiso saber Vita.

—De acuerdo, sí. De acuerdo, me uniré a vosotros. Seré parte de vuestro equipo. De acuerdo; sólo eso.

Del corazón de Vita brotó un sentimiento cálido, suficiente para

combatir el frío de la noche, pero dijo:

—Creía que nunca trabajabas con otras personas.

Seda se encogió de hombros.

—Haré una excepción.

Y de repente las dos sonrieron a la vez, como un reflejo especular de la sorpresa.

—Te pagaré —dijo Vita—. En cuanto vendamos el colgante de esmeralda... y será lo bastante para que haya valido la pena, te lo juro.

Seda volvió a encogerse de hombros.

—Preferiría que no me pagaras. Esta vez, no.

Una gota aterrizó en la cara de Vita; estaba empezando a llover.

—Vamos a algún sitio donde podamos hablar.

—¿Qué tal algún sitio con hamburguesas? —preguntó Arkady—. Podría comerme una cocina entera.

El bar de la esquina estaba a rebosar y muy animado, pero, cuando Arkady se acercó, Seda negó con la cabeza.

—Aquí no me dejarán entrar. No me dejarán entrar en la mayor parte de los sitios de por aquí.

—¿Por qué?

Seda frunció el ceño.

—¿Tú qué crees? Vamos por este callejón.

—¿Por qué estabas en el Carnegie Hall? —se atrevió a preguntarle Vita.

Seda volvió a negar con la cabeza.

—No deberíamos hablar aquí. Esperad. —Y los guió casi corriendo por dos calles más, hacia la puerta de una tienda—. Entrad, deprisa, antes de que nos empapemos.

Arkady se detuvo; se estaba sonrojando.

—¡No podemos entrar ahí!

—¿Por qué no?

—Ahí venden... ropa interior femenina.

Vita miró el escaparate. El chico tenía razón: la tienda era un

derroche de encaje y satén, y un maniquí con ojos de general lucía un corsé.

—Creía que habías dicho que habría comida —dijo Samuel—. Yo no pienso comer bragas, ni siquiera en nombre de la amistad.

—¡Oh, por todos los diablos! Hay una taberna clandestina en el sótano —replicó Seda.

—¿Una taberna clandestina? —repitió Vita—. ¿Quieres decir que venden... alcohol? Pero... ¿eso no es ilegal?

—¡Por supuesto! Para refrescaros la memoria: estáis buscando un lugar donde hablar de un delito.

—Pero ¿nos dejarán entrar? —preguntó Arkady—. ¿No hay que tener veintiún años?

—A mí me dejarán entrar, y vosotros venís conmigo.

Vita la miró dudosa, y luego se miró la sangre del codo y el roto en el abrigo. Pero resultó que era cierto. Seda atravesó la tienda, pasando junto a una hilera de bragas, y saludó con la cabeza a la anciana de aspecto sumamente respetable que estaba detrás del mostrador.

—Buenas noches, Bette. ¿Cómo va el negocio?

—Buenas noches, Susan —la saludó la mujer a su vez, sin sonreír—. No tan bien como debería; no tan mal como podría. —Su acento, como el de Seda, tenía un deje irlandés. Apretó un botón de debajo del mostrador, y la pared que había detrás de la caja emitió un chasquido y giró sobre sus goznes, revelando un tramo descendiente de bastos peldaños de madera—. Rápido, venga, antes de que la policía quiera entrar a hurgar entre mis corsés.

Seda los condujo escaleras abajo, hasta una gruesa cortina negra tras la que se oía música.

—¿Quién es Susan? —preguntó Arkady.

—Técnicamente, yo —respondió Seda—. Pero ya hace años que no. Ahora soy Seda.

Apartó la cortina y Vita se encontró en una pista de baile con una luz dorada.

En un escenario diminuto, tocaba una banda de cuatro músicos, y en el suelo de mármol bailaba una docena de parejas. No se trataba de un

baile que Vita conociese; era algo rápido y virtuoso, con mucha sacudida de brazos y piernas. Había más parejas sentadas en pequeñas mesas circulares, comiendo, bebiendo y, en una de ellas, besándose con tal entusiasmo que Vita pensó que parecían estar soldados el uno al otro. Había fuego en una chimenea enorme, y la sala estaba deliciosamente caliente.

Detrás de la barra, un hombre levantó la vista, sorprendido al verlos acercarse.

—¡Seda, niña! ¿Qué estás haciendo aquí? Será mejor que no estés trabajando.

—Yo no trabajaría aquí —respondió ella—. Ya lo sabes. De todos modos, lo he dejado... casi. —Su voz había cambiado levemente: las vocales eran más ásperas y duras—. Tenemos hambre. ¿Tienes algo para nosotros?

—¡Ah, Seda, ahora no! En mitad de mi turno... Además, si llegan los polis y se encuentran con un puñado de críos, seré...

Un intenso rubor se extendió por el cuello y las mejillas de Seda.

—Me lo debes, Tony; recuperé la urna de tu abuela que habían robado esos chicos. Tú mismo me lo dijiste.

Tony suspiró.

—¿Cuánta hambre tenéis?

—¡Mucha! —exclamó Samuel.

—Yo podría comerme un caballo —aseguró Arkady.

—¿Sí? ¿Lo dices de verdad? —Los ojos de Tony se iluminaron de repente con la luz del inventor—. No tengo caballo, pero he estado experimentando con corazones de tortuga verde y jugo de setas... ¿Queréis probar un poco?

—Eeeh... —empezó Arkady.

—O puedo prepararos un estofado con colas de pescado.

Hubo un silencio tan largo y tan educado que llenó la chimenea y salió al exterior.

—¿Eso es un no? —quiso saber Tony.

—¿Tienes algo más...? —Samuel vaciló.

—¿Normal? —terminó Arkady.

El hombre suspiró.

—Entrad ahí —les dijo, señalando una puerta a la izquierda—, y no arméis jaleo. Iré en un segundo.

El cuarto estaba vacío y mucho más silencioso. En el suelo había serrín en lugar de baldosas relucientes, además de cajones de embalaje boca abajo y un barril de cerveza en vez de una mesa, y olía a lámparas de parafina. Se estaba caliente. Vita notó que se le relajaban los hombros y respiró hondo.

—Aquí es donde vienen los camareros durante los descansos —les explicó Seda, que se sentó en una de las cajas—. Pero acaban de empezar turno, así que no vendrán hasta dentro de horas. Aquí podemos hablar. No nos oirá nadie.

—Bien —dijo Vita—. Cuéntame por qué estabas hoy en el circo. No ha sido una coincidencia, ¿verdad?

—No. —Seda se sacó del bolsillo una enorme cartera de piel marrón, más o menos del tamaño de un libro de tapa blanda—. Quería esto.

—¿Es de Sorrotore? —preguntó Vita, aunque ya sabía la respuesta. El lustre de la piel de la cartera indicaba dinero.

—Lo he seguido desde el edificio Dakota hasta el Carnegie Hall y he esperado fuera.

—Te habrás congelado —intervino Samuel.

Seda se encogió de hombros.

—Quería esto —repitió, dejando el botín sobre el barril de cerveza.

—Así que le has robado la cartera —dijo Arkady—. ¿Por qué?

—No me pagó la noche que trabajé en su fiesta. Manché el uniforme que me dejaron, y me dijo que ese uniforme valía mucho más que la paga de una noche.

—También rompiste una escultura —le recordó Arkady—. Vita nos lo ha contado. Y robaste a los invitados.

—Sí —respondió Seda, fulminándolo con la mirada—, pero eso él no lo sabe. Así que sigue siendo una injusticia. Además...

—¿Además qué? —quiso saber Vita.

—Los hombres de esa clase guardan muchas cosas en la cartera. Y... luego está lo que dijiste sobre lo que hace Sorrotore. No paro de pensar

en eso, en que los hombres como él siempre ganan.

Vita asintió, y las miradas de las dos se encontraron, compartiendo una misma sensación.

—Así que pensé que echaría un vistazo y que, si había algo que valiera la pena saber, podría buscarte —prosiguió Seda—. Sólo que... eres tú la que ha dado conmigo.

Y le tendió la cartera.

Vita la tomó con cautela. La piel era suave al tacto; cara, lustrosa... como su propietario. La niña sintió el impulso inesperado de salir corriendo a la sala contigua y tirarla al fuego, pero, en lugar de eso, sacó los billetes de dólar doblados y se los tendió a Seda. También había unos cuantos recibos y un sobre cerrado dirigido al «Señor Victor Sorrotore, edificio Dakota».

Estaba a punto de rasgarlo cuando la puerta se abrió de golpe. Vita tuvo el tiempo justo para meterse la cartera en el bolsillo, fuera de la vista de Tony, que entró de espaldas.

—Aquí tenéis. —Iba cargado con una bandeja que depositó encima del barril de cerveza—. Los niños no tenéis curiosidad culinaria, ése es vuestro problema. ¡Paladar vulgar! Así lo llamo yo.

Y salió a grandes zancadas, cerrando la puerta tras de sí.

En la bandeja había un montón de trozos de carne recién hecha, junto con media barra de pan, manzanas, un par de naranjas de California, una barra de mantequilla y varias lonchas de queso lo bastante grandes para cubrir la palma de Vita. En medio de todo eso había una botella de kétchup.

—¡Bistec! —exclamó Samuel—. Excelente.

Había cuatro jarras llenas de un líquido blanco espumoso. Vita olfateó una con recelo.

—Leche —dijo aliviada.

Bebió con ganas. Estaba tan fría que sintió una punzada de dolor sobre los ojos. Le dio valor; lo notaba elevarse desde el estómago hasta el exterior.

Comieron con las manos, untando la mantequilla con el cuchillo del pan y usando un lápiz que Samuel encontró en su bolsillo para sacar el

kétchup de la botella. Vita comió dando grandes mordiscos voraces, dejándose llevar por el placer de comer. Cortaron el queso con la navaja, y les pareció salado y delicioso.

Poco a poco, fueron más despacio, hasta que sólo comía Arkady. Impaciente, Samuel hizo el pino con un pie apoyado en la pared. Arkady tomó su octava rebanada de pan.

—Ark, no puede ser que aún tengas hambre —le dijo Samuel boca abajo.

—Creo que uno debería seguir comiendo hasta que le saliera la comida por las orejas. De otro modo, es una descortesía para el chef.

Tenía un poco de mantequilla en el mentón. Al final terminó de masticar y se volvió hacia Vita. Otros dos pares de ojos expectantes lo imitaron.

Vita se sacó el cuaderno rojo del bolsillo del abrigo. Vaciló sólo un instante; miró, unos tras otros, aquellos ojos confiados y notando cómo le rugía el corazón en el pecho. Luego abrió el cuaderno.

—Aquí está. Esto es lo que vamos a hacer.

—¿Lo has escrito todo? —le espetó Seda, pasando las hojas: esquemas, horarios de tren, listas de cosas que hacer—. ¿Te parece una buena idea? ¿Y si lo encuentra alguien?

—He usado iniciales, no he escrito los nombres reales. Y lo llevo encima todo el tiempo. Nadie puede tocarlo.

Les explicó el plan deprisa. Ya lo conocían los tres; aun así, la escucharon con tensa expectación.

—¿Podemos usar alias en vez de iniciales? —preguntó Arkady—. Yo seré el señor Manosrojas.

—No —respondió Seda con firmeza.

—Y, exactamente, ¿dónde está la fuente en la que tenemos que cavar? —quiso saber Samuel.

—En el jardín amurallado. —Vita pasó a la página siguiente, donde había copiado el plano—. Aquí —señaló, y lo rodeó con un círculo con el lápiz de Samuel.

—Dibuja una X —dijo Arkady—. Siempre hay una X en los mapas del tesoro.

Vita trazó una profunda X en el plano y escribió: «colgante de esmeralda».

En ese momento, entró Tony, y ella se puso el cuaderno en el regazo. El camarero miró la bandeja casi vacía, la cara de Arkady, generosamente manchada de mantequilla, y asintió.

—Bien. No me gustan las sobras.

Sin embargo, al inclinarse para recoger las cuatro jarras vacías, Vita vio que los miraba a todos de arriba abajo —fue una mirada de ascensor— y que fruncía el ceño. Tony abrió la boca para decir algo, pero soltó un gruñido y se marchó.

Samuel también lo había visto, y se volvió hacia Seda.

—No irá a delatarnos, ¿verdad?

A Seda tampoco le había pasado por alto.

—No creo, pero no me ha gustado la cara que ha puesto. Creo que le parecemos raros, estrafalarios.

Vita miró a los chicos y a Seda, e intentó imaginarse qué aspecto tendrían para un desconocido.

Arkady llevaba un jersey de lana de un rojo tan chillón que resultaría visible a kilómetros de distancia. Además, no le había devuelto a Vita la bufanda, que era azul marino, y con los dos colores juntos el chaval parecía una bandera de guerra. Debajo del abrigo, Samuel iba vestido completamente de negro, con prendas ajustadas de acróbata, diseñadas para no entorpecer los movimientos. Seda iba mejor, llevaba una falda de lana demasiado pequeña y un jersey grueso de punto, pero su ropa estaba descuidada y raída... y Vita sabía que la gente temía a los desaliñados, como si la pobreza fuera contagiosa. Y ella, Vita, era la que más llamaba la atención, con su pie arqueado hacia dentro y sus brillantes botas de seda roja.

Los pensamientos de Samuel habían recorrido el mismo camino que los de ella.

—Lo que necesitamos son disfraces —dijo el chico.

—¡Sí! —exclamó Vita.

Ella necesitaba una falda más larga, que le tapase el pie izquierdo.

—¿Disfraces? —repitió Arkady—. ¿Por qué?

—Lo que llevas puesto cambia la forma en que te trata la gente —le respondió Samuel—. Ya sabes: hay ropa que dice «Quiéreme», otra dice «Créeme», y otra, «Ah, no me hagas ni caso».

—Necesitamos una ropa que diga: «No hemos tenido un solo pensamiento peligroso o ilegal en la vida» —aportó Vita—. Si alguien nos ve en el trayecto al castillo, deberíamos causarle buena impresión y que luego se olvide completamente de nosotros.

—¿Y qué clase de ropa es ésa? —preguntó Seda a la defensiva, mirándose las rodillas desnudas.

Vita recordó la ropa que usaban los niños de la realeza en Inglaterra.

—Creo que cara. Nadie sospecha de los ricos. Ropa que diga: «Tengo el mismo apellido que el nombre de un banco, y no se trata de una coincidencia». Ése es el tipo de aspecto que buscamos.

—Gris —dijo Seda con firmeza—. Gris o marrón... Esos colores parecen respetables; colores de barro. Pantalones y chaquetas grises para los chicos, vestidos grises para nosotras.

—Vale —aceptó Samuel—. ¿Cómo vamos a conseguirlo?

—¿Atracando a un sacerdote? —propuso Arkady.

Vita le lanzó una mirada asesina, y todos se volvieron hacia Seda.

Ella se ruborizó.

—Soy carterista, no ladrona de malditas prendas de ropa.

—¿Y no podrías robar el dinero suficiente para que compremos ropa nueva? —le preguntó Arkady.

—No —respondió con expresión dura e impenetrable—. O... sí, podría, pero no quiero hacerlo.

—Pero...

—Ya estoy harta de eso, ¿vale? —Seda casi escupió las palabras, alzando los hombros—. ¡No quiero engañar, trampear, mentir y salir corriendo! Vosotros no sabéis lo que es eso; estar todo el tiempo con el corazón en la boca, como si te hubieras atragantado con un hueso de pollo. Yo quiero ser como vosotros. Quiero ser normal.

—Yo no diría que ninguno de nosotros tres es normal —replicó Arkady, que sonaba ofendido.

—Me refiero a que alguien se encarga de que comáis, ¿no? Alguien

cuida de vosotros. Alguien os prepara sándwiches, os lava la ropa y os abrocha los botones a los que no llegáis. Nadie hace eso por mí. —A pesar de toda su dureza, sus codos afilados y su barbilla puntiaguda, Seda parecía tan frágil como la porcelana. Se miró enfadada las uñas mugrientas—. Así que no, no voy a hacerlo.

Se hizo el silencio. Vita, que se notaba todas las articulaciones, intentó pensar en algo reconfortante. Se inclinó hacia Seda y le tocó brevemente el tobillo con la punta de los dedos. El mundo parecía injusto, deforme.

Pero de pronto a Samuel se le iluminó el rostro y se mostró eléctrico y vivaz.

—¡Ya sé! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Arkady.

—¿Nos lo cuentas? —le pidió Vita; la esperanza de Samuel era contagiosa.

—¡Objetos perdidos! Prácticamente todos los sitios de la ciudad tienen una sección de objetos perdidos: los cines, las estaciones de tren, los restaurantes. ¡Incluso donde venden las entradas para visitar la Estatua de la Libertad!

Seda enarcó sus finas cejas rubias.

—La gente no se olvida los pantalones.

—¡En los hoteles sí! ¡Con todos esos cajones! Lo único que tenemos que hacer es lavarnos bien para tener un aspecto limpio, y luego ir a los hoteles a decir que un amigo nuestro se ha dejado olvidados unos pantalones... o una chaqueta, un vestido, lo que sea... en la habitación, y preguntamos si tienen alguno en objetos perdidos.

—¡Es una idea estupenda! —aprobó Vita.

—¿Cuándo vamos? —preguntó Seda.

—¡Mañana! Cuanto antes podamos.

—¿Y luego? —quiso saber Arkady.

—¡Luego estaremos listos!

—De acuerdo. —Seda se volvió para mirar a Vita, con sus manos delgadas y su codo ensangrentado—. Así que Samuel va a trepar por la pared, Arkady va a apaciguar a los perros y yo voy a abrir el cerrojo del

jardín amurallado. ¿Y qué vas a hacer tú?

Samuel y Arkady se volvieron hacia ella, como si a ellos no se les hubiera ocurrido esa idea.

—Yo... Bueno, es la esmeralda de mi familia —respondió Vita, y sonó bastante razonable.

—Pero ¿tú qué sabes hacer? —insistió Seda.

Vita se quedó en blanco. Hundió las manos en los bolsillos y sus dedos se toparon con la navaja. Recordó a Lady Lavinia, su mirada penetrante y vigilante.

—Espera un segundo.

Encima del barril de cerveza, al lado del cuchillo, quedaba un trozo de pan. Vita lo tomó, junto con una manzana y una naranja, y dejó las tres cosas, una al lado de la otra, en la repisa de la chimenea.

—Mi abuelo me enseñó a hacer esto.

Se dirigió al extremo opuesto de la habitación, con el cuchillo del pan, el cuchillo de la carne y su propia navaja en una mano, y sin detenerse a comprobar si los demás la estaban mirando, lanzó los tres cuchillos por encima de su cabeza en dirección a la repisa. Los amigos chillaron mientras se agachaban y se retorcían para mirar.

El cuchillo del pan cortó un pedazo de manzana. El cuchillo de la carne se clavó en el trozo de pan. Y la navaja suiza atravesó la naranja justo por el centro, llenando la estancia con su aroma soleado. En realidad, Vita había querido partir la manzana en dos mitades exactas, como Lady Lavinia en el Carnegie Hall, pero no pensaba confesarlo.

—Yo sé hacer esto. Soy el «por si acaso».

Se marcharon con sigilo, en fila india. La sala principal se había llenado desde su llegada, y había varios hombres sentados en los taburetes de la barra, todos con distintos grados de borrachera.

—¡Oye, niña! ¿Cómo te llamas? ¡Nieta de Jack Welles!

Vita se dio la vuelta en el acto. En uno de los taburetes estaba Dillinger, más desaseado aún que en Central Park, con la camisa por fuera de los pantalones y un puro húmedo de saliva colgando de la

boca.

Samuel dio un paso adelante y Seda cerró la mano en un puño, pero Vita negó con la cabeza.

—Dejadme a mí —dijo.

De cerca, Dillinger tenía la piel grisácea. Se aferraba con los dedos a la barra, como si la estancia se estuviera moviendo.

—Eres la niña que juega con fuego —continuó Dillinger con voz pastosa, disparando saliva al pronunciar «fuego», por lo que Vita retrocedió—. ¿No es un poco tarde para una cría y una lisiada?

Vita se echó hacia atrás, pero en cuestión de segundos recuperó el aliento y se adelantó.

—¿Qué quiere?

—¿Qué quiero? —Y se echó a reír—. Yo no quiero nada. Pero tú, sí. Tú quieres recuperar la casa de tu abuelito, ¿no es así?

Vita no se movió.

—Bueno, pues eso no va a pasar, niña. Y dentro de muy poco ya no querrás ni recuperarla, después de que Sorrotore acabe con ella.

—¿De qué está hablando?

Pero Dillinger se estaba riendo de nuevo, divertido por alguna idea que había brotado de los mugrientos recovecos de su mente.

—Ya lo descubrirás. Sorrotore ha estado buscando ese collar del que le hablaste. Has sido de gran ayuda, ¿sabes?, al informarle del asunto.

Vita estaba en guardia.

—Pero ahora ya se ha cansado de la búsqueda del tesoro. Y le preocupa que se hagan preguntas. Y cuando él se preocupa, se vuelve malvado. Los negocios ya no le van tan bien como antes. Así que ha fijado una fecha. —Dillinger soltó un eructo e hizo una mueca—. La semana que viene.

—¿Una fecha para qué?

Dillinger la miró.

—Tiene algo contra ti. No es sólo porque te llevaras el anillo. Además, logrará quitártelo, tenlo por seguro. Pero nunca lo había visto así. Nunca lo había visto odiar a un niño. Lo has sacado de quicio, ¿sabes?

—¿La semana que viene qué? —insistió Vita.

Dillinger, sin embargo, se volvió hacia el camarero.

—Un whisky escocés con hielo —pidió—, y no sea tacaño. —Asestó un golpe en la barra, y sus ojos, desenfocados por la bebida, se pusieron brevemente en blanco.

Vita se dio la vuelta, pero él la llamó.

—¿Has oído lo que he dicho, niña? Estás jugando con fuego. ¡No te vayas a quemar!

13

Cuando Vita llegó a casa, su madre la esperaba despierta, pálida de miedo y furia. Ella ya sabía que iba a ser así. La conversación que siguió fue horrible, a medio camino entre una tormenta eléctrica y el apocalipsis en miniatura, pensó Vita más tarde, cuando se le secaron las lágrimas.

—¡No puedo estar aquí para vigilarte, no como en casa! —exclamó su madre, que también tenía lágrimas en los ojos—. ¡Y sabes que no eres fuerte!

—¡Sí que lo soy!

Su madre se mordió los labios; aún tenía la cara desencajada del miedo que había pasado.

—¡Eres una niña! Te dije que confiaba en que el abuelo y tú no os metierais en líos... ¡Por favor, Vita, no hagas que me arrepienta! ¡No lo soportaría!

La tormenta amainó por fin.

—¿Me prometes que no volverás a hacerlo? —le preguntó su madre después de curarle el corte del codo.

—Lo prometo —respondió Vita, y le dio un beso y se fue corriendo a la cama antes de que le pidiera que concretase qué estaba prometiendo exactamente.

Ya estaba acostada y medio dormida, con el cuaderno rojo debajo de la almohada, cuando se acordó de la cartera de Sorrotore. Se incorporó de golpe y aguzó el oído. Reinaba el silencio; el único sonido audible era la vibración de la ciudad en el exterior.

Recorrió el pasillo con sigilo hasta el perchero donde colgaba su abrigo. La cartera emanaba ese suave olor a piel y a alguna clase de

perfume... y a poder.

Del interior sacó un sobre doblado en dos y unos cuantos recibos.

Los recibos sólo le dijeron que Sorrotore tenía gustos caros —uno era de doce botellas de champán Perrier-Jouët de 1904—, así que abrió el sobre.

Una sola hoja con membrete envolvía recortes de prensa. Cada uno de ellos informaba sobre incendios en edificios de toda la ciudad que habían quedado destruidos.

La carta decía:

Victor,

Hay avances en varios proyectos; mira la información adjunta. Mantenme al día sobre el último. No pierdas tiempo. Construcciones Equitativas está esperando para ponerse manos a la obra y convertir en realidad el hotel del Castillo del Hudson.

Atentamente, y con prisa,

Westerwicke

Vita esparció los recortes de prensa. No parecían tener ninguna conexión con Sorrotore ni entre sí. Todos hacían referencia a edificios viejos, y los edificios viejos arden con facilidad. Excepto, como advirtió al seguir leyendo, que una sola empresa estaba construyendo en los solares vacíos que quedaban después de los incendios: Construcciones Equitativas.

Construcciones Equitativas, según los artículos, aseguraba edificar «viviendas asequibles para los trabajadores neoyorquinos». Pero Vita frunció el ceño al continuar leyendo: al parecer, los edificios que construían eran todos apartamentos de lujo, con porteros y piscinas chapadas en oro. La clase de edificio donde estabas obligado a abstenerte de ser pobre.

Leyó con más atención. Los artículos lamentaban la pérdida de edificios protegidos: iglesias, teatros, lugares que deberían haber conformado la historia de la ciudad. Edificios que ocupaban un espacio valiosísimo en el corazón de las zonas urbanas más codiciadas.

Vita se quedó mirando la lista. En un bloque de apartamentos de la calle 23Este, se había originado un incendio en plena noche; una

persona había resultado herida y un anciano había muerto más tarde por inhalación de humo. El nombre de la calle le resultó familiar; ¿no había pasado por allí? Leyó que el Old Hotel de Columbus Avenue había quedado completamente calcinado.

Sintió un hormigueo de familiaridad ante el nombre. Agarró la navaja, y fue dando golpecitos a las pinzas con el pulgar, pensando, sumergiéndose en su propia memoria... y entonces lo recordó.

Los documentos del escritorio de Sorrotore.

El Old Hotel se había vendido por doscientos dólares. Y acababa de desaparecer.

Revisó los recortes de prensa, y, poco a poco, empezaron a encajar todas las piezas. Sorrotore compraba edificios antiguos bajo el nombre de distintas empresas; les prendía fuego y luego Westerwicke construía en los solares.

¿Cuántos edificios habría prometido salvar, como había prometido salvar la casa del abuelo? ¿Cuánto dinero estarían amasando Sorrotore y Westerwicke?

Vita tenía frío en los brazos y las manos, pero le ardía el corazón. Recordó el regocijo de Dillinger al decirle: «Estás jugando con fuego...».

Un borracho haciendo juegos de palabras. ¿Y qué más había dicho? «Ha fijado una fecha. La semana que viene.»

Así que era eso. Por eso quería Sorrotore el castillo del Hudson: para quemarlo hasta los cimientos. A Vita casi no le quedaba tiempo. «La semana que viene.» Eso podía significar cualquier momento entre el lunes y el domingo siguientes. Y estaban a miércoles.

Se quedó dormida con el cuaderno rojo apretado contra el pecho. Sorrotore siguió acosándola en sueños, con la cara cada vez más cerca. Era un compañero de cama frío y desagradable.

14

Al día siguiente empezó la búsqueda por las secciones de objetos perdidos de Nueva York.

—Tenemos que hacerlo deprisa.

Vita les contó, de la forma más breve que pudo, lo del sobre y que el plan se había vuelto aún más urgente.

—Pero ¿qué hace Sorrotore en realidad? —preguntó Arkady.

—Creo que estafa a la gente, la amenaza, la engaña... no sé... para que le vendan edificios antiguos y hermosos, en sitios muy bonitos y por un precio muy bajo. Edificios que sería ilegal demoler porque están protegidos. Y luego ordena que los quemen, para poder construir algo nuevo.

—Entonces, ¿tu abuelo le vendió su casa? —inquirió Seda.

—¡No, no, no! Pero da lo mismo: Sorrotore va a prenderle fuego. Y no nos queda tiempo. —Sintió que la invadía el pánico y luchó por sofocarlo, para que no le llegara al corazón—. Vamos a separarnos. Nos reencontraremos aquí esta noche.

Entre los cuatro recorrieron casi toda Nueva York. Seda, que conocía mejor la ciudad, la dividió en secciones en el mapa de Vita. No echó siquiera una ojeada al pie de Vita, pero a ella le adjudicó los lugares más cercanos al Carnegie Hall.

Seda descubrió una chaqueta gris de adulto, pero de talla pequeña, en la taberna clandestina de Chumley, en Greenwich Village, que casi le iba bien a Arkady, y Vita encontró en el hotel Waldorf, con su mármol y sus fabulosos dorados, un vestido largo de terciopelo azul. El vestido era un horror, y demasiado estrecho, pero irradiaba dulzura y cuentos infantiles. Además, llegaba hasta el suelo, por lo que le

ocultaba la pantorrilla y el tobillo izquierdos. Samuel dio con un conjunto de chico de un tejido grueso de color marrón en el hotel Algonquin.

Parecía triunfal y enfadado a la vez.

—Al principio no querían dármelo, así que les he dicho que era el criado de la familia. Entonces me lo han entregado sin pestañear.

Arkady miró a su amigo y percibió la furia y el dolor que transmitían sus ojos.

—*Chyort*. Espero que les hayas escupido.

Samuel intentó sonreír.

—Eso no habría sido de mucha ayuda.

Al final, cuando ya estaba empezando a desesperar, a Seda se le ocurrió preguntar en el Lyceum Theatre si alguien se había olvidado un abrigo en el guardarropa en el último mes. Se vio recompensada con un abrigo blanco con capucha ribeteado con plumas de cisne que llegaba casi al suelo. Estaba un poquito gris por las mangas y el cuello, y las plumas de cisne seguramente eran demasiado, pero no cabía duda de que era elegante.

—¡Vayamos a algún sitio pijo! —propuso Vita—. ¡Para probar! Si la gente no nos mira raro, sabremos que tenemos el aspecto que toca.

—El hotel Plaza. Está justo en el margen de Central Park... Es el sitio más elegante de Nueva York —dijo Seda, que estaba usando la navaja de Vita para cortar las plumas de cisne de los puños del abrigo—. Las viejas que van a tomar el té allí pueden adivinar lo rico que eres por la forma en la que estornudas. Si no nos miran allí, no nos mirará nadie.

Samuel vaciló antes de responder.

—Aun así, la gente mirará.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Vita.

—Que la gente mirará igual. A mí. Si intentamos entrar en algún sitio de ricos. Aunque vaya bien vestido, me mirarán.

Vita notó que se ruborizaba; una oleada roja le subía por las mejillas.

—Lo siento —susurró—. Debería haber pensado en eso. Vamos a...

—No —la cortó Samuel, toqueteando la tela marrón del traje chaqueta. Su cara reflejaba vacilación, pero también algo más: la

determinación que tiempo atrás había llevado a un crío de cuatro años a dar volteretas hacia atrás en secreto y en una habitación a oscuras. Apretó los dientes—. Iremos de todos modos. Quiero hacerlo. Y si me miran, yo también los miraré.

El hotel Plaza era la clase de lugar en el que uno espera encontrar gente ataviada con terciopelo y plumas de cisne, hablando en voz baja y con las cejas enarcadas. Allí la gente no andaba, se deslizaba.

Vita intentó deslizarse hasta la inmensa puerta principal. Hizo un gesto con la cabeza al portero y entró, con la barbilla bien alta.

Un hombre entró tras ella. Sus ojos, si la niña se hubiera vuelto para mirarlos, parecían inseguros, y no se fijaron en la cara de Vita, sino en su pie, tapado por el vestido largo. El hombre tenía tatuado en la mano un gato bufando.

—¡Por aquí! —la llamó Arkady.

Estaban los tres en el restaurante Palm Court, junto a la barra central, sobre la que había una gran estatua dorada del dios griego Hermes. Por el techo, colgadas de gruesas cuerdas, había guirnaldas otoñales y parras, de modo que la sala parecía mitad comedor y mitad bosque exquisito. Vita se quedó boquiabierta. Las caras de todos los presentes resplandecían de dinero.

Una familia que comía pechuga de pollo glaseada lanzó una mirada a Samuel y apartó la vista. Samuel levantó la barbilla y los miró con dureza. Vita pensó que con esa mirada podía hacer hervir el hielo.

—Árboles y hojas en el interior —dijo Arkady, arrugando la nariz al ver las palmeras en maceteros que decoraban la sala—. Pero nada de pájaros. Qué ridiculez. —Luego mostró su chaqueta a Vita—. ¿Qué te parece?

Vita miró a los chicos de arriba abajo. Los dos llevaban corbata, y los cuatro se habían lavado a conciencia.

—Casi pecamos de parecer demasiado inocentes. —Sintió que la embargaba la emoción—. Estamos listos. ¡Nos vamos mañana! ¡Va a pasar de verdad! —Y giró sobre sí misma haciendo que el vestido se le hinchara y quedasen a la vista sus llamativas botas rojas.

En el otro extremo del restaurante, el hombre con el tatuaje del gato

asintió para sí mismo y salió con sigilo.

—Amigos —dijo Samuel sin mover los labios—, creo que deberíamos irnos.

—¿Por qué? —preguntó Seda—. ¿Nos están mirando mal? Dime quién y le...

—No. Es que creo que nos han reconocido.

—¿A nosotros?

—A Vita. Vámonos.

Pero, cuando se dirigían a las enormes puertas de cristal que daban a la calle, el hombre volvía a entrar seguido de otros dos tipos, ambos con traje gris. Todos tenían los ojos clavados en Vita, que sintió que se le agarrotaba el cuerpo.

Samuel miró a Vita y a los hombres.

—¡Corred! —susurró—. Tengo una idea. Ark, necesito tu ayuda.

—Pero... —empezó Seda.

—¡Corred! —Samuel tenía la misma expresión severa y firme que Vita le había visto al saltar de la ventana a medianoche—. ¡Marchaos!

Y se adelantó a los otros tres, frotándose la parte interna de las muñecas y rotando los hombros, como si estuviera a punto de subir al trapecio y volar. Arkady corrió tras él.

—Venga —siseó Seda—. Conozco una salida.

Y corrió disparada hacia la izquierda, hacia la entrada de la cocina. Vita también corrió, intentando apoyar su peso en el pie derecho, pero los tres hombres iban tras ellas, moviéndose tan discretamente como podían entre las mesas.

Arkady se volvió hacia Samuel. Tenían tres segundos para susurrar entre ellos, con los ojos fijos en los hombres.

—¿Listo, Sam?

—Listo.

—¡Ya! —exclamó Arkady, y extendió las dos manos con los dedos entrelazados.

Samuel se mordió los labios, puso un pie en el estribo que formaban las manos de su amigo y saltó por el aire como un bailarín de ballet.

Aterrizó a horcajadas sobre los hombros de Hermes, se agachó y saltó

de nuevo para agarrarse a una de las cuerdas que sostenían las guirnaldas otoñales. Llovieron hojas por toda la sala. Un crío aplaudió. Un caniche peludo y blanco ladró.

Samuel se balanceó en la cuerda, columpiándose adelante y atrás, luego se soltó y voló a través de la sala. Puso los pies de punta, extendió los dos brazos y aterrizó en las hojas superiores de una de las palmeras, que cayó con estrépito, derribando dos mesas y a un embajador ruso que estaba de visita en la ciudad, y golpeando en el hombro a uno de los tipos de traje gris.

Varios camareros chillaron y maldijeron, y el personal de la cocina salió a toda prisa para ver cuál era la causa del alboroto. La gente se estaba arremolinando a su alrededor, pero Samuel se libró de las palmas, esquivando manos, y echó a correr hacia la cocina.

El hombre del tatuaje apartó de un empujón a un camarero que chillaba y estiró la mano para agarrar a Samuel. Arkady silbó, y el caniche enano ladró. El chico le hizo una seña y el hombre se encontró con que una pequeña bola de pelo dentuda volaba hasta su muslo.

Los dos amigos corrieron hacia la cocina, sorteando a los empleados del hotel que llegaban en dirección contraria, y se precipitaron por la puerta trasera a un callejón.

Vita y Seda acababan de llegar al final del mismo, pero se volvieron para esperar a los chicos.

—Creo… —empezó Samuel sin aliento; le brillaban los ojos—, creo que les hemos dado una razón para mirarnos.

Al otro lado de la calle, se desplegaba la negra extensión de Central Park.

—¡Por ahí! —exclamó Vita.

—Podríamos hacer un pacto para la próxima vez —dijo Samuel mientras corrían—: cuando uno de nosotros diga «Corred», hay que correr, ¿de acuerdo?

Había empezado a llover y el suelo resbalaba. Estaban cruzando la calle cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe y salieron los hombres.

—¡Eh! ¡No corráis! ¡No vamos a haceros daño! —gritó uno.

Seda zigzagueó, y Vita tropezó con su propio pie en mitad de la calzada y soltó una palabrota. Los coches pasaban a toda velocidad, a apenas unos centímetros de distancia de ella. Vita se levantó trabajosamente y siguió adelante, serpenteando entre el tráfico. Los demás la estaban esperando, y juntos se internaron en la oscuridad de Central Park.

Era muy distinto del luminoso lugar otoñal por el que habían paseado Vita y el abuelo. Se pondría furioso si la viera en ese momento —creería que había roto su promesa—, pero apartó ese pensamiento. El parque estaba oscuro como boca de lobo, y Vita guió a sus amigos por la desierta avenida flanqueada por árboles, pasando por el sitio en que Dillinger la había agarrado del brazo. Los pasos que los seguían sonaban cada vez más cerca... Vita se ocultó detrás de un arbusto goteante y los demás la imitaron, todos resollando.

Los pasos se aproximaron y luego pasaron de largo, adentrándose en Central Park.

—¡Sal, niña! Esto no es un juego.

Vita se agazapó, completamente inmóvil, con la lluvia chorreándole por la cara. Era muy consciente de que aquello no era un juego.

La voz sonó de nuevo; resultaba imposible saber con exactitud de dónde procedía.

—Tú sólo danos ese anillo, y podremos irnos todos a casa.

Los cuatro amigos se miraron entre las hojas.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó Seda, con un deje de pánico en la voz—. No podemos correr más que ellos.

—Sí, vosotros sí que podéis —susurró Vita, se había dado cuenta de que los hombres no estaban en forma; estaban entrenados para la fuerza, no para la velocidad—. Yo soy la única que no puede. ¡Deberíais iros! Sólo les intereso yo.

Arkady soltó un bufido.

—No seas ridícula.

Vita lanzó una mirada desesperada al parque. El camino se bifurcaba en un sendero ancho y otro estrecho. El manto de hojas otoñales era tan grueso que casi ocultaba la tapa de alcantarilla que había en mitad

del sendero estrecho.

Era la misma alcantarilla por la que había desaparecido Dillinger.

—Si sales ahora —dijo una voz en la oscuridad, más allá de los árboles—, estaremos de mucho mejor humor que si sales más tarde.

—Alguien debería darle un escarmiento a esa mocosa.

Los pasos empezaron a volver hacia ellos.

Vita miró de nuevo la tapa de la alcantarilla. Luego gateó, arrastrando el pie izquierdo por los charcos y empapando la seda roja de la bota, y se inclinó para agarrar el borde metálico y tirar. La tapa se levantó un centímetro.

—¡Por aquí! —siseó.

Arkady la miró pasmado.

—¡Vita! —susurró—. ¡Eso son las cloacas!

—¡No lo son! —Luchó contra el disco de metal, que pesaba tanto como un hombre adulto—. No pasa nada. ¡Vamos! —espetó a la tapa de metal, tirando de nuevo con fuerza.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi a alguien bajar aquí. Ese hombre, Dillinger —les dijo, y los demás se quedaron boquiabiertos—. Venid alguno a ayudarme... No puedo levantarla.

Los tres corrieron a su lado, y juntos retiraron la tapa.

—¡Rápido! —exclamó Vita, al tiempo que echaba un vistazo por encima del hombro. Estaban al descubierto y eran vulnerables.

Seda miró con disgusto la fría negrura que se abría a sus pies, pero las voces se estaban acercando. Y la chica desapareció por la escalerilla. Arkady la siguió raudo. Samuel propinó un empujón a Vita.

—Baja.

Ella fue todo lo rápido que podía, lo cual no era mucho, ya que el pie izquierdo se le torcía y resbalaba en los travesaños de metal de la escalerilla, que estaba fijada a la pared de ladrillo. Un dolor atroz le subía hasta la rodilla.

Apenas había descendido hasta la mitad cuando oyó que Samuel soltaba un grito ahogado y que la tapa se cerraba, sumiéndolos a todos en la oscuridad. Samuel no la siguió por la escalerilla, sino que saltó

hacia delante, dejándose caer por la negrura, y aterrizó en el suelo con una postura ensayada. Luego trepó por la escalerilla hasta alcanzar a Vita.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó en voz baja.

—Estoy bien —respondió ella, pero su presencia, la certeza de que la sujetaría si se resbalaba, la ayudó, y continuó bajando más veloz, apretando los dientes.

Los cuatro se quedaron quietos al pie de la escalerilla. Vita no podía ver las paredes, no se veía ni la mano delante de la cara.

—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó Seda.

Samuel se palpó los bolsillos.

—Yo tengo cerillas.

Encendió una y, bajo su trémula luz, descubrieron que se hallaban ante la boca de un túnel. A la izquierda había un muro negro y húmedo.

—¡Chist! —dijo Seda—. ¡Escuchad!

No se oía más que el goteo del agua; luego percibieron voces por encima de ellos.

—Esto es absurdo. Salgamos de aquí.

Luego hubo un resoplido cruel y asustado.

—Yo no pienso plantarme delante de él sin ese anillo; hacedlo vosotros si queréis. No pueden haber ido muy lejos... ¡esa cría está tullida!

Vita puso los ojos como platos y, sin abrir la boca, señaló hacia el túnel oscuro. Si a los hombres se les ocurría levantar la tapa de la alcantarilla, no deberían ver más que negrura.

—¿Cómo salimos de aquí? —susurró Arkady mientras andaban.

—Hay cientos de bocas de alcantarilla por toda Nueva York —respondió Vita.

Samuel asintió a la luz del fósforo.

—Seguiremos hasta que veamos una escalerilla.

—Algunas tendrán echado el cerrojo —dijo Seda.

—Pero no todas. Sólo tenemos que continuar hasta que encontremos una que esté abierta.

Samuel se puso en cabeza, sosteniendo en alto las cerillas hasta que se le consumían en la punta de los dedos.

—Ya sólo me quedan cinco cerillas —anunció al cabo de unos minutos—. Creo que deberíamos reservarlas.

De modo que prosiguieron a oscuras, con Vita y Samuel tocando la pared de la izquierda, y Seda y Arkady la de la derecha, buscando a tientas una escalerilla que los llevara a la superficie.

La oscuridad absoluta tiene un efecto extraño sobre el tiempo. Vita sentía que cada paso que daba era idéntico al anterior, y la situación se transformó en una especie de sueño, una pesadilla, mientras avanzaban despacio y en silencio a través de la negrura. De no haber estado oyendo la respiración de Arkady a su lado, las pisadas de Seda y el roce del abrigo de Samuel contra la pared, habría dudado incluso de si estaba yendo hacia delante. Los únicos sonidos eran el goteo del agua y el eco de unos arañazos que sonaban más adelante. Vita apretó los puños y deseó que no fuese una rata, pero luego, un segundo más tarde, rezó para que se tratara de una rata.

A medida que andaban, el túnel se fue volviendo más estrecho, tanto que podían tocar las paredes de ambos lados a la vez. Quizá habían transcurrido apenas unos minutos, o muchísimo más, cuando, tras doblar una esquina, Samuel frenó en seco y Vita chocó contra su espalda.

—¿Por qué has parado? —le susurró, ya que la oscuridad incitaba al silencio.

—Hay algo más adelante.

—¿Qué? —preguntó Arkady.

—Luz.

—Gracias a Dios. —Seda suspiró.

Vita, sin embargo, notó como las manos, que ya tenía frías, se le helaban.

—No puede ser la luz del sol —dijo—. Fuera es de noche, ¿recordáis?

No alcanzaba a ver la cara de los demás, pero oyó gemir a Arkady. Intentando no temblar, la niña se asomó por la esquina con el cuerpo pegado al máximo a la pared.

El pasaje continuaba unos veinte metros más, luego viraba de nuevo, y por aquel recodo se proyectaba un resplandor amarillento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arkady.

—Podríamos volver atrás —contestó Vita—. Quizá ya se han ido esos hombres.

—¡Esto no tendría que estar pasando! —exclamó Seda con voz llorosa, aunque se tragó las lágrimas—. ¡Nunca habría bajado aquí si estuviera trabajando sola! ¡Por eso no se puede confiar en la gente! Porque acabas enterrada bajo tierra.

—¡Chist! —le espetó Arkady—. ¡Te van a oír!

—¡Me da igual! —No obstante, bajó la voz.

—Yo digo que sigamos adelante —propuso Vita.

Y se puso en marcha, aunque el cuerpo le pesaba tanto que podría haber resquebrajado el suelo. Avanzó en el mayor silencio posible, levantando el pie izquierdo con un cuidado agónico y posándolo de nuevo sin hacer el menor ruido. Samuel, con el andar etéreo de un acróbata, fue tras ella, seguido de un amaestrador de animales y una carterista. Todos eran personas acostumbradas al silencio. De ahí que los hombres no los oyeran acercarse.

Vita se asomó por la esquina y ahogó un grito de miedo. El otro túnel era más ancho, lo bastante para que, de pared a pared, cupieran seis hombres hombro con hombro. Había lámparas de queroseno en el suelo y, colgadas del techo, se balanceaban unas linternas.

Contra una pared había una hilera de mesas, en las que diez hombres llenaban botellas de cristal con un líquido transparente. Otros pegaban etiquetas a las mismas: «Vodka moscovita». Más hombres, vestidos con colores oscuros, metían las botellas en cajas. Algunos fumaban mientras trabajaban, y el cigarrillo les colgaba inerte de la boca. El ambiente era frío y húmedo.

Pero no era eso lo que había sobresaltado a Vita. En un rincón, habían arrojado un maletín sobre un gran cajón de madera, y junto a éste había dos rifles y una pistola, manchados con la suciedad del suelo. Inclinado sobre el maletín, contando fajos de billetes, estaba Dillinger.

Vita se quedó mirando las armas, su presencia fría y material, grande

como la misma sala. Dillinger cerró el maletín, se enderezó y, con una mueca, se recostó en la pared húmeda y pegó la cabeza.

—Todavía está borracho —susurró Seda a su espalda.

Vita volvió a ocultar la cabeza en la esquina.

—Estamos atrapados.

Samuel negó con la cabeza.

—Hay una escalerilla. ¿No la has visto?

Vita la había visto. Más allá de la ajetreada zona de trabajo, donde el túnel se estrechaba de nuevo, iluminada por la luz de las linternas, había una escalerilla que conducía arriba.

—Podríamos esperar —sugirió Samuel—. Tendrán que irse en algún momento... —Pero se interrumpió y retrocedió unos pasos de golpe—. Hay alguien bajando —añadió con voz estrangulada.

Vita se asomó lo justo, confiando en que los envolviera la oscuridad. En la escalera apareció un reluciente par de zapatos de piel, seguido de un abrigo negro de cachemira largo hasta las pantorrillas.

Sorrotore aterrizó con un golpe sordo en el suelo del túnel. A Vita le dio un vuelco el corazón cuando el hombre echó un vistazo a los que llenaban las botellas y las cajas. Los trabajadores no lo miraron, pero aceleraron el ritmo.

—¡Dillinger! —exclamó Sorrotore—. ¿A qué se debe el retraso? Hace cuatro minutos que deberíais estar arriba. ¡Los camiones no pueden esperar! ¡No podemos tener más fallos!

Sus ojos eran aún más de loco que en la fiesta; la tensión se dibujaba en la palidez de su piel.

Dillinger seguía recostado en la pared del túnel. Entonces abrió los ojos y torció la boca hacia abajo, hasta que las comisuras le llegaron casi al cuello.

—No he conseguido que trabajaran más rápido —respondió con la voz pastosa—. ¿Por qué no los amenazas con matarlos? Suele funcionar —dijo y volvió a cerrar los ojos.

Sorrotore se encaminó hacia él con grandes zancadas, y Vita pensó que le atacaría, pero se limitó a recoger el maletín.

—¡Kelly! —llamó Sorrotore, y un hombre grande como una puerta

corrió a su lado—. ¿Qué diablos le pasa a Dillinger?

—Está borracho —respondió Kelly.

—Eso ya lo veo, gracias. ¿Por qué? ¿Desde cuándo?

Kelly se encogió de hombros.

—Estaba hablando sobre ese castillo del Hudson... decía que no le gustaba tener que andar detrás de una cría, y menos de una tullida.

—¿Ha estado lloriqueando delante de los hombres? —espetó Sorrotore con un tono muy feo.

Kelly pareció alarmarse por el efecto de sus palabras.

—¡Yo no he dicho eso! Me refiero a que lleva meses bebiendo mucho, y eso ha empeorado en los últimos días. No está sobrio desde hace quizá... setenta y dos horas.

—Puede emborracharse en su tiempo libre, pero no en el mío. ¡He tardado quince años en levantar todo esto de la nada! Y no lo he conseguido empleando a perdedores. Dillinger también fastidió el trabajito de Louie Zwerback. Tengo a gente husmeando a mi alrededor. Deshazte de él.

Kelly vaciló, con expresión sombría y confusa.

—¿Qué quiere decir?

Sorrotore se encogió de hombros.

—Sabes exactamente qué quiero decir. —Y se dirigió a los demás—. ¡Muy bien! Sacad todo esto. Tenéis dos minutos.

El pequeño espacio se volvió caótico e insoportablemente ruidoso por el entrechocar de botellas, que los hombres se apresuraron a embalar. Luego comenzaron a subir las cajas por la escalerilla.

Los cuatro amigos seguían esperando, agazapados en la oscuridad del recodo. Apenas se atrevían a respirar.

En un tiempo sorprendentemente breve, el recinto se vació; sólo quedaron las mesas y unos cuantos charcos de vodka derramado, aparte del gran cajón de madera, todo iluminado por una única luz.

Sorrotore fue hacia el cajón y levantó la tapa. Del interior sacó la tortuga pequeña, que dejó en el suelo. Luego, con algún que otro gruñido y bufido, extrajo la más grande.

—Kelly —llamó chasqueando los dedos—, ando escaso de efectivo...

algo temporal —añadió, aunque los ojos de Kelly mostraron durante un segundo su escepticismo, que ocultó de inmediato—. Así que necesito las piedras preciosas de las tortugas. Cuando acabes, tira los cuerpos al túnel.

—¿Y qué pasa con Dillinger?

Éste seguía recostado contra la pared. Sorrotore se volvió hacia él mientras Kelly lo rondaba incómodo, con sus enormes brazos caídos a los costados. Sorrotore tomó la pistola y la amartilló.

Vita no pudo evitarlo e hizo una arcada... un sonido débil y desesperado que resonó en el aire silencioso.

Sorrotore entornó los ojos. Dio tres pasos hacia el recodo del túnel, con las fosas nasales dilatadas. Junto a Vita, Arkady se puso tenso, listo para saltar.

Desde lo alto de la escalera, una voz anunció:

—Los camiones ya se van, jefe.

Sorrotore gruñó, suspiró y fue hacia la escalerilla. Kelly se dispuso a seguirlo, pero Sorrotore le lanzó una mirada asqueada.

—¿Adónde crees que vas? Te he encargado lo de las tortugas... y tienes que ocuparte de Dillinger.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Ahora.

Y Sorrotore desapareció por la escalera.

El sonido metálico de la tapa al cerrarse resonó por todo el túnel.

Kelly fue hacia Dillinger con expresión abatida. Al primer puñetazo, éste se desplomó. Al tercero, dejó de gemir. Kelly suspiró, levantó la pistola y comprobó que estuviera cargada.

Vita, que era una planificadora nata, actuó sin un plan. Se metió la mano en el bolsillo y agarró la navaja. Sin abrirla, la lanzó a través de la oscuridad. Pero el miedo la tenía agarrotada y falta de equilibrio, y en lugar de acertar a Kelly en la sien, le golpeó en un lado de la nariz. El hombre se tambaleó y cayó de rodillas soltando un chillido infantil. Se volvió en su dirección.

Samuel dio un paso al frente, pero Seda ya se había puesto en marcha: emitió un sonido entre un quejido y un rugido, y salió de la

oscuridad como una bala. Con la boca abierta en un grito mudo, bordeó el cuerpo arrodillado de Kelly, recuperó la pistola de donde había caído, vaciló un instante y propinó un culatazo a Kelly en la nuca. El hombre se derrumbó, con la cara contra el suelo.

Resollando y con los ojos desorbitados, Seda se quedó mirando lo que había hecho.

—¿La palabra «autoasombro» existe? —preguntó—. Porque ahora no se me ocurre otra.

Al cabo de cinco minutos, Dillinger abrió un ojo y vio cuatro caras apiñadas a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —masculló—. ¿Quiénes sois? Perdeos.

Y luego, mirando a Samuel, añadió una sola palabra, una palabra irrepetible. Arkady se echó hacia atrás, y Seda soltó una palabrota. Vita siseó y buscó la mirada de Samuel. Él era el único que permanecía inmóvil, ardiendo de ira. Dillinger gimió y volvió a cerrar los ojos.

—Vámonos —dijo Arkady, y corrió a recoger la tortuga más grande, que se había escondido en el caparazón.

Vita tomó la más pequeña, que agitaba la cabeza desesperadamente, mirando el espacio oscuro que la rodeaba.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó señalando a Dillinger con la cabeza.

—Déjalo —respondió Seda.

—¡No! —protestó Samuel—. Eso nos haría tan malos como ellos.

—¡De eso nada! —exclamó Seda con voz aguda, todavía nerviosa por la adrenalina.

—Ya has oído lo que te ha llamado, Sam —repuso Arkady, con la cara tensa de rabia—. No tenemos por qué ayudarlo.

—Si lo dejamos aquí, lo matarán cuando vuelvan.

—¿Y por qué te importa? ¡Él nos habría matado a nosotros! —replicó Seda.

Vita tenía el labio superior perlado de sudor.

—Yo estoy de acuerdo con Samuel. Tenemos que llevárnoslo con

nosotros.

—¡Para ti es muy fácil decirlo! —le espetó Seda con manos temblorosas—. No serás tú quien tenga que cargar con él por esas malditas escaleras.

Vita se estremeció como si la hubieran picado. Notó un escozor en los ojos, y luchó por sofocar esa sensación. Sería terrible que se echase a llorar.

Seda hizo una mueca.

—No pretendía decirlo así...

—Tranquila. Lo sé —respondió Vita, y volvió la cara para que Seda no pudiera verla.

—Ark y yo cargaremos con Dillinger —concluyó Samuel—. Vamos, Ark.

Arkady suspiró. Los dos chicos se inclinaron en la oscuridad; al cabo de unos segundos se incorporaron con esfuerzo, con el hombre colgando entre los dos.

—¿Cómo lo subimos por la escalerilla? —preguntó Arkady.

Vita fue primero. Su equilibrio no era muy bueno, y necesitó concentrarse al máximo para llegar hasta la calle. Luego se agazapó junto a la boca de la alcantarilla, vigilando.

Los otros tres agarraron a Dillinger. Samuel iba en cabeza, trepando con una mano y sujetando a Dillinger por una axila. Arkady y Seda lo empujaban por las rodillas y los pies. En un momento dado, el hombre estuvo a punto de caerse y se dio con la frente en la pared.

Luego corrieron a recoger las tortugas. Los chicos llevaban la grande entre los dos, y Seda se puso la pequeña debajo del brazo. En el último travesaño, antes de salir a la calle, se la pasó a Vita. Los rubíes del caparazón que formaban su nombre destellaron bajo las luces de la ciudad.

A continuación cargaron con Dillinger, que llevaban medio a rastras, dos manzanas abajo y lo dejaron en un callejón.

—Si esto fuera un cuento —dijo Arkady—, al despertar estaría en deuda con nosotros.

—No será así —replicó Samuel con absoluta seguridad.

Dillinger estaba empezando a revolverse. Samuel le quitó el elegante reloj de plata de la muñeca, lo pisoteó hasta hacer añicos el cristal de la esfera y dio media vuelta.

—Espera un segundo —dijo Vita.

Y puso su dolorido pie izquierdo sobre el reloj, que aplastó todo lo fuerte que pudo con el talón. Seda escupió sobre los eslabones plateados. Arkady fue el último en pisotearlo, con fuerza, con los ojos clavados en los de su amigo.

Al final, Samuel propinó una patada al reloj que lo mandó a través de la rejilla abierta del sumidero. El chico pareció algo menos agotado.

—Vámonos.

Se hallaban a medio camino del Carnegie Hall cuando repararon en que los estaban siguiendo. Arkady y Samuel cargaban con la enorme tortuga *Imperium*; Vita cargaba con *Vita*. Seda iba por delante, escogiendo las calles más tranquilas y escondiéndose en las sombras, cuando oyeron los pasos.

No se trataba de los pasos sigilosos, taimados y lentos de los hombres de gris. Aquéllos eran pasos oficiales, cargados con la confiada autoridad de la ley.

—Seguid andando sin más —murmuró Vita.

—¡Eh! ¡Niños, eh! ¿Qué lleváis ahí? —Una figura de azul oscuro, con una porra de madera en la mano, apareció al final de la larga calle, a sus espaldas—. Estamos buscando a un par de chicos que han destrozado el Plaza... Vosotros no sabréis nada de eso, ¿verdad?

Ni se volvieron. Cuando pasaron por debajo de una farola, la luz destelló en los diamantes de *Imperium*. Al ver las piedras preciosas, el policía echó a correr.

—¡Deteneos! ¡Eh, vosotros!

Samuel los miró con los ojos desencajados.

—¡Corred! ¡El pacto! ¡Corred! —exclamó Seda, y los cuatro salieron disparados.

Arkady y Samuel desaparecieron por la esquina sin soltar la tortuga.

El pelo de Vita volaba desbocado por el aire y la calle era un borrón. Seda iba delante de ella, muy por delante, con la trenza rebotándole en la espalda. Vita oía los pasos del policía acercándose cada vez más, pero, aunque intentó dar más impulso a sus piernas, no podía ir más rápido.

El policía se hallaba a apenas tres metros de distancia cuando Seda se dio la vuelta y volvió corriendo sobre sus pasos. Arrancó la tortuga de las manos de Vita y gritó:

—¡Vete! ¡Lárgate de aquí!

Vita intentó recuperar la tortuga, pero Seda le propinó un empujón que la hizo tambalearse. Consciente de su derrota, dobló la esquina, fuera de la vista del policía. Allí estaban esperando Arkady y Samuel, agazapados detrás de dos cubos de basura, con la cara tensa de miedo.

El policía llamó de nuevo, y Seda respondió. Hubo un breve alboroto, pero el viento volvió a rugir y Vita no alcanzó a oír nada por encima del martilleo de su propio corazón. Se arriesgó a asomar la cabeza por la esquina.

Seda, a la que nunca habían detenido, a la que jamás habrían detenido, tenía la mano del policía en el hombro. La otra mano del agente iba a por las esposas. Entre las manos de Seda estaba la pequeña tortuga, con las piedras preciosas incrustadas en el caparazón que decían: VITA.

15

Se suponía que, de todos ellos, Seda era la indestructible. Arkady tuvo que hacer un gran esfuerzo para sonar animado, pero la voz le salió tres octavas más altas de lo normal.

—¡Estará bien! Me refiero a que puede abrir cualquier cerradura, ¿no? Así que estará bien.

Los tres habían echado a correr en cuanto fue evidente que no servía de nada quedarse. Habían dejado a Seda en manos de la ley. Se detuvieron delante del Carnegie Hall. El dolor, la vergüenza y la falta de aire habían vuelto la cara de Vita de color rojo.

—¿Cómo va a estar bien? —replicó—. No digas idioteces sólo para sentirte mejor.

—¡No me llames idiota por desear que nuestra amiga esté bien!

—No os peleéis —intervino Samuel, con voz calmada pero feroz—. No tenemos tiempo para pelear. No tenemos tiempo para nada. Vita sólo quiere decir que Seda no lleva herramientas.

—¡Exacto! Lleva puesto ese ridículo abrigo... y ni una horquilla. No puede abrir una cerradura con los dedos.

—Vale. —Arkady la fulminó con la mirada—. Le llevaremos herramientas. ¡Fácil!

—¿Y cómo vamos a hacer eso? ¡Ni siquiera sabemos dónde está! Habrá decenas de calabozos donde podrían haberla metido.

—Yo sé dónde está —declaró Samuel.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto el número de serie de la chapa del policía. Sé a qué comisaría pertenece.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Mi tío siempre me decía que nos conviene conocer las costumbres de la policía, incluso cuando era un crío. Seda estará en Brooklyn.

—¡Bien, pues vamos! ¿A qué estáis esperando? —los apremió Arkady.

—Necesitamos un plan —respondió Vita, y él la miró con los ojos como platos, pero ella se sentó en el bordillo y se puso a dar vueltas a la navaja entre los dedos, ceñuda, apretando los dientes con concentración—. Esto no es el circo. Esto es serio. Es real.

—Ya lo sé. —Arkady se sentó a su lado, con los hombros hundidos, y se frotó la cara con la manga—. De verdad que yo me lo tomo en serio. Me tomo en serio a Seda.

Vita lo miró de reojo y vio, con un sobresalto, que el rostro del chico parecía el de un anciano: demacrado, viejo y cansado. Haciendo un gran esfuerzo, se obligó a sonreír y le dijo:

—Lo siento. Ya lo sé.

Pasaron los minutos. Y despacio, muy despacio, la cara de Arkady se fue transformando hasta que volvió a parecer un chaval de trece años.

—¿Puedo decir una cosa? —preguntó.

Vita hizo una mueca.

—No tienes que pedir permiso. Perdona si...

—Escúchame entonces —la interrumpió Arkady—. Tengo una duda.

—¿Cuál?

—Las pinzas de tu navaja... ¿son brillantes?

A la mañana siguiente, un cuervo entró volando por la puerta de la comisaría, tan tranquilo como quien va a informar de un paquete desaparecido.

Arkady, que había llevado a *Rimsky* en tranvía hasta el puente de Brooklyn, acariciándola y canturreándole para que no echara a volar, la había impulsado hacia la entrada de la comisaría al tiempo que le susurraba: «¡Buena suerte! *Ydachi*». Y *Rimsky* se escabulló.

El pájaro se posó en un escritorio, y durante un instante no sucedió nada.

Luego alguien empezó a gritar.

—¡Sacadlo de aquí! ¡Sacadlo de aquí! ¡Da mala suerte!

—¡No seas idiota, eso son las urracas!

—¡Me da igual! ¡Es un bicho sarnoso, portador de enfermedades!

El policía que estaba sentado detrás del escritorio dio un gran manotazo, y *Rimsky* echó a volar. Enseguida se sintió ofendida y confusa. Los cuervos, cuando se sienten ofendidos, tienden a abalanzarse en picado sobre cualquier ser vivo, así que pronto reinó el caos.

Seda se encontraba sentada en el catre desnudo del calabozo donde había pasado la noche. Irradiaba desesperación. Al oír los gritos, levantó la cabeza y vio el pájaro.

Las plumas negras le despertaron un recuerdo y abrió mucho los ojos.

Se acercó a los barrotes; una presencia lenta y firme en una sala llena de chillidos y aspavientos. Y Seda, que recordaba todo lo que veía, que memorizaba las caras de la calle para no robar nunca dos veces a la misma persona, recordó el nombre del pájaro.

«*¡Rimsky!*», la llamó, y *Rimsky*, hostigada ya y en pánico, voló hacia la celda, con su presa todavía en el pico.

Seda sacó el brazo por entre los barrotes de su prisión. El cuervo se posó en él, soltó su carga y le picoteó el pulgar antes de marcharse.

Seda hizo una mueca, pensando en lo doloroso que era el afecto de los pájaros.

El alboroto acabó cesando. Atraparon a *Rimsky* con una toalla y la echaron ignominiosamente a la calle.

Nadie vio que Seda se escondía algo plateado en las medias y se recostaba, silenciosa, encorvada y alicaída, en un rincón de su celda. Luego se deshizo la trenza y se dejó caer el pelo sobre los ojos, como una cortina protectora.

Era genial que nadie pudiera verle la cara. Porque, por mucho que intentara disimularlo, irradiaba esperanza. Toda la tarde y la noche de ese viernes estuvo esperando, en silencio, en cuenta atrás.

Por fin, cuando el reloj dio las tres de la madrugada, el oficial de guardia apoyó la frente sobre los brazos doblados dispuesto a echarse

un sueñecito ilícito. Seda se sacó las pinzas de las medias de lana, las giró cuatro, cinco, seis veces en la cerradura, y se encaminó con sigilo hacia la puerta.

En la celda contigua, un hombre, exmilitar y ex casi todo, con hollín en las uñas y un perro atado a una cuerda, la vio marchar, pero se limitó a ponerse en pie, cuadrarse y alzar la mano en un saludo que no había hecho en muchos años. Seda le devolvió el saludo y se internó en la noche de Nueva York.

• • •

Esa noche, un invierno prematuro barrió Nueva York. Una ola de frío congeló el agua en las tuberías. La aguanieve descargaba sobre la ciudad, arrastrando a las calles principales una mezcla de barro y periódicos viejos de los mugrientos callejones, junto con manadas de gatos furiosos.

Y a través del granizo y la aguanieve, enfrentándose al tiempo con expresión ceñuda y desafiante, había una figura solitaria, encorvada contra el frío, que caminaba hacia el Carnegie Hall.

En el apartamento del abuelo, Samuel, Arkady y Vita estaban esperando sentados en la habitación de la niña, con los ojos clavados en el reloj. La madre de Vita había parpadeado levemente al ver a los dos chicos, pero había aceptado que durmieran en el salón, en vez de mandarlos a casa en plena noche.

—Me alegro de que hayas hecho amigos —le había dicho a su hija—. La próxima vez avísame con tiempo.

Vita estaba empezando a perder la esperanza, cuando la ventana comenzó a inmiscuirse en su consciencia. No se abrió, y la oscuridad de fuera no menguó, pero parecía estar mirándola. De repente tenía presencia propia.

Ella se acercó a la ventana y se asomó. En la calle había una figura; su larga trenza rubia parecía gris empapada por la lluvia.

La figura le sonrió de oreja a oreja.

—¡He venido a devolverte las pinzas! —gritó Seda.

Diez minutos más tarde, los cuatro amigos estaban sentados en la cama de Vita, mientras Seda se comía un sándwich preparado con todo lo dulce que Vita había encontrado: mantequilla normal y de cacahuete, miel, virutas de chocolate y un plátano en rodajas. Seda había rechazado la oferta de Vita de añadirle kétchup.

—Mañana es sábado —dijo—. ¿El plan sigue en pie? ¿Nos vamos mañana?

—Yo sigo dispuesto a hacerlo —respondió Samuel.

—Y yo también —se sumó Arkady—. ¡Claro!

Miraron a Vita con expresión radiante. Los tres irradiaban tanta luz que podrían haber iluminado una fábrica entera.

Vita bajó la vista a su cuaderno rojo, que se le antojaba más pesado que el papel que lo conformaba. Sopesó el secreto que guardaba en su corazón desde que había conocido a Seda. Y tomó una decisión.

—Escuchadme. Hay algo que no os he contado…

Y abrió el cuaderno delante de ellos para explicarles, cuidadosa y meticulosamente, la última parte del plan.

16

—Entonces, a las 22:45 en la estación Grand Central, junto al puesto de café, ¿no? —resumió Seda.

Su rostro era tan impenetrable como siempre, aunque respiraba algo más rápido de lo habitual. Las dos chicas se habían despertado temprano, después de dormir juntas en la estrecha cama de Vita, cada una con la cabeza en un extremo.

—Como hermanas —había dicho Seda.

Ninguna de las dos tenía los pies más limpios del mundo, pero a ninguna le importó.

—Sí. El último tren sale a las 23:02 —confirmó Vita—. Pero aún me queda una cosa por hacer.

Seda asintió.

—Lo sé. Nos vemos en la estación.

Y se fue al salón a despertar a Samuel y a Arkady.

Vita notó que le subía la bilis por la garganta, pero se obligó a tragársela. «No es momento de tener miedo —se dijo—. Podrás tener miedo después, cuando todo haya terminado.»

• • •

Esa noche, Vita se acercó al edificio Dakota muy despacio. Se había ceñido el abrigo, pero apenas la protegía del frío, y en absoluto del miedo.

Ya sabía que la estarían siguiendo, y así era. Contaba con ello.

No se volvió para ver de quién se trataba; tan sólo detectó una figura

oscura que avanzaba tras ella por la acera. Vita permaneció en las calles más iluminadas, rodeada de las multitudes más numerosas. Nadie la tocaría en un lugar público tan concurrido.

Eran las nueve de la tarde. Las luces del apartamento de Sorrotore estaban apagadas. Vita apretó los dientes y se remetió el pelo por detrás de las orejas. El cuaderno rojo estaba enrollado en el bolsillo de su abrigo. Llevaba una bolsa de tela a la espalda con un montón de paletas de jardinería que entrechocaban con ruido metálico contra su columna vertebral. Se había puesto el vestido azul, que le quedaba raro y ajustado en los hombros. Estaba preparada.

Sería rápida, todo lo rápida que le permitieran los pies.

El portero del Dakota la miró sin el menor interés.

—Discúlpeme —le dijo ella—. ¿El señor Sorrotore está en casa esta noche?

—Ha ido a cenar con los jóvenes Rockefeller. ¿Quieres dejarle un mensaje?

Vita negó con la cabeza. Así que Sorrotore estaba en Nueva York, no río Hudson arriba.

Salió despacio y ojo avizor del edificio, inspeccionando todas las caras que veía. Se detuvo en la acera. Cuando se disponía a cruzar la calle, una mano la agarró del hombro y la obligó a darse la vuelta. La niña se encontró frente a un hombre con traje y sombrero marrones y corbata azul.

—Eh, tú.

Era Dillinger.

Vita chilló. El instinto la golpeó en el plexo solar, y el grito le salió por la boca sin su permiso, un grito agudo y débil que la sorprendió. Volvió a chillar, esa vez de forma deliberada, y una mujer con un peinado altísimo y un bolso verde enorme se dio la vuelta.

—¡Cállate! —siseó Dillinger—. No voy a hacerte daño... El jefe sólo quiere recuperar el sello. —Tenía una mirada suplicante, pero le clavó los dedos en la clavícula—. Venga, niña. ¡Lo necesito!

Vita se retorció.

—¡Suélteme!

Dillinger no aflojó. Le centelleaban los ojos.

—¡El jefe me perdonará! ¡Me perdonará si le entrego ese anillo! Tú no lo entiendes...

Vita bajó la cabeza y le mordió la mano con fuerza. Luego salió disparada hacia la derecha, hacia una avalancha de turistas que se acercaban con guías de color rojo, y corrió todo lo deprisa que le permitía la pierna izquierda, confiando en que la multitud entorpeciera el avance de Dillinger.

—¡Deténganla! —bramó Dillinger—. ¡Detengan a esa niña! ¡Es una ladrona!

Vita miró alrededor. El hombre iba tras ella, y la gente, al ver su traje elegante y su sombrero distinguido, se apartaba para dejarlo pasar.

La niña viró bruscamente a la izquierda, hacia una calle grande y bulliciosa. Esquivó a un hombre que caminaba absorto en su periódico.

Pensó en meterse en uno de los relucientes grandes almacenes que había por toda la calle, pero una niña corriendo allí dentro llamaría mucho la atención. Un semáforo se puso en verde, y se lanzó al centro de la multitud que cruzaba la calzada.

Una vez en el otro lado, vaciló, mirando a derecha e izquierda. Respiró hondo y siguió adelante.

Empezó a jadear, y el pie izquierdo le ardía, emitiendo fogonazos de dolor por todo el lado izquierdo de su cuerpo. Usó las farolas para avanzar, agarrándose a ellas para impulsarse hacia delante. Intentaba pensar mientras corría.

Pasó cojeando junto a un cartel: METRO. De repente recordó algo. El torniquete en el que los viajeros metían el billete funcionaba como una puerta giratoria, pero debajo del mismo quedaba un espacio lo bastante ancho para un niño, y demasiado estrecho para un adulto.

Bajó las escaleras a trompicones, mirando por encima del hombro para comprobar si Dillinger la seguía. Los peldaños estaban mojados, y estuvo a punto de resbalar; tuvo que aferrarse al brazo de una mujer con dos niños de su misma edad, que se quedó mirándola.

«Alguien parece tener prisa por que le cuenten su cuento de buenas noches», dijo la mujer, y sus hijos se rieron.

Tras Vita sonaron unos fuertes pasos. Ella no se permitió pararse a pensar; no se permitió calcular el espacio que había entre el torniquete y el suelo. Se abrió paso entre la multitud, haciendo caso omiso de los chillidos, las toses airadas y la exclamación de «¡Oh, por el amor de Dios!» de un hombre canoso, y se lanzó, con la cabeza por delante, al suelo, que estaba mojado y embarrado, para deslizarse por la resbaladiza superficie de debajo de la reja y recoger el pie derecho justo cuando uno de los agentes del metro iba a atraparlo.

Se puso en pie con dificultad, haciendo caso omiso al dolor y la sangre en la palma de la mano que se hizo por la caída, y bajó corriendo las escaleras. La multitud se cerró a su alrededor, y ella se volvió invisible.

En la estación estaba entrando un convoy. Vita se subió y se quedó inmóvil, con el corazón atronándole en el pecho. No miró atrás. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para quedarse mirando al frente, con las manos en los bolsillos y el corazón desbocado.

De haber vuelto la cabeza, habría visto a Dillinger agachándose para recoger lo que se le había caído.

Habría visto a Dillinger girando el cuaderno rojo entre las manos y el destello de su cubierta roja contra el gris de la noche.

17

La estación Grand Central estaba casi vacía. Ya había pasado la hora punta y ahora no quedaba más que el olor a impermeables y café derramado. El techo, pintado con estrellas, relucía sobre el suelo mojado y sobre unos pocos vagabundos temblorosos sentados en un rincón.

Vita se detuvo a esperar bajo el Cinturón de Orión, en una zona iluminada. Se había atusado el vestido, limpiado un rodal de suciedad en la cadera y peinado con los dedos. El corazón le retumbaba con todos los pasos que oía. Cada vez que aparecía una cabeza, se estremecía. Llevaba la bolsa de tela colgada al hombro.

El tiempo fue pasando, implacable. Vita apretó con más fuerza los cuatro billetes de tren que había comprado al apático joven de la ventanilla. Con la otra mano, metida en el bolsillo del abrigo, agarraba un puñado de dólares que había ahorrado con gran esfuerzo. Tenían para llegar al castillo y volver.

—Ocho minutos para las once —susurró—. Faltan diez minutos para que salga el tren. Es una eternidad.

A las 22:54 volvió a mirar el reloj, y a las 22:55, y a las 22:58. Faltaban cuatro minutos. ¿Qué estaban haciendo los demás? El frío de la estación se le metió en el cuerpo, pero Vita susurró para sí:

—Dales un minuto más.

Justo cuando esas palabras le salían por la boca, oyó un ruido y le dio un vuelco el corazón. Por el vestíbulo prácticamente desierto retumbaron unos pasos apresurados, y dos chicos y una chica, cuya trenza volaba en horizontal a su espalda, irrumpieron corriendo por el liso suelo de piedra.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Arkady, como si Vita hubiera podido pasarlo por alto.

—Por poco... nos pillan —resolló Seda.

—Mi padre... casi nos ve —explicó Arkady doblado por la mitad.

—¡Lo hablamos luego! —exclamó Samuel, que llevaba una bolsa al hombro—. ¡Faltan dos minutos!

—¡Andén siete! —dijo Vita.

Aún le dolía el pie por la carrera para escapar de Dillinger, y no pudo seguir el ritmo de los demás. Una inesperada multitud de viajeros nocturnos de cercanías salió de la cafetería de la estación cuando pasaron por delante, y un chico alto que corría en dirección contraria la empujó. Vita trató de esquivarlo, pero él se movió hacia el mismo lado que ella, y luego los dos se movieron hacia el otro, y hacia el primero de nuevo... El chico bufó frustrado, pero luego la rodeó y se fue. Tenía el sombrero calado hasta los ojos, pero esbozó una sonrisa al marcharse, una sonrisa familiar.

Vita llegó al andén trastabillando, pero el tren estaba emitiendo unos ruidos alarmantes —ruidos de «listos, que nos vamos»—, y cuando se acercó cojeando, con la mano a punto de tocar la reluciente pintura negra, la locomotora se puso en movimiento. Los demás ya habían subido y la cara de Arkady en la ventana era una máscara de espanto.

Vita no tuvo tiempo de sentir nada, ni desesperación ni ninguna otra cosa. La cara de Samuel desapareció de la ventanilla... y de repente se abrió la puerta del vagón de cola, por la que salió un brazo.

Un mozo de cuerda gritó en el andén:

—¡Eh! ¡No hagáis eso!

Pero Vita medio saltó medio cayó hacia delante.

Su mano se aferró a la de Samuel.

—¡Ya! —gritó el chico, y la izó al tren.

La puerta se cerró de golpe, y el mozo de cuerda, que era joven, con la sombra de una barba casi inexistente, les sacó la lengua y les dedicó un gesto grosero.

—¡Gracias! —exclamó Vita, y Samuel sonrió de oreja a oreja.

—No podíamos irnos sin ti. Eres nuestro «por si acaso».

Arkady y Seda estaban sentados uno junto al otro en el banco de un pequeño compartimento. Samuel y Vita se dejaron caer en el banco acolchado de enfrente. Vita vio que todos llevaban puestos sus disfraces.

Entró el revisor, que tomó sus billetes, asintió con aprobación al ver la dulce sonrisa de Seda y la pulcritud del grupo, y se marchó. El tren atravesó la noche con estrépito, alejándose de la ciudad en dirección a lo desconocido.

Bajaron en la estación entrada la noche, oscura como boca de lobo. La niebla flotaba por el suelo, y los amigos se apearon en el andén escasamente iluminado, dando pisotones para desentumecer los dedos de los pies.

No se bajó nadie más, y allí no había mozos de cuerda. La estación se reducía a un solo andén, la oficina del jefe de estación y la oscuridad del campo, que se extendía en todas las direcciones. Un caballo tosió y relinchó cerca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arkady.

Vita entregó los billetes de vuelta a Samuel.

—Cuida de esto, ¿vale? Cogeremos el taxi de la estación para llegar... El abuelo me hablaba a menudo del taxista. Es un hombre muy viejo y duerme encima de la estación.

—¿Le molestará que lo despertemos?

—No si le pagamos el doble. He guardado todos mis dólares para este momento. No le pediremos que nos lleve hasta el castillo... Haremos el último tramo a pie —añadió, y vio cómo los tres bajaban la vista a la vez a su pierna izquierda—. Estaré bien. —Y se metió la mano en el bolsillo. Allí no había nada. Probó en el otro—. El dinero... —masculló. Empezó a dar la vuelta a los bolsillos.

Seda se puso alerta de inmediato.

—¿Qué dinero?

—¡El dinero para el taxi!

—¿Estás segura de que lo tenías en el bolsillo del abrigo?

—¡Claro que sí! —Y entonces lo recordó de golpe—. ¡Ese chico! Había un chico en la estación... ¡y me ha empujado! ¡Era uno de los chicos que estaban en el callejón el otro día!

—¿También ha intentado esquivarte hacia la derecha y luego hacia la izquierda, haciendo caras como si fuera culpa tuya?

—¡Sí! —Y entonces Vita comprendió la magnitud del problema—. Es un carterista, ¿verdad?

—Se llama Fergus. Tiene un agujero negro donde debería estar su conciencia. ¡Lo mataré cuando volvamos!

—¿Podemos ir andando? —preguntó Samuel.

—No llegaríamos antes de que amanezca. Tardaríamos horas. Es imposible que estemos a tiempo.

—¿Y qué hacemos? —soltó Arkady volviéndose hacia ella; sus ojos reflejaban demasiada confianza para mirarlos directamente.

Vita se estremeció. De pronto se sintió muy pequeña, muy joven y muy insensata... una simple colegiala en medio de ninguna parte, con un puñado de falsas ilusiones propias de un cuento infantil.

El caballo relinchó de nuevo, y sonó como una carcajada burlona.

Pero Arkady esbozó una gran sonrisa de golpe.

—¡Caballos! —exclamó, volviéndose hacia Samuel—. ¿Lo has oído?

Su amigo lo entendió de inmediato y aguzó el oído.

—¡Hay dos!

Arkady echó a correr hacia el sonido.

—Probablemente sea una yegua... bastante vieja, por cómo relincha... ¡pero esperemos que no demasiado vieja para cabalgar!

Así que abandonaron el espacio iluminado de la estación para internarse, medio corriendo y medio a tientas, en la oscuridad. Vita se sacó la linterna del bolsillo para alumbrar. El camino estaba pavimentado pero erosionado, con baches lo bastante profundos para torcerse un tobillo.

Los caballos se encontraban en un campo que daba al camino; eran dos borrones oscuros en la noche. La cancela estaba oxidada y asegurada con un peligroso alambre de púas, pero Arkady, Seda y Samuel pasaron por encima de un salto, y Vita trepó con cuidado tras

ellos.

Los caballos los olieron llegar y retrocedieron asustados, relinchando sonoramente, hasta el extremo más alejado del prado. Los dos chicos intercambiaron una mirada.

—¿Quieres ayuda? —preguntó Samuel.

Arkady negó con la cabeza.

—Es más fácil si estamos sólo ellos y yo.

Abandonó el charco de luz que proyectaba la linterna y avanzó con paso seguro por la hierba, siguiendo el ruido y el olor de los caballos. Vita lo oyó susurrar: «*Ne boisya*. No tengáis miedo».

Los otros tres se quedaron esperando, muy juntos aunque sin llegar a tocarse, en un rincón del campo, procurando no hacer caso de los sonidos extraños de los tenebrosos árboles por encima de su cabeza. El frío era traicionero, y a Vita se le iba colando por todos los poros. De repente se oyó un relincho agudo en la oscuridad, y un murmullo en ruso como respuesta.

Luego les llegó una risa encantada y un golpeteo, y en el charco de luz apareció Arkady montado en un caballo negro. Tras él iba una yegua baya. No llevaban arneses ni riendas, pero respondían a la voz y las caricias de Arkady.

—Vámonos —dijo el chico—, antes de que venga alguien.

Samuel fue hasta la yegua y la acarició.

—Es fuerte —declaró con admiración—. Será rápida.

Seda miraba a los animales con espanto.

—¡No me había dado cuenta de lo grandes que son! —exclamó.

—¿Nunca habías visto un caballo? —replicó Arkady, y su voz sonó horrorizada.

—¡Por supuesto que sí! Pero no tan de cerca.

—Entonces, ¿por qué tienes miedo? ¿Eres alérgica?

Seda respiró hondo e intentó recuperar su antiguo tono sarcástico.

—La gente normal no es lo bastante rica para saber si es alérgica a los caballos. Es sólo que estos animales son... grandes, nada más.

Arkady le tendió las manos entrelazadas, junto al flanco del caballo.

—Pon el pie aquí e impúlsate... Es mucho más fácil que escalar por

un canalón.

—Los canalones no muerden —contestó Seda.

No obstante, puso el pie en las manos del chico, que la ayudó a montar en la yegua, con apenas un leve esfuerzo. Seda se sentó encorvada, y su abrigo blanco ribeteado de piel se abultó por delante.

Hizo falta un poco de trabajo y mucha ayuda de Arkady para que Vita montara a lomos del caballo negro, pero, por una vez, ella apenas lo notó. El ritmo, el cosquilleo y las esperanzas de la misión habían regresado en un estallido que le hacía hervir la sangre, y así se sentía cuando Arkady saltó delante de ella. Luego Samuel montó en la yegua, y se encaminaron a la valla que los separaba del camino.

—¿Quién va primero? —preguntó Arkady.

—Vamos juntos —respondió Samuel.

Sin avisar, salieron al galope hacia el cercado.

—¡Apretad las rodillas! —gritó Arkady.

Y de pronto Vita se encontró volando por encima de la cancela, inclinándose tanto hacia atrás que formó un ángulo recto con el suelo, y luego los caballos aterrizaron de forma ruidosa en el desierto camino campestre.

—¿Por dónde? —preguntó Arkady en voz baja.

—Por ahí —contestó Vita, que se sacó el mapa del bolsillo para enfocarlo con la linterna y comprobarlo; pero se lo sabía de memoria: lo había mirado miles de veces—. Sigue esa estrella.

18

La linterna de Vita proyectaba sombras a través de los árboles y las ramas se tornaban codos, manos y armas. Arkady silbaba una melodía, pero sonaba débil y aguda, amortiguada por el peso del bosque que los envolvía, y al final enmudeció al ver cómo lo miraba Seda. Vita se levantó el cuello del abrigo, y prosiguieron en un silencio sombrío.

Por fin los árboles comenzaron a escasear. Más allá del bosque, había praderas silvestres, intactas, sin cultivar, y a continuación un banco de arena embarrado, y el sonido de un río.

—Será mejor que dejemos a los caballos aquí, en el bosque —dijo Vita—. Si no, llamarán demasiado la atención.

Se balanceó hasta bajar al suelo. Estaba más lejos de lo que había calculado, y aterrizó con dureza, raspándose una rodilla. Pensó en los dedos largos y fuertes de su abuelo, que le vendaban los rasguños cuando era pequeña, y se puso en pie trabajosamente.

Arkady desmontó con facilidad, como si estuviera saliendo de la cama, y tendió la mano a Seda. Para sorpresa de todos —incluida la propia Seda, por la expresión de su cara—, ella la aceptó.

Arkady llevó los caballos unos cuantos metros bosque adentro, en busca de un sitio donde pudieran pastar. Los animales lo siguieron al oírlo chascar la lengua.

—¿No deberíamos atarlos? —preguntó Seda.

—¿Con qué? —replicó Arkady.

—¿No puedes... no sé... atarles algo al cuello?

—Nos esperarán. Ahora ya los conozco.

—¿Por dónde? —soltó Samuel.

Y tres pares de ojos se volvieron hacia Vita.

—Por ahí —respondió ella, y encabezó la marcha entre los árboles—. Esperad un segundo... La luna va a asomar por detrás de esa nube. ¡Ahí! ¡El castillo del Hudson!

Todos los ojos siguieron la dirección de su mano.

—¡Ah! —exclamó Seda—. No exagerabas al llamarlo «castillo».

Parecía el diseño de alguien que hubiera visto más castillos en libros ilustrados que en la realidad y que hubiera intentado plasmar en su obra la esencia de un castillo.

El lago artificial estaba bordeado de árboles y era de un negro azulado. Elevándose sobre cimientos de piedra en mitad del agua, había un muro, y tras el muro había un jardín, que rodeaba por tres lados un magnífico edificio de piedra y ladrillo.

El castillo estaba coronado por cresterías y un único torreón, de un negro plateado a la luz de la luna. Uno de los muros del castillo descendía directamente al agua, y su reflejo destellaba y relucía como en un cuento de hadas. Vita se estremeció de arriba abajo al verlo. El castillo era real.

—Mi tatarabuelo lo vio en Francia —explicó—. Lo desmontó, piedra a piedra, y volvió a construirlo aquí. La verdad es que le quedó un poco torcido; el torreón se está cayendo. Todos decían que estaba loco, pero él replicaba que, si era cierto, al menos sería un loco en un castillo, mientras que los demás serían cuerdos en una casa.

—¿Dónde está la barca? —preguntó Samuel.

—Escondida debajo de un sauce, en el lado occidental del lago. Se llama *Lizzy*, en honor a mi abuela.

—¿Y si Sorrotore ha encontrado la barca y la ha vendido? —dijo Seda.

—No debe de valer nada —contestó Vita—. Es demasiado vieja.

—Bueno, ¿y si hace aguas?

—No tiene sentido discutir por una barca que a lo mejor ni existe —intervino Samuel—. Vayamos a ver.

Corrieron en fila hacia el lago. Las ramas de los matorrales

atravesaban la tela del vestido de Vita y se le clavaban en las rodillas. Asustaron a dos conejos, que salieron disparados entre la hierba.

—Qué silencio —dijo Seda—. No había estado en un lugar tan silencioso en mi vida.

Pero no había acabado de hablar cuando un sonido rasgó el aire, bronco, estridente y furioso. Ladridos.

—Serán los perros guardianes —dijo Vita mirando a Arkady, que había entornado los ojos.

—Son pastores alemanes —anunció el chico—. De dos años de edad, quizá dos y medio. Seguramente machos los dos. No están bien cuidados —añadió al oír más ladridos—. ¿Notáis que el segundo tiene la voz algo rasposa? Ha tenido una infección que no le han tratado. Es probable que tengan hambre.

• • •

La barca estaba justo donde su abuelo decía que había estado siempre.

Llegaron al borde del lago, atentos por si oían voces humanas. Vita atravesó los árboles achaparrados que crecían a lo largo de la fangosa orilla y, rodeando los espinos lo mejor que podía en la oscuridad, alcanzó el bote de madera.

Su abuelo decía que era de un verde intenso; el color de los ojos de su esposa. En realidad, la pintura se había pelado tanto que la barca lucía de un gris parduzco, pero en algunos sitios aún quedaban retazos de color. Vita arrancó un trozo de pintura desconchada y se lo guardó en el bolsillo.

Los demás llegaron corriendo, agazapados. Corrían como lo que eran, un grupo de acróbatas y ladrones, y sus pies no hicieron el menor ruido sobre la arena embarrada. Rodearon la embarcación y la empujaron hasta el agua.

Seda miró por encima del hombro.

—¿Estás segura de que no hay vigilantes nocturnos?

Vita asintió.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—¿Por qué iba a haberlos? Está el guarda, pero duerme en una casita al otro lado del lago. Por la noche sólo están los perros.

Volvieron a oírse los ladridos, graves y ásperos.

—Ah, genial —dijo Seda.

Se produjo un breve rifirrafe sobre quién debería remar. Seda resolvió el asunto agarrando un remo y blandiéndolo como una espada mientras Vita agarraba el otro. Al principio chapotearon con poca fortuna.

—¡Chist! —soltó Arkady.

Al final, sin embargo, le pillaron el tranquillo y se desplazaron casi en silencio por la superficie cristalina del lago.

Samuel iba sentado en la popa, observando la enorme pared de ladrillo a medida que se acercaban. El mapa señalaba un pequeño embarcadero al otro lado del lago, pero quedaba del todo a la vista desde la casita del guarda. En lugar de eso, remaron derechos hacia el jardín amurallado que se elevaba en medio del agua.

—Al parecer —dijo Vita—, mi tatarabuelo vio las casas de Venecia, que emergían directamente de los canales, y pensó que era lo más hermoso que había visto nunca, como una mujer saliendo de un lago... eso decía él. Así que contrató a unos ingenieros para...

—¿Podemos dejar la historia arquitectónica para el viaje de vuelta en tren? —la interrumpió Seda, que remaba con los dientes apretados.

Ya se encontraban cerca del muro. Estaba construido con enormes ladrillos grises, tallados de forma ruda y bien encementados.

—¿Aquí? —preguntó Samuel.

—Creo que sí —respondió Vita, que añadió, procurando sonar más segura—: Sí, justo aquí.

Samuel se puso en pie en la barca, que apenas se meció. La cortesía esmeradamente inexpresiva con la que el muchacho se enfrentaba al mundo se había desvanecido. Sus ojos parecían cada vez más salvajes y feroces, y empezó a contraer las comisuras de la boca.

Arkady se volvió hacia él.

—No sé cómo vas a...

Pero Samuel negó con la cabeza, levantando una mano para pedirle silencio. Tras sus ojos se desarrollaban seis docenas de cálculos. Movía los labios, susurrando para sus adentros, y los dedos se le estremecían a los costados. Sacó un rollo de cuerda de su bolsa; era enorme y pesado.

—¿No llevas arpeo ni garfios? —le preguntó Arkady—. Yo pensaba que llevarías alguno en el extremo de la cuerda.

—La pared es demasiado ancha —respondió Samuel—. Voy a hacerlo a mi manera.

Se quitó los zapatos, se pasó la cuerda alrededor de la cintura dos veces y se colgó el resto al hombro; el movimiento provocó que la barca se tambaleara. Vita estiró una mano, intentando agarrarse a la pared, pero no había dónde asirse.

—Vale —dijo Samuel—. Mantened la barca quieta.

Y se inclinó hacia el muro, lo palpó y metió los dedos en el hueco entre dos ladrillos.

—¡Samuel! —exclamó Arkady, con la voz repentinamente cargada de pánico—. ¡No lo hagas! ¡Es imposible trepar por una pared lisa de ladrillo!

Es imposible trepar por una pared lisa de ladrillo. Es imposible... a menos que hayas crecido trepando lo más cerca posible del cielo. Es imposible, a menos que a los cinco años de edad decidieras que ibas a volar y dedicaras el resto de tu vida a encontrar la manera de hacerlo.

Samuel siguió subiendo y sus dedos hallaron otro hueco y escarbaron en el mortero. Se alzó, rozando la piedra con los pies. Sin pausa, en silencio, fue ascendiendo.

Vita estaba paralizada, con los ojos ardiendo y la respiración entrecortada, admirada ante la destreza de Samuel. Fue Arkady el que se levantó, vacilante, para situarse debajo de su amigo con los brazos extendidos. Vita y Seda lo imitaron, y esperaron así, preparados para atraparlo cuando —como seguro que pasaría— se cayera.

Pero Samuel estaba acercándose al final, y había pasado a moverse deprisa, pasmosamente deprisa. Apoyó un brazo en lo alto del muro, soltó un grito ahogado y un bufido al alzarse, y de repente había un

chico con elegantes pantalones grises y aire de aristócrata sentado a horcajadas sobre los ladrillos. Con un pie colgando a cada lado del muro, pegó el cuerpo a la parte superior de la pared y dejó que la cuerda cayera en cascada hasta la barca.

—¡Subid! —susurró—. Vita primero. Es su pared.

La niña negó con la cabeza y sintió que se ruborizaba. Había estado temiendo que llegara ese momento. Estaba oscuro, pero no quería que los demás la vieran subir penosamente por la cuerda.

—Iré la última. Voy a tardar más.

Seda habló bajito y en su tono no había ni rastro de ironía.

—Esperaremos.

Vita tenía las manos empapadas de sudor. Agarró la soga, que de pronto le pareció resbaladiza e inestable. Se la enrolló alrededor del pie derecho y usó el izquierdo para auparse, pasando por alto el dolor atroz del tendón de Aquiles. Alargó el brazo, se aferró a un hueco y se alzó unos cuantos centímetros.

—Muy bien —aprobó Samuel—. Desenróllate el pie derecho y haz lo mismo de nuevo. Sólo quince centímetros. No pienses en metros; piensa en centímetros.

A medida que ascendía, el viento le metía el pelo en los ojos y la boca. No miraba abajo, sino arriba, hacia la alentadora cara de Samuel, y subía poco a poco. El chico prácticamente tiró de la cuerda el último tramo, y su amiga se quedó sentada sobre el muro.

—Ahora Seda —dijo Samuel.

Seda era de manos veloces, pero tenía las piernas largas y torpes, y fulminó a Arkady con la mirada cuando este le ofreció ayuda. Justo al llegar a lo alto, mientras Vita y Samuel tiraban de ella para que se sentase a su lado, unos ladridos rasgaron el aire.

Una sombra negra apareció corriendo por la hierba en su dirección.

19

La cuerda se tensó y apareció la cabeza de Arkady en lo alto, como el muñeco de una caja sorpresa. El chico hizo una seña a Samuel; los dos se entendían sin hablar. Arkady tiró de la cuerda y luego la arrojó por el otro lado. Samuel se preparó, y su amigo se deslizó por la soga haciendo muecas porque le quemaban las manos.

Tenía a los perros prácticamente encima. Eran pastores alemanes, uno gris y marrón y el otro negro; le llegaban al hombro y se movían deprisa. El negro estaba más cerca; sus colmillos eran tan blancos y numerosos que parecían ir varios centímetros por delante del animal.

Arkady tragó saliva y durante un segundo se le borró la sonrisa, pero luego se obligó a sonreír, resuelto, y fue hacia los perros con una mano estirada hacia las fauces abiertas. Susurraba en ruso al avanzar.

Los perros se detuvieron. El negro se quedó a dos pasos del chico, gruñendo con el lomo erizado. Arkady siguió hablando y añadió su silbido... ese silbido que podía atraer a una bandada de cuervos de un tejado próximo. El perro marrón gimió y el gruñido del negro perdió seguridad. Arkady se acercó aún más, con las palmas hacia arriba.

Demasiado cerca. El perro negro mordió el aire con furia y soltó una ristra de ladridos. Vita cerró los ojos, desolada y horrorizada.

—*Nyet!* —exclamó Arkady con severidad—. *Ya znayu, ty ne takoi*. Sé que eres mejor de lo que aparentas.

Y volvió a silbar, largo y bajito, y puso una mano en el hocico de cada perro.

Cuando Vita abrió los ojos, el perro negro se había tumbado de costado y Arkady, arrodillado junto a la cabeza, le rascaba entre las orejas, mientras que el otro intentaba lamerle por dentro de la manga.

Arkady echó un vistazo a sus collares.

—Éste es *Vikingo* y éste *Cazador*. Podéis bajar. No os queméis las manos con la cuerda.

Se agazaparon entre los arbustos e inspeccionaron el jardín. Era enorme y ornamental, aunque las plantas habían crecido de forma descontrolada y había hiedra por todas partes. Desde la puerta trasera de la casa, salían senderos en todas las direcciones; algunos eran pequeños y serpenteaban entre arriates de flores, otros estaban bordeados de gravilla. En el lado occidental, había un pequeño jardín cercado; en el oriental, un arreglo de parterres de rosas. Las últimas rosas del invierno pendían aún de los rosales, marchitas pero todavía con un extraño y sanguinolento color rojo a la luz de la luna, y se entremezclaban con plantas trepadoras.

—No veo la fuente —susurró Seda.

—No. Está en el jardín tapiado —respondió Vita—, allí, ¿ves?

Cruzaron el terreno; *Vikingo* seguía a Arkady con adoración y *Cazador* le golpeaba las piernas al menear la cola.

Seda miró hacia la puerta trasera.

—¿Ésa es la puerta con la cerradura a prueba de ganzúas? —susurró.

—Sí —respondió Vita, y miró a la casa, que se alzaba hacia el cielo nocturno—. Todas las puertas son así. Es una fortaleza.

Vita fue la primera en llegar al jardín tapiado. La pared tenía una pequeña puerta de madera negra, tal y como mostraban los planos. La niña la empujó. Estaba cerrada con llave.

Una mano la apartó.

—Déjame —musitó Seda, que insertó un pedazo de alambre en la cerradura—. No es de las fáciles. Dadme un segundo.

Tardó menos de un minuto, pero cada segundo se les antojó una semana. Seda soltó un bufido de alivio cuando la cerradura se abrió con un «clic».

Entraron todos en fila, con *Cazador* y *Vikingo* a empujones entre ellos, y cerraron la puerta a sus espaldas.

Vita soltó un enorme suspiro de alivio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arkady.

Vita señaló la fuente con un gesto. Si bien estaba seca, a su alrededor bosquejaban los rosales. Los años habían mermado su belleza, pero no habían acabado con ella. La escultura de la fuente era un niño que reía a carcajadas. Vita pensó que el niño se parecía mucho a cómo habría sido su abuelo en su día. Sacó una paleta de jardinero de la bolsa.

—Vamos a cavar.

Se pusieron a cavar con ganas. El suelo estaba congelado, y a Vita no tardaron en entumecérsele las manos, pero siguió cavando y cavando; su paleta chocaba de vez en cuando con la de Seda. No tardaron en embarrarse los cuatro hasta los codos.

El agujero fue aumentando. Quince centímetros de profundidad… treinta…

Vita sintió que la sangre le corría más y más deprisa por las venas. «¿Saldrá bien? ¿Saldrá bien el plan?»

Y entonces sucedió: pisadas, carreras. Los demás soltaron sus herramientas y se levantaron de un salto, pero Vita se incorporó y se colocó delante de sus amigos sin soltar la suya.

La puerta de madera del muro de piedra se abrió de golpe, y un hombre la traspasó sudando, resollando y con la cara crispada de furia.

—¿Qué diablos es esto?

El guarda era alto y ancho, y en su cara no había rastro de amabilidad.

Vita no se permitió vacilar. Se abalanzó contra el hombre blandiendo la paleta como si fuera una bayoneta. Notó que él la estiraba del hombro y trastabilló, pero se dio la vuelta para golpearle en el pecho. El guarda le agarró el brazo.

—¡Corred! —gritó Vita, y se volvió hacia los demás, que permanecieron erguidos, con los puños apretados—. ¡Hablo en serio!

Y sintió que le invadía un pánico abrasador.

«Tenían que salir corriendo.»

—¿Qué estáis haciendo? —espetó a sus amigos—. ¡Prometisteis que correríais!

Pero ellos no echaron a correr.

Y entonces el guarda la agarró por la cintura con una presión atroz y alargó la otra mano hacia Samuel, que permanecía inmóvil.

—¡No! —chilló Vita—. ¡Éste no era el plan! ¡Corred! ¡Teníamos un trato! ¡CORRED!

Entonces apareció un segundo hombre, que se plantó delante de la puerta.

—¡Quietos! —exclamó, apuntando al corazón de Seda con un rifle—. No os mováis o habrá un accidente.

En fila india, cruzaron el jardín y la puerta trasera, con el rifle en la retaguardia. Todas las ventanas tenían unos feos y gruesos barrotes de hierro pintados de negro.

La puerta de la cocina estaba cerrada por dentro. El guarda se acercó y la abrió con su llave. Vita se fijó en Seda, que miraba las cerraduras con el rabillo del ojo.

Seda sacudió la cabeza.

—Sí que es una fortaleza.

Vita se aferraba a su bolsa por debajo del abrigo; por el momento, nadie se la había reclamado.

Los llevaron a través de una cocina vacía, pintada de un intenso azul cobalto, y a continuación anduvieron por un pasillo hasta una puerta de madera, unos peldaños de piedra y una bodega enorme.

La bodega se abría al pie de los escalones y se desplegaba en pasillos de estanterías, como una biblioteca de botellas de vino, con algunas baldas de whisky y una o dos de ron. Alguien había estado catándolos hacía poco; en un estante cercano a las escaleras se veían unas cuantas botellas a medio beber.

«Eso es de mi abuelo, no de Sorrotore —pensó Vita, sintiendo una oleada de rabia—. Ladrón.»

El suelo era de losas de piedra. No había luz.

El guarda empujó a los cuatro niños hasta que los tuvo con la espalda pegada a la pared. Luego, sin dejar de apuntarlos con el rifle, los dos hombres se marcharon.

Se cerró la puerta y Vita se dio la vuelta para mirar a sus tres compañeros. Le faltaba el aire, estaba desesperada, pero ellos se limitaron a esperar a que hablara. Arkady esbozaba una sonrisa.

—¿Por qué no habéis echado a correr? —quiso saber Vita, y las palabras le salieron entrecortadas; el corazón le latía tan fuerte que la asfixiaba.

Arkady sonrió de oreja a oreja.

—No pensarías que íbamos a salir corriendo, ¿verdad? —dijo riendo.

Samuel esbozó su extraña y misteriosa media sonrisa.

—En realidad nunca llegamos a prometerlo.

—Vuelve a pensar en lo que dijimos de verdad —añadió Seda.

20

La noche anterior

Vita se había sentado en la cama de su habitación, en lo alto de Nueva York, y les había contado la verdad, abriendo el cuaderno delante de ellos.

—Hay una última cosa que tengo que hacer.

—¿Qué?

—Conseguir que este cuaderno caiga en manos de Sorrotore. Tengo que entregarle el plan.

Tres pares de ojos se quedaron mirándola pasmados y perplejos.

—¡Pero entonces sabrá dónde encontrar la esmeralda!

—No. —Vita suspiró tan fuerte que le crujieron las costillas, y el suspiro iba cargado con todos los secretos que había estado guardando —. No lo sabrá.

—¡Claro que sí! —replicó Arkady—. ¡Mira, está justo aquí! El cuaderno dice...

Vita miró al otro lado de la ciudad, en dirección al edificio Dakota.

—El cuaderno es una mentira.

Los ojos que la observaban se desorbitaron y acto seguido se entornaron.

—¿Qué? —Seda se apartó de Vita—. ¿Nos has estado mintiendo?

—La esmeralda no está en la fuente, pero necesito que Sorrotore crea que sí. Necesito que él ponga toda su atención, a todos sus hombres, en esa fuente.

—Entonces, ¿dónde está la esmeralda? —preguntó Samuel.

—Está dentro de la casa.

—Pero dijiste que en la casa no se puede...

—No se puede entrar a la fuerza —concluyó Vita—. Exacto.

—¡Si no se puede, no se puede! —exclamó Arkady.

—Lo sé.

—En ese caso, ¡es imposible! —declaró Seda.

—Que sea imposible no significa que no valga la pena hacerlo. Lo que necesitamos es que nos atrapen.

—¿Que nos atrapen? —repitieron Seda y Samuel al unísono.

—No hay más casas en kilómetros a la redonda. Si nos atrapan, sólo hay un sitio donde podrían retenernos hasta que llegue la policía.

Samuel abrió la boca formando una O al comprenderlo.

—¿Dentro del castillo?

—Exacto. Yo no puedo entrar a la fuerza... pero ellos pueden franquearme el paso.

—¡Pero en el cuaderno rojo está el plan entero, con todos los detalles! —exclamó Arkady—. ¡Y el plano de la casa! ¡En todas partes dice que el collar está en la fuente!

—Eso es porque no lo escribí para mí. Lo escribí para Sorrotore.

—Pero, si es imposible allanar la casa, ¡será imposible salir de ella! ¡Y nos quedaremos encerrados dentro!

—No —replicó Vita—. ¡No y no! No es imposible salir, y vosotros no os quedaréis encerrados dentro... porque os marcharéis corriendo. Vosotros no entraréis en la casa.

—¡De eso nada! —protestó Arkady.

—Por supuesto que sí. Tenéis que prometérmelo. Saldréis pitando y os marcharéis de allí. Necesito que me ayudéis a llegar al jardín tapiado, y quizá os necesite para empezar a cavar, para que parezca que vamos en serio... pero luego necesito que huyáis. Podemos decirle al taxista que espere para que os lleve de vuelta a la estación, y así estaréis en casa a tiempo para el desayuno. Y yo registraré la casa sola.

—¿Por qué no nos habías contado todo esto antes? —le preguntó Seda, con expresión recelosa.

—Me daba miedo —respondió Vita, que empezó a notar que le ardían los ojos—. Pensaba que, cuando lo dijera en voz alta, todo

terminaría. Pensaba que me diríais todos que era absurdo, demasiado difícil… demasiado estúpido… demasiado peligroso. —Luego respiró hondo y les confesó la vergonzosa y egoísta verdad—: Pensaba que, si os lo contaba de buenas a primeras, me diríais que no.

Arkady soltó un resoplido indignado.

—¡Yo jamás diría que algo es demasiado peligroso!

—Lo sé. —A Vita le estaba costando un gran esfuerzo hablar—. Entonces no os conocía. Ahora sí os conozco.

—Entonces, todo esto… ¿lo habías planeado así desde el principio?

Vita asintió.

—Me he dedicado a planear, observar, pensar… Eso es lo que hago.

Samuel la miró y vio la tenacidad reflejada en sus manos, sus pies y su expresión ceñuda.

—De acuerdo —dijo el muchacho—. Cuenta conmigo si los demás siguen adelante.

Seda lanzó una mirada larga y dura a Vita, pero al cabo asintió.

—Siempre ha sido una locura. Todavía lo es. Cuenta conmigo.

—Entonces, ¿saldréis corriendo cuando lleguen los vigilantes? ¿Me lo juráis? —quiso saber Vita—. Como dijo Samuel, cuando uno de nosotros diga «corred», tenemos que correr. Ése es el pacto.

Y todos asintieron.

—Traeré más cacao —dijo Vita, y se fue a la cocina.

Arkady miró a Seda, y Seda miró a Samuel.

Luego levantó la mano izquierda: tenía los dedos cruzados.

—Yo no pienso salir corriendo.

Samuel asintió, sacando las manos de los bolsillos y esbozando su media sonrisa: tenía cruzados todos los dedos. Los dos chicos se volvieron hacia Seda.

—Yo no he cruzado los dedos. —Sonreía de oreja a oreja—. He mentido sin más. No pienso salir corriendo a ninguna parte.

21

La bodega era gélida y oscura, aunque Vita no se estremeció por el frío. Sacó de la bolsa la linterna —le quedaba poca batería y apenas proyectó un leve resplandor, pero era mejor que nada— y dos velas medio consumidas. Rascó una cerilla con la uña del pulgar —un truco que le había enseñado su abuelo—, y esta vez se encendió. Miró las caras que la rodeaban.

—¿Por qué no me dijisteis que no pensabais salir corriendo?

—¿Nos habrías traído hasta aquí si te lo hubiéramos dicho? —replicó Samuel.

—No. Claro que no.

—Pues por eso —espetó Seda.

—Ahora somos una *troupe* —añadió Arkady—. Peleamos juntos, comimos juntos. Somos un equipo.

Vita sintió que la calidez de esas palabras le subía del estómago a la cara. Pero, antes de que pudiera hablar, la cerradura chirrió y la puerta se entreabrió.

—No hagáis ninguna tontería. Sorrotore ha dicho que viene en lancha motora —anunció el guarda—. No tardará en llegar.

A Vita le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué lancha motora? —susurró.

La puerta, sin embargo, se cerró de golpe. Cuatro caras se miraron unas a otras sin pestañear.

—¡Sorrotore no puede venir aquí! —exclamó Vita—. ¡Ése no era el plan! ¡Se suponía que sólo iba a decirles a sus hombres dónde cavar! Así ellos estarían distraídos y yo podría inspeccionar la casa. Por esa razón hemos tomado el último tren: ¡para que él no pudiera seguirnos!

En coche tardaría más horas —dijo con voz débil—. No he pensado en una lancha motora.

Podía enfrentarse a la casa oscura en medio del oscuro lago. Podía enfrentarse a las escopetas. Pero con Sorrotore —su sonrisa, sus ojos y el poder que llevaba como una capa sobre los hombros— no había contado. La fuerza que le quedaba en la pierna izquierda la abandonó, y tuvo que sentarse en el suelo.

—Ahora no hay nada que podamos hacer al respecto —dijo Seda, al tiempo que se sacaba una pequeña bolsa de tela del interior del abrigo blanco con plumas de cisne. La volcó en el suelo y cayó un revoltijo de ropa de colores de seda y lana—. Tened. Si vamos a hacer esto... y Vita, vamos a hacerlo, no podrás detenernos... he pensado que deberíamos ir acordes con lo que somos. Mientras os lavabais esta mañana, he empaquetado vuestra ropa.

—¡Mi jersey! —exclamó Arkady, rebuscando en el montón en la penumbra.

El jersey rojo de Arkady llameaba a la luz de las velas. Samuel se puso su camiseta de tirantes negra y sus pantalones de algodón negros, que llevaba a ras de suelo. Los dos chicos iban descalzos a pesar del frío. Seda llevaba un vestido que le llegaba a las rodillas y tenía el dobladillo deshilachado; las mangas terminaban por encima de sus muñecas, dejándole las manos libres.

Vita buscó su ropa a la luz de las velas. Levantó la blusa de seda de su abuela, que parecía líquida de tan resbaladiza, y su falda roja, larga hasta las rodillas, perfecta para correr. Se ajustó los cordones de las botas. De su bolsa sacó un cuadrado de hule y se lo metió en el bolsillo trasero, junto con un cabo de vela, y luego revisó su navaja. La abrió para tocar el extremo con el pulgar. Estaba afilado.

Le temblaban las manos.

—¿Preparados?

Al levantarse el cuello del abrigo, aspiró la dulzura seca del perfume de su abuela.

—Vamos a la caza del tesoro —dijo Arkady.

Esperaron mientras Seda se arrodillaba delante de la puerta con la ganzúa en la mano.

—¿Qué habrías hecho si nos hubiésemos largado? —le preguntó a Vita—. ¿Cómo pensabas salir?

—He estado practicando —respondió la aludida, que se sacó un trozo de alambre del bolsillo para mostrárselo a Seda—. Imaginaba que podría tardar una hora o dos, pero estaba segura de que al final lo conseguiría.

Seda sonrió un instante, a su pesar.

—Bueno —dijo al tiempo que la cerradura emitía un «clic»—, esto no ha tardado una hora.

Vita miró por debajo de la puerta, buscando pies o algún rastro de los guardias.

—Deberían estar los dos fuera. Imagino que estarán cavando.

La adrenalina estaba empezando a vibrar por su sangre, y sintió que se le aceleraba todo el cuerpo. Abrió la puerta. El pasillo estaba iluminado por una única lámpara de gas en la pared.

—No hay nadie —anunció, y los cuatro salieron despacio.

—¿Por dónde? —susurró Samuel.

—Mi abuelo dijo que el collar está en el viejo escondrijo. Estoy casi segura de que se refiere a la caja fuerte, y la caja fuerte está en el salón. Por aquí.

—Pero si está en la caja fuerte, ¿Sorrotore no lo habrá encontrado ya? —preguntó Seda.

Vita negó con la cabeza.

—No es una caja fuerte evidente. No está detrás de un cuadro ni nada de eso. Está escondida.

Recorrieron el pasillo de puntillas, llegaron a la cocina y accedieron al vestíbulo principal por unas puertas abatibles.

El vestíbulo era enorme y estaba sucio, pero el azul de las paredes se tornaba marino a la luz de la luna. El suelo de losas resultaba frío incluso a través de las suelas de los zapatos, y la descomunal araña de cristal seguía colgando de cuerdas y cadenas en lo alto, polvorienta y sin velas.

Vita se apoyó en el viejo reloj de pared, cerró los ojos y rescató mentalmente el plano de la casa. Lo veía con absoluta claridad, con todas las estancias etiquetadas en pulcras mayúsculas.

—El salón está por aquí. —Señaló un pasillo con baldosas de mármol —. La segunda puerta a la izquierda.

Entraron corriendo, y Vita cerró la puerta tras ellos sin hacer el menor ruido.

Los cuatro soltaron el aire que habían estado conteniendo y, cuando la linterna de Vita barrió la sala, Arkady dio un grito ahogado. Los abuelos habían vendido casi todos los muebles, pero los pocos sofás y sillones que quedaban tenían el asiento y el respaldo rajados, y el relleno estaba amontonado por el suelo. La cabeza del oso polar disecado estaba abierta por la mitad.

—Sorrotore ha estado buscando —dijo Arkady.

—Alguien debería vigilar la puerta —propuso Vita.

Seda asintió.

—Yo vigilaré por el agujero de la cerradura.

—¿Dónde está la caja fuerte? —preguntó Samuel.

Vita señaló la enorme chimenea.

—Ahí.

—¿Debajo del suelo?

—No. Dentro de la chimenea. El abuelo decía que implicaba que te llenaras de hollín cada vez que la abrías, pero que así no la encontraría nadie jamás. —Fue hasta la chimenea; el hueco era grande como un armario ropero, y el conducto de humo, lo bastante ancho como para que cupiera un archivador dentro—. No veo… Espera, no, ¡la veo! Pero… ¡pero está por lo menos en la mitad del conducto!

—¿Te sabes la combinación? —le preguntó Samuel.

Vita asintió.

—Es mi cumpleaños.

Samuel se le acercó para mirar chimenea arriba.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció en voz baja.

El pie de Vita le gritaba que sí, pero la niña negó con la cabeza. Aquél era el último paso, y debía llevarlo a cabo ella.

—Tengo que hacerlo yo.

Se frotó la pierna izquierda para reanimarla, y se metió en la chimenea. Con la espalda pegada a la pared, levantó el pie izquierdo y lo apoyó en la pared de enfrente. Luego se preparó antes de levantar la otra pierna, sin despegar la espalda. Lenta y dolorosamente, comenzó a ascender retorciéndose, con las rodillas temblando por el esfuerzo.

—¡Muy bien! —susurró Arkady.

Vita ya tenía la cabeza metida en la chimenea; la siguieron los hombros y el torso. Tomó aire y le entró hollín hasta el fondo de la garganta.

Entonces se oyó algo, un ruido tan leve que podría haber sido la respiración de la casa, y Vita se quedó paralizada.

Luego, la voz de Seda:

—¡Viene alguien!

Vita apagó la linterna frenéticamente y ascendió más, arrastrando la espalda contra la pared, hasta que todo su cuerpo quedó encajado en el interior de la chimenea. No veía más que oscuridad. Se oyó un ajetreo apenas audible mientras los demás buscaban un escondrijo.

Y luego se abrió la puerta.

Vita miró hacia el suelo, más allá de su propio cuerpo, y vio la habitación iluminada por la luz de una linterna. Siguieron unos pasos lentos.

La niña cerró los ojos con fuerza. Era como un angustioso y macabro juego del escondite.

Los pasos se adentraron en la sala. A Vita le dolía la columna vertebral, y empezaba a picarle la garganta por el polvo de la chimenea. Luchó contra las ganas de toser.

Sonaba como si los pasos se retiraran. La luz se desvió hacia la puerta, pero luego vaciló y barrió de nuevo la estancia. Se oyó un golpe sordo, como si el guardia le hubiera dado una patada al sofá, y una nube de polvo subió por la chimenea. El cuerpo de Vita se sacudió con una tos estrangulada.

Los pasos se detuvieron. Luego se oyó la voz de otro hombre pasillo abajo, demasiado tenue para que se entendiera qué decía, aunque

reflejaba una impaciencia innegable. El hombre que estaba en el salón refunfuñó, pero salió y cerró la puerta a su espalda.

Se hizo el silencio. Luego, con el más quedo de los susurros, Samuel habló. Su voz sonó cerca de la chimenea.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Vita—. ¿Quién era?

—El guarda —dijo Seda.

—Has dicho que estarían cavando —musitó Arkady.

—Eso pensaba yo —admitió Vita.

La niña tensó todos los músculos, apretó los dientes y se aupó los últimos quince centímetros. Allá arriba, el espacio era más estrecho. En la pared de la izquierda, a la altura del hombro, se sobresaltó al notar el frío del hierro.

Encendió la linterna.

Se vio los nudillos, despellejados y manchados con algo oscuro y húmedo. También vio, insertada en la puerta de la caja fuerte, una rueda numerada. Poco a poco, con los brazos agarrotados y las manos vacilantes, la fue girando.

La puerta emitió un «clic». Era casi imposible abrirla en aquel pequeño espacio, teniendo, además, la cabeza y los hombros de por medio. La niña miró en el interior.

Dentro no había nada. Ni la caja ni el resplandor verde de una esmeralda.

La inundó un abatimiento frío. Con la otra mano apoyada contra la pared, logró meter a duras penas una mano.

Tocó un puñado de papeles: algunos, folios enteros; otros, simples recortes. Los sacó y se los guardó, a falta de un sitio mejor, en la pechera. Luego bajó retorciéndose, hasta que el oscuro suelo estuvo lo bastante cerca para dejarse caer. Aterrizó dolorosamente encima de su propia pierna y se levantó. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no echarse a llorar, no por el dolor, sino por las dudas que la habían invadido.

Los demás estaban apiñados junto a la repisa en absoluta oscuridad.

—¿Has encontrado algo? —susurró Seda.

Vita negó con un leve movimiento de la cabeza.

—Esto es lo único que había.

Se sacó los papeles de la pechera, los dobló hasta formar un bloque de papel del tamaño de su palma, y se lo remetió en la cinturilla de la falda.

Hubo una pausa en la que Vita intentó levantar su ánimo, que estaba por los suelos.

—No pongas esa cara —le dijo Samuel—. ¿Podría estar en algún otro sitio?

—Podría estar en cualquier parte de la casa —replicó Seda con la voz tensa por los nervios—. Una casa que, por si no os habíais dado cuenta, es gigantesca.

—¿Te habló alguna vez tu abuelo de otros escondrijos? —preguntó Arkady—. ¿Tienes un plan B?

Vita asintió despacio. Había deseado con todas sus fuerzas no tener que recurrir a él.

Arkady se animó.

—¡Sabía que lo tendrías! ¿Dónde buscamos? ¡Cuenta!

—Hay un sitio que mi abuelo descubrió cuando no era más que un niño... ¡pero yo estaba segura de que el collar estaría en la caja fuerte!

—¿Dónde está? ¡Cuéntanos!

Vita tragó saliva.

—En el torreón.

—¿El mismo torreón que has dicho que estaba a punto de derrumbarse? —preguntó Seda.

—El mismo. Vamos.

En fila india y mirando por encima del hombro, recorrieron el pasillo, que terminaba en unas escalinatas curvas, lo bastante anchas para que las subieran hombro con hombro los cuatro. En el pasado se pulimentaban, y el magnífico roble todavía destellaba, pero ahora se veían picadas por la carcoma y la humedad. Uno de los lados quedaba iluminado por la luna.

Vita fue en cabeza, manteniéndose en el lado oscuro, fuera del alcance de las estrellas. Tenía los músculos tan tensos que notaba cómo se le contraían bajo la piel.

En lo alto de las escaleras había un rellano, justo como Vita esperaba, como si hubiera estado allí decenas de veces. Recordaba todo lo que había memorizado, y el alivio de conocer el lugar fue como una bocanada de aire fresco en la noche.

Vita dobló a la izquierda. Mientras recorrían con sigilo el pasillo, un tablón de madera crujió bajo el pie de Arkady, tan fuerte que a Vita se le antojó un grito, y todos quedaron paralizados.

La casa guardó silencio, asentándose de nuevo en su polvo y su grandeza.

—No pasa nada —susurró Vita.

De pronto se oyó un estruendo, como un cañonazo. Seda, Samuel y Arkady se pegaron a la pared, pero Vita corrió a la ventana. Sólo una cosa podía hacer semejante ruido allí, en mitad de ninguna parte: una enorme pieza de madera que hubiera recibido un golpe. Delante de la puerta principal se hallaba el embarcadero, y amarrada al embarcadero había una pequeña embarcación, cuyos bordes cromados destellaban a la luz de la luna.

—La puerta principal —dijo Vita sin aliento y agarrando la navaja—. Sorrotore está aquí.

22

Por un instante, Vita quedó devastada. El instinto de supervivencia se apoderó de ella y la sacudió como a una rata. Le decía que apartara a los demás a empujones, bajara la escalera como una bala, se lanzase al agua y volviera nadando a casa.

«Sal de aquí —le decía—. Abandónalos. Lárgate.»

Vita se aferró al alféizar de la ventana y esperó a que pasara el momento de pánico. Al final pasó, como siempre, y la dejó con el estómago revuelto y con la sensación de que había transcurrido una hora, pero apenas habían sido unos segundos. Los demás seguían inmóviles en el pasillo, esperando a que les dijera qué hacer.

Se volvió hacia sus amigos, levantó la barbilla y cuadró los hombros para enfrentarse a la noche como una detective, como una gata, como una acróbata.

—Una de dos: Sorrotore o bajará enseguida a la bodega o irá al jardín a ver si han encontrado el collar. Creo que lo segundo es más probable.

—Sí —coincidió Seda.

—En cualquier caso, no tardará en descubrir que nos hemos escapado. Y se pondrá a buscarnos por la casa. —Hablaba tan rápido que se le trababan las palabras, y los demás se inclinaron más hacia ella —. Escuchad. Este sitio tiene veintiséis habitaciones. Si Sorrotore las registra todas a fondo, empezando por la planta baja, tardará veintiséis minutos en llegar a la última.

—No. Un minuto es un lapso de tiempo muy largo —replicó Arkady —. Lo más probable es que tarde treinta segundos por habitación, así que serán trece minutos en total.

No obstante, empezaron a brillarle los ojos al comprender lo que quería decir Vita.

—La salida —continuó ella a toda prisa—. Tenéis que saber dónde está. En la pared del fondo de la bodega hay una reja. No es más que un hueco con una rejilla encima; ahí es donde antes estaba el desagüe.

—¿El desagüe? ¿Ésa es tu vía de escape? ¿Un sumidero?

—Ya no lo es; ahora es una simple reja. Está atornillada a la pared, pero se desatornilla desde el interior. Seda debería poder abrirla con una ganzúa. Da directamente al lago... por eso es una vía sólo de salida... así que tendréis que nadar. —Retrocedió por el pasillo, alejándose de ellos—. Sorrotore está aquí. Lo siento mucho. No pensaba que las cosas fueran a ir así. Tenéis que marcharos.

Arkady soltó un resoplido que sonó como una carcajada.

—¡No vamos a dejarte aquí!

—¡Por supuesto que sí! No sabíamos que Sorrotore iba a venir; de lo contrario, jamás os habría traído hasta aquí...

—¿Qué estás planeando? —quiso saber Samuel.

—Voy a ir al torreón. Es el último lugar en el que buscará Sorrotore. Hace años tapiaron el acceso, cuando se volvió demasiado peligroso. Es posible que ni siquiera él suba hasta ahí. Quizá.

—Pero ¿y si quedas atrapada? —preguntó Seda en voz muy baja—. Vita, a lo mejor tienes razón, a lo mejor deberíamos marcharnos. Pero, si nos vamos, tendrás que venir con nosotros. Esto no es un juego; no sabes qué podría hacerte ese hombre si te encuentra.

Vita negó con la cabeza.

—Lo he jurado.

—¡Tu abuelo no querría que lo hicieras!

—Lo he jurado. —Tan apremiante como el miedo era imaginarse al abuelo sujetando la esmeralda entre sus dedos retorcidos, mirándola al trasluz para arrancarle sus destellos, y esbozando una amplia sonrisa—. ¡Ya sé que esto no es un juego! Cuando encuentre ese collar, todo cambiará.

—Bueno, ya hemos desperdiciado un minuto entero —intervino Samuel—. Vamos.

—Yo también voy —se sumó Seda—. Si vas a ser idiota, yo también quiero serlo. Quizá haya puertas cerradas con llave o candados.

—Ark y yo montaremos guardia en la planta de abajo y os haremos una señal si aparece Sorrotore.

Vita asintió. Le hubiera gustado encontrar palabras con la envergadura adecuada para expresar el dolor que sentía en el pecho —palabras que fueran algo más que el lenguaje común de todos los días—, pero no había tiempo, y Sorrotore podía aparecer en cualquier momento.

Así que se limitó a decir:

—Gracias.

Y echó a correr.

23

Vita dejó la linterna a los chicos. Luego enfiló el pasillo con la mano pegada a la pared de piedra, hasta que llegó a otra escalera. La subió cojeando y respirando penosamente, seguida de Seda. La escalera daba a un nuevo rellano y a más habitaciones a derecha e izquierda.

—A la izquierda —susurró.

La puerta al final del pasillo era más pequeña que las demás y estaba cerrada con un candado.

—De acuerdo —dijo Seda, arrugando tanto la cara que sus cejas casi se tocaban.

Se arrodilló, insertó la ganzúa en el candado y empezó a hurgar en él. Frunció aún más el ceño.

—¿Quién puso esto?

—Mi abuelo. Esta puerta lleva a la torre, y no quería que subiera nadie.

—Es raro... está estropeado.

—¿Estropeado?

Seda sacudió la cabeza.

—Le falta el mecanismo... Como si, después de cerrarlo por última vez, hubieran forzado el interior con un destornillador. Como si alguien quisiera asegurarse de que nadie volvía a abrirlo jamás.

Vita sintió que le caía el alma a los pies.

—¿Qué significa eso? ¿Que no podemos entrar?

—No. —Seda cambió la ganzúa por un gancho más largo y fino que se sacó de la parte superior de las medias—. Sólo que tardaré un poco más.

—¡No nos sobra tiempo!

Seda la fulminó con la mirada.

—Eso ya lo he entendido. ¿Tienes luz?

Vita encendió una cerilla e iluminó las manos de Seda, posadas con delicadeza sobre el candado, como si con la yema de sus dedos pudiera escuchar el interior de la pieza.

Más abajo se oyó un portazo. Vita apagó la cerilla enseguida, pero no dijo nada.

Seda respiró bien hondo, insertó un nuevo trozo de metal en el candado y no soltó el aire hasta que se oyó un «clic» levísimo, casi inaudible. Luego abrió el candado de un tirón y se lo entregó a Vita, que se lo metió en el bolsillo y empujó la puerta. Ésta chirrió sobre sus goznes.

Tras la puerta había una escalera de caracol formada por losas irregulares de piedra lisa como el mármol por la erosión del tiempo y el uso. Del techo curvado colgaba una telaraña que pasó de gris a plateada a la luz de la cerilla que encendió Vita.

—Si no quieres venir —le dijo a Seda—, lo entenderé perfectamente.

Seda soltó un bufido, y ni se molestó en responder.

Vita empezó a subir las escaleras todo lo deprisa que podía obligar a su cuerpo. Seda la siguió tras cerrar la puerta.

La oscuridad era absoluta. Vita se detuvo a encender otra cerilla mientras buscaba el cabo de vela de emergencia que se había guardado en el bolsillo. Si iba a haber alguna emergencia, era ésta.

—¿Qué altura tiene? —preguntó Seda.

—No puede ser mucho más alta.

La escalera se ensanchó al llegar a una estancia de la torre, de apenas tres metros de ancho por cada lado, pero de techo altísimo. En un rincón había una empinada escalera de madera que llevaba a una puerta en la pared a diez metros de altura; la puerta era tan pequeña que casi parecía una ventana.

—¿Por ahí?

Fueron juntas hasta la escalera, que parecía medio en ruinas, como si algo hubiera librado una guerra en ella durante años, usando dientes, garras y artillería pequeña.

—Carcoma —anunció Vita.

—¿Es segura? —quiso saber Seda.

—Creo que he visto cosas más seguras. Pero es la única forma de subir.

—¿Qué hay arriba?

—El cielo. Yo iré primera.

Puso un pie en mitad del primer peldaño y notó que se hundía la madera. Dio un segundo paso, y un tercero, y la escalera crujió como una hoguera. Algo chasqueó bajo sus pies y ella aceleró el ascenso, apoyándose en las manos y las rodillas, percibiendo cómo cedía la madera bajo sus palmas. Seda la siguió; atravesó directamente un peldaño con el pie y soltó un bufido, pero no gritó. Vita estaba casi en lo alto cuando un sonido de abajo, más abajo, en los escalones de piedra, la dejó paralizada.

Alguien estaba subiendo al torreón.

Vita dio los últimos pasos corriendo, alcanzó la portezuela de madera, la abrió de un empujón y la cruzó como una centella. Y se encontró sobre el suelo de piedra de una torre circular abierta al cielo. Seda, que llegó tras ella, cerró la puerta a su espalda sin hacer el menor ruido. Y miraron por el hueco de debajo de la puerta, hacia las escaleras de madera y la oscuridad.

La luz parpadeante de un farol de gas inundó la pequeña habitación que había a sus pies. Apareció una cabeza y luego un cuerpo de hombros anchos.

Sorrotore se detuvo aspirando el polvo y observando la escalera de madera. Desde el privilegiado puesto de Vita, la madera parecía haber sufrido un naufragio. Sorrotore rezongó y se dirigió a la escalera.

Con el primer paso astilló un peldaño y el hombre hizo una mueca, pero estaba a punto de dar otro paso cuando se oyó un ruido. No era un portazo ni era el viento. Era un alarido triunfal, un «¡Yuju!» que resonó y rebotó contra las paredes.

—¡Vita! —Un grito se filtró a través del edificio—. ¡Lo he encontrado!

—Arkady —musitó la niña.

Sorrotore se quedó helado. Luego dio la vuelta y se abalanzó por las escaleras que acababa de subir.

—¡Lo ha encontrado! —susurró Seda—. ¡Vámonos! ¡La bodega!

—¡Espera! —dijo Vita.

—¿Por qué? ¡Vamos! ¡Arkady ha encontrado el collar!

—¡Si lo hubiera encontrado, no habría gritado! No es tonto.

Seda soltó un resoplido.

—No, no lo es —insistió Vita—. Es inteligente... bastante inteligente. Algo pasa.

—¡Pero sonaba contento!

—¿Y si intentaba que Sorrotore volviera a bajar las escaleras? ¿Y si Arkady sabía que estábamos acorraladas?

Seda lo entendió.

—¿Y ahora qué?

Vita pensó deprisa.

—Volveremos a bajar... pero despacio. Tomaremos parte de la madera de los peldaños como arma. Intentaremos sorprender a Sorrotore por la espalda.

—Pero si Arkady y Samuel no han encontrado el collar ahí abajo, es que está aquí arriba, y si está aquí arriba, no nos marcharemos hasta que lo tengamos.

—No pienso quedarme aquí si Sorrotore tiene a Arkady y a Samuel. —Vita trató de pasar por delante de Seda—. Es culpa mía que estén aquí...

—¡No! —Seda la empujó hacia dentro—. Si nos rendimos ahora, podrían matarnos. ¿Dónde está el escondrijo?

Vita se espabiló.

—Está... No lo sé. Tras una piedra suelta del torreón.

Seda miró abatida las piedras que las rodeaban.

—Estás de broma. ¿No hay nada que reduzca el número?

—No —dijo, sintiendo el peso de la palabra en la boca.

—¡Piensa, Vita!

Hizo un inmenso esfuerzo e intentó rebobinar su memoria... lejos de sus pies, de su estómago, del pánico que le rugía en el pecho.

—El abuelo era joyero. Decía que casi cualquier cosa podía ser una joya. Busca piedras que sean bonitas.

—No son bonitas. ¡Son piedras!

Pero, a la luz de la vela y de la luna, sí que había algunas más bonitas que otras. Unas eran de un gris severo, pero otras estaban veteadas de morado, moteadas de azul, entreveradas de blanco.

Vita inspeccionó las paredes, empujando y tirando de las piedras moteadas o con forma de continente. Seda se agachó a buscar entre las de la parte inferior, mascullando:

—Piedras bonitas. Está claro. Piedras lujosas, ¿por qué no?

La torre era circular, de apenas cuatro metros y medio de diámetro, pero se elevaba muy por encima de la cabeza de Vita. La niña estaba empezando a preguntarse si el collar se hallaría tras una de las piedras más altas, cuando de pronto notó que una cedía bajo sus dedos.

Se trataba de un cuadrado casi perfecto, gris, atravesado por un rayo dentado y azulado.

Hundió los dedos en el mortero que la rodeaba y tiró. Se oyó un chirrido: de la piedra contra el mortero y contra sus uñas, pero fue saliendo, despacio al principio y luego de golpe. Vita, que la tenía en sus brazos, la dejó caer al suelo de baldosas y estuvo a punto de aplastarse el pie.

—¡Seda! —exclamó con la voz quebrada por unas lágrimas súbitas e inexplicables—. ¡Seda!

Seda se volvió y se quedó boquiabierta. A la luz de la vela, encajada dentro de la pared, había una caja de madera.

—Está aquí —susurró Vita.

—¡No me lo creía! ¡No puedo creerlo! —exclamó Seda con voz ronca, como si se hubiera quedado petrificada.

A Vita le temblaban las manos al sacar la caja. Se pellizcó los dedos y se raspó las yemas, pero no se dio ni cuenta.

La caja estaba cubierta de polvo y de trocitos de mortero. Tenía la anchura y la longitud de la palma de un niño extendida. Vita la limpió con la manga, y la exquisita madera marrón resplandeció. La sacudió: no sonó ningún repiqueteo de joyas, sino el golpe amortiguado de algo

envuelto en tela. Introdujo una uña por debajo de la tapa e intentó abrirla.

Lo intentó de nuevo con más fuerza.

—¡No se abre! —Se quedó mirando la caja, dándole vueltas entre las manos—. ¡No tiene cerradura!

Seda la examinó.

—Habrá un cierre oculto en algún sitio. ¿Puedo...?

Pero entonces oyeron un grito escaleras abajo. Las dos chicas se miraron a los ojos.

—¡Samuel! Vamos.

Cojeando, Vita volvió a sacarse el hule del bolsillo trasero y se apresuró a envolver la caja con él; luego se la metió por la cinturilla de la falda y notó el frío contra la piel.

Trató de bajar corriendo las escaleras. Todos los años de «ve despacio» y «ten cuidado» quedaron arrinconados en un instante, y corrió, con las botas retumbando por los peldaños, en dirección a Samuel y Arkady. Seda resbaló una vez, aterrizó con un crujido sobre la cadera y soltó un taco, pero se puso en pie de inmediato y empujó a Vita hacia delante cuando ésta se volvió para ofrecerle ayuda.

Irrumpieron en el pasillo desde la escalera, sin preocuparse ya por si hacían ruido.

—¡Espera! —resolló Seda—. Tenemos que poner la oreja.

Vita intentó contener el aliento. La casa se hallaba sumida en un completo silencio. Entonces se oyó otro grito que se elevó y se elevó antes de desvanecerse.

La niña frunció el ceño. No era un grito de pánico: era un alarido deliberado que había atravesado el aire gélido como un grito de guerra.

—Viene de la planta de abajo —dijo Seda.

—Vamos.

Avanzaron lo más despacio que podían por el pasillo, pasando ante puertas cerradas y silenciosas.

Una de las puertas se abrió de golpe: una figura salió y atrapó a Vita por la cintura, inmovilizándole las manos contra los costados y tirándola al suelo de cabeza.

Ella logró liberar un brazo y estaba a punto de arañarle la cara, cuando una voz exclamó sorprendida:

—¡Vita! ¡Pensaba que eras Sorrotore! —Era Arkady, que la soltó de inmediato, rodó sobre sí mismo y se levantó de un salto—. ¿Te encuentras bien?

Vita no se encontraba bien —un nervio, en lo profundo del puente del pie, parecía estar ardiendo—, pero se limitó a decir:

—¿Qué ha pasado? ¡Cuenta!

—He visto pasar a Sorrotore en la dirección en la que habíais ido vosotras, así que he corrido a la habitación de enfrente para gritar que tenía las joyas... y él ha venido disparado. Me he escondido dentro de la cómoda... me ha parecido que el armario sería demasiado evidente... y cuando él estaba a punto de abrirla...

—¿Qué? —quiso saber Vita.

—Ha chillado Samuel. Pero no desde el dormitorio, sino desde algún lugar de la planta de abajo. Y Sorrotore ha soltado un bufido de gato rabioso y se ha marchado corriendo. Pero a través de una rendija de la cómoda he visto una cosa, Vita: lleva una pistola.

—Vamos. —La niña se levantó lentamente y probó a apoyarse en la pierna izquierda, que aguantó su peso—. ¡Samuel!

—¿Vamos con sigilo o a la carga? —preguntó Seda.

—Con sigilo —respondió Vita—. De momento. Tenemos que ver qué está ocurriendo.

Arkady pasó la linterna a Vita, que encabezó la marcha hacia la escalinata, pero enseguida se detuvo.

—Algo pasa.

Ya no se oían gritos sino pasos veloces que resonaban sobre el suelo de mármol del vestíbulo.

—¡Chico! —bramó entonces una voz—. ¡No tienes forma de salir de aquí! ¿Dónde estás? Esto no es un juego.

Vita empezó a bajar la escalinata, con cuidado de pisar por el borde más alejado de la barandilla, donde no estaba tan dañada por la carcoma y los escalones crujían menos.

En la curva hacia el vestíbulo, vaciló. Si daban un paso más,

Sorrotore podría verlos.

Vita miró a Arkady, que miró a Seda, que miró a su vez a Vita.

—El que está ahí es mi mejor amigo —dijo Arkady—. No pienso ir con sigilo.

—Entonces a la carga —respondió Vita.

Arkady soltó un gran grito de guerra y los tres bajaron corriendo, volando, el tramo que faltaba hasta el magnífico vestíbulo de piedra, con Vita en cabeza. Sorrotore se encontraba en el centro de la gigantesca sala, con un farol en una mano y una pistola en la otra, y se dio la vuelta de golpe.

En ese momento sucedieron varias cosas. Sorrotore vio a Vita y soltó un bramido con tanta rabia que Vita se detuvo de golpe, paralizada, boquiabierta, sin respirar siquiera. Jamás había visto la rabia expuesta de forma tan cruda; jamás había visto un rostro más aterrador.

Al mismo tiempo, desde la ventana más alta, a doce metros de distancia, apareció una figura columpiándose de una cuerda. La cuerda estaba atada a los barrotes de la ventana, y crujía y se tensaba mientras el cuerpo se elevaba por el aire.

Todos levantaron la vista. En pleno vuelo, Samuel soltó la cuerda, se agarró a la parte inferior de la lámpara de araña y se balanceó por encima de ellos. Las lágrimas de cristal más grandes entrechocaron; las más pequeñas cayeron al suelo como granizo.

Sorrotore se quedó mirándolo sin parpadear, como si no se creyera lo que veía.

—¡Corred! —susurró Vita a Seda y a Arkady—. Id a la bodega y empezad a retirar la rejilla. —Al ver que dudaban, sin embargo, los empujó—. ¡Por favor!

Y entonces salieron los tres corriendo y pasaron como centellas junto a Sorrotore, que no apartó la vista del chico que se izaba por la lámpara de araña para aferrarse a la cadena que la sujetaba.

Vita siguió a sus amigos un trecho, pero se desvió al final del vestíbulo para agazaparse detrás del reloj de pared, cuya esfera rota señalaba la medianoche.

—¡Chico! ¿Eres tú el que ha gritado? ¿Tienes la esmeralda? —

exclamó Sorrotore.

Samuel no dijo nada.

Vita tenía la navaja en la mano. Abrió la hoja, calculando, con la precisión de una profesional, la curva exacta que tendría que trazar el arma por el aire para clavarse en el pecho de Sorrotore.

Pero se sentía incapaz de hacerlo. Pensó en su abuelo, en cómo confiaba ciegamente en ella. «Tu arma no será una navaja.» Además, su muñeca no iba a doblarse para lanzar. Tenía el cuerpo rígido.

—Baja de ahí ahora mismo, chico —ordenó Sorrotore—, o te dispararé primero a ti y luego iré a por tus amigos.

Lanzar la navaja implicaría la muerte. Vita empezó a temblar, contemplando la escena desde su escondrijo. No quería tener nada que ver con la muerte... ni con finales ni con acciones irreversibles ni con la oscuridad que eso conllevaba. Detestaba a aquel hombre más de lo que detestaba a ningún otro ser vivo, pero era un ser vivo.

Samuel mantuvo los ojos muy abiertos, ni pestañeó.

«¡Lanza la navaja! —se gritó Vita mentalmente—. Lánzala.»

Dejó caer a un costado la mano con la navaja y al hacerlo notó en el bolsillo el peso del candado oxidado de la torre.

Lo sacó y de pronto su cuerpo volvió a ser suyo. Apuntó, tras un breve cálculo de la distancia y el ángulo, echó el brazo hacia atrás y lanzó.

El candado impactó en la sien de Sorrotore, justo por encima de la oreja izquierda. El hombre trastabilló hacia atrás, un paso, dos pasos, y entonces se derrumbó, desmadejado como un títere al que le cortan los hilos.

Vita se incorporó con dificultad.

—¡Samuel! ¿Puedes bajar de un salto?

El chico miró hacia el suelo de piedra y negó con la cabeza.

—Sobre piedra no. Me destrozaría los tobillos.

—¡No te muevas! Buscaré una escalera —dijo Vita y, a pesar de que se sentía tan agarrotada que apenas podía mantenerse en pie, se dispuso a correr pasillo abajo.

—¡Espera!

Samuel negó con la cabeza y empezó a impulsarse hacia delante y hacia atrás, de modo que la lámpara comenzó a oscilar peligrosamente, derramando lágrimas de cristal sobre el cuerpo de Sorrotore. En el punto más alto del vuelo, Samuel hizo ademán de soltarse, pero dudó, con la cara velada de miedo, y siguió columpiándose.

Vita recordó la intensa felicidad con la que Samuel se había elevado por el aire en el salón de baile del Carnegie Hall y recordó las palabras que había empleado.

—¿Listo? —exclamó—. Samuel, ¿listo?

—¡Listo! —respondió él sin aliento.

La lámpara se alzó hacia la derecha, y Vita gritó:

—¡Ya!

Con un chillido que resonó por el enorme vestíbulo, Samuel se soltó y voló por los aires. Estiró los brazos, hizo una voltereta y luego otra, en un doble salto mortal, y aterrizó en la blanda madera carcomida del pasillo, golpeándose el hombro y rodando por el suelo. Se levantó de un brinco, frotándose el costado con una mueca.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Vita, que corrió primero hasta Sorrotore para quitarle la pistola, y luego hasta Samuel, que tenía la piel rasguñada—. ¡Estás sangrando!

El chico no se molestó en responder.

—¿Lo tienes?

Vita tardó un segundo en comprender a qué se refería.

—Sí —contestó, aunque su tono no tenía nada de triunfal.

Luego, tras mirar el desastre de cristales desperdigados y al hombre tendido entre ellos, Vita pronunció las palabras preferidas de todo héroe, delincuente y escapista:

—Larguémonos de aquí.

24

Echaron a correr, mirando por encima del hombro a cada paso. Mientras cruzaban la cocina cojeando, oyeron, de forma muy tenue, al guarda y a su compañero, y el ruido metálico de palas. Al llegar a la bodega, la encontraron vacía. El olor a polvo y a cerrado había desaparecido, y el frío viento nocturno soplaba a través de un agujero abierto en medio de la pared, de alrededor de treinta centímetros de ancho. Echaron un vistazo a través. Al otro lado no había orilla ni tierra: tan sólo una caída corta y directa al lago.

Vita lanzó la pistola de Sorrotore por el agujero y luego reparó en la anchura de los hombros de Samuel y sintió un pavor repentino.

—¿Cabrás por ahí?

—Sólo hay una forma de averiguarlo —respondió el chico—. Ve tú primero.

—¡No! Tú eres más grande, así que pasa tú primero. Si yo quepo y tú no, te quedarás atrapado aquí solo.

Samuel parecía a punto de protestar, pero ella lo empujó hacia el agujero.

—¡No seas tan noble! ¡Es pura lógica!

—Vale —aceptó él.

Metió primero los pies, estirando los brazos por encima de la cabeza para que los hombros fueran lo más estrechos posible. Su piel, ya rasguñada por el aterrizaje, se arañó aún más contra la piedra. Pero Samuel no dijo nada; se limitó a impulsarse hacia atrás, apretando los ojos por el dolor.

—¡Estoy atascado! —exclamó con voz entrecortada.

En ese instante, empezó a abrirse la puerta por encima de ellos.

Vita soltó la linterna y dio un fuerte empujón a Samuel. Se oyó un grito ahogado cuando éste cayó, y luego un chapoteo. La niña se alejó hacia la oscuridad, abandonando en el suelo la linterna con apenas batería, y se agachó junto a una de las hileras de estanterías, detrás de unas botellas de vino tinto.

Los lustrosos zapatos negros de Sorrotore traspasaron la puerta, bajaron la escalera y se detuvieron, mientras sus ojos reparaban en la rejilla abierta y la linterna que giraba en el suelo. La luz parpadeó y se apagó definitivamente.

—¡Sé que todavía estás aquí! —exclamó Sorrotore, y su voz retumbó a través de la oscuridad—. Te oigo respirar.

Sus pasos resonaron entre los pasillos de botellas de vino. Llevaba una pequeña lámpara de queroseno; la luz estaba a dos filas de distancia de Vita. Ésta intentó ir hacia atrás y descubrió que no podía moverse.

—¡Ya basta, niña! —La voz era tan fría como el suelo de piedra—. Ya estoy harto.

Vita se agazapó en la oscuridad. El miedo creció en su pecho y, por una vez, fue incapaz de combatirlo. Amenazaba con cubrirla hasta la cabeza, y fue subiendo y subiendo hasta que el cuerpo se le quedó paralizado, como un animal, como algo ajeno pero revestido con su propia piel.

Y pensó: «No puedo».

Y de pronto recordó el elefante encadenado en el escenario. Su desesperanza era la misma que la suya.

Y el miedo trepó hasta su cabeza y la cubrió.

Y los latidos de su corazón evocaron de nuevo al elefante, encadenado, y con él recuperó el primer recuerdo que le había inspirado aquel animal: el de su abuelo, Jack Welles. Su abuelo tal y como había sido, su abuelo dibujando dianas en las paredes del hospital, tan rebelde, talentoso y vivo.

Y el miedo se cruzó con el amor, y los dos se mezclaron.

Y el amor se convirtió en el arma de Vita.

La niña se levantó con un grito de furia, una furia con la que

Sorrotore no había soñado siquiera, y corrió hacia él.

Aquello no era como la pelea en el callejón con los carteristas. Aquello era rabia, por partida doble: la de él, ante la repentina posibilidad de fracasar frente a aquella cría fea, lisiada y de mirada fija; y la de ella, ante la estupidez de un mundo que admiraba a hombres que acaparaban tanto y destrozaban tanto.

Él era más grande, pero ella estaba más furiosa, y, a pesar de su edad y su tamaño, era la más despiadada de los dos y la más acostumbrada al dolor. Sorrotore la agarró por la cintura, y Vita se retorció y le mordió, sin saber muy bien dónde, pero con la fuerza suficiente para hacerle sangre. El hombre la sacudió como si fuera un animal, como un animal que peleara con un animal.

Vita echó la mano hacia atrás, encontró el cuello de una botella y atizó a Sorrotore con ella en la cabeza. Él se derrumbó durante un segundo, resbalando entre el alcohol derramado y los cristales, y Vita corrió hacia la rejilla abierta.

Sorrotore se puso en pie, mojado, resollando, y se dispuso a ir tras la niña.

Ella abrió la hoja de su navaja, tomó aire una vez para apuntar, y lanzó. La navaja fue directa al centro de la botella de whisky que había detrás de la cabeza de Sorrotore. La botella reventó, empapándole de whisky el pelo y tirando al suelo las otras doce botellas. Por todas partes volaron cristales que rebotaron contra las paredes. Sorrotore se agachó con un rugido, protegiéndose los ojos con la mano.

Vita corrió al agujero de la pared. Posó una mano en los ladrillos para recuperar la calma y se volvió.

—Su hombre, Dillinger, me dijo que estaba jugando con fuego.

Y concentró toda la ira y todo el miedo en su mano. Recogió la linterna, la giró entre la punta de los dedos y la lanzó, pero no hacia las botellas, sino contra la lámpara de queroseno que Sorrotore había dejado en el suelo. La lámpara estalló, y las llamas prendieron el whisky, serpenteando por el suelo hacia Sorrotore.

Ella ahogó un grito, aspirando una bocanada de humo, cuando el fuego alcanzó el pelo aceitado y extremadamente inflamable de

Sorrotore, que chilló, tratando de apagarlo con la chaqueta.

Vita se lanzó por el agujero de la gruesa pared de piedra y cayó de cabeza. El agua era tan dura como la tierra, pero se abrió para recibirla, y ella dio vueltas y más vueltas en el oscuro líquido.

Estaba negro como boca de lobo y no encontraba el camino hacia la superficie. Se impuso no dejarse llevar por el pánico. Abrió los ojos sin dejar de dar vueltas, desorientada. Luego recordó que al respirar salen burbujas que suben, así que expulsó la mitad del aire que retenía en los pulmones —tragando a cambio un poco de agua y procurando no ahogarse— y las burbujas ascendieron. Le pareció que iban de lado, pero nadó tras ellas de todos modos, con una mano agarrando la caja que llevaba bajo la falda y la otra moviéndose en el agua.

Por fin sacó la cabeza y resolló, escupiendo y ahogándose, para tomar una bocanada de aire tras otra. Por delante de ella, a la luz de la luna, una figura acababa de salir a la orilla: Samuel. Unas manos surgieron de los arbustos para tirar de él y esconderlo.

Vita empezó a nadar desesperadamente hacia allí, pataleando, y entonces recordó los ojos que vigilaban. «¡Cuidado!», se dijo, y procuró nadar por debajo de la superficie, con el pecho ardiendo por el agua y el humo, y los brazos y las piernas luchando contra el agua con la fuerza de la desesperación más que de los músculos. Temía que en cualquier momento la lancha motora fuese tras ella. Se arriesgó a mirar atrás. Del agujero en la pared del castillo brotaba humo.

Volvió a patalear y notó que tocaba tierra con los pies. Se levantó en medio del barro, cayó de rodillas, se levantó de nuevo y se derrumbó entre las manos de Seda, que se había metido en el agua hasta la cintura para agarrarla de la muñeca y tirar de ella hasta los arbustos.

Arkady y Samuel estaban esperando, calados hasta los huesos. *Vikingo* y *Cazador*, los perros, se encontraban con ellos, mojados también.

—Creo que se han escapado por el embarcadero cuando todos los hombres se iban a cavar —dijo Arkady—. Me los llevo conmigo.

Sin una palabra más, se pusieron en pie trastabillando, con la pierna de Vita aullando de dolor, cubiertos de barro y empapados, y

avanzaron en mitad de la noche en busca de los caballos. Éstos relincharon al reconocer la cara de Arkady, que montó en uno y aupó a Vita; la niña estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerse en pie, delante de él.

Seda entrelazó las manos para ayudar a montar a Samuel. El chico tenía un profundo corte en el hombro y la sangre goteó sobre la yegua baya, pero alargó la mano buena para ayudar a Seda a subir tras él. Atravesaron el bosque al galope, con *Vikingo* y *Cazador* a ambos lados del caballo de Arkady, y salieron a los caminos rurales, aferrados unos a otros, cabalgando directos al amanecer.

Mientras se alejaban, empezó a nevar.

En el castillo, el guarda levantó la vista desde el agujero de dos metros y medio en el que se hallaba, olfateó el aire y echó a correr. Descubrió un fuego medio apagado, a Sorrotore apenas consciente tirado en las escaleras y una gran cantidad de cristales rotos. Se puso a gritar pidiendo cubos, agua, ayuda.

Y en un rincón, en una zona donde aún no habían llegado las llamas, había un montón de ropa apilada que sin duda pertenecía a esa clase de niños que jamás en su vida han albergado pensamientos peligrosos.

25

El primer tren no salía hasta varias horas después. El caballo negro yacía tumbado en el andén, y los cuatro humanos y los dos perros estaban acurrucados contra él, buscando unos en otros el dulce calor animal. Arkady había encontrado unas mantas de caballo en el campo, aun así, cuando embarcaron en el tren, a Vita le dolía hasta el último centímetro del cuerpo. Apretó los dientes para impedir que le castañetearan.

El tren estaba deliciosamente caldeado. Pronto sus ropas empezaron a despedir vapor, empañando las ventanillas del vagón. Un carrito de comida desfiló de una punta a otra del tren. Arkady encontró una moneda de diez centavos en su bolsillo, y los cuatro compartieron una única taza de chocolate caliente, que se bebieron sin esperar a que se enfriara. Luego Vita levantó los pies y se hizo un ovillo, desobedeciendo la norma que le habían enseñado de pequeña de no poner los zapatos encima de los asientos, y se recostó en la esquina del vagón.

• • •

Despertó cuando se acercaban a Nueva York. Seda y Arkady estaban dormidos, pero Samuel seguía mirando por la ventana sin pestañear. Se volvió hacia Vita.

—He estado intentando comprender lo de ese cuaderno rojo. No sólo contenía el plan. Aparte del plano de la casa, los horarios de tren y demás, en la parte de atrás vi que había... una especie de diario. Sobre

tu abuelo y la navaja. ¿Para qué era eso?

—Eso también era para Sorrotore —respondió Vita—. Quería que supiese a qué clase de hombre había intentado hacer daño.

En la estación Grand Central, el centelleo de las estrellas del techo les dio la bienvenida. Los cuatro amigos, seguidos de los dos pastores alemanes, avanzaron a duras penas a través de la nieve, cruzando la calle 45Oeste, la Séptima Avenida y Times Square, hacia el Carnegie Hall.

—Me pregunto si en casa se habrán dado cuenta de que nos hemos ido —dijo Arkady.

—Creo que lo mejor es dar por hecho que sí —respondió Samuel.

—Me pregunto qué nos harán.

Vita se estaba preguntando lo mismo y trató de acallar ese pensamiento. El problema en que se vería metida a su regreso le había parecido tan insignificante comparado con el peligro que entrañaba irse que apenas se lo había planteado. Ahora esa inquietud parecía cobrar cada vez más peso.

Al doblar la esquina, a Vita le cayó el alma a los pies. Delante del Carnegie Hall había un grupo de gente: los padres de Arkady, Morgan Kawadza, con el rostro tenso de furia, y la acróbata Maiko. Un policía estaba tomando notas. Junto al grupo, se encontraba su madre, que escudriñaba la calle con cara de desesperación.

Seda se apresuró a retroceder y a esconderse tras la esquina. Los otros la imitaron.

—¡Yo no voy con vosotros! —exclamó Seda—. Me iré al Bowery.

—¡No! —replicó Arkady—. Ese policía no te reconocerá... no es el del otro día. Y tenemos que permanecer juntos. Además, ¿no quieres ver la esmeralda?

De nuevo doblaron la esquina juntos: maltrechos y sucios por el viaje, por el lago, exhaustos. Hubo una pausa brevísima... y luego se oyó un alarido animal y vieron a Julia Marlowe corriendo hacia ellos.

Levantó a Vita en volandas, estrechándola contra su pecho como si quisiera fundirse con ella.

—¿Dónde has estado? ¿Estás herida? ¡Tienes sangre! ¿Qué ha

pasado? ¿Qué has hecho?

Vita hundió la cara en el hombro de su madre para oler su perfume y le rodeó el cuello con los brazos. No la soltó ni cuando Julia aflojó el abrazo para enjugarse las lágrimas.

El policía se marchó protestando entre dientes, y durante unos segundos se dejaron llevar por un torbellino de emociones. Arkady se vio simultáneamente abrazado y abofeteado por su madre, mientras su padre se mantenía a un lado, contemplando furioso la escena. Samuel permanecía por completo inmóvil delante de su tío, que le hablaba en shona, en voz baja y temblando de nervios. Seda se quedó aparte, mirando al suelo.

—Deberíamos entrar, así estaremos calientes. —El señor Lazarenko habló con un fuerte acento ruso, y su voz rebosaba una ira apenas controlada—. Será mejor que tengáis todos una buena excusa después de la noche que nos habéis hecho pasar.

Entraron en el magnífico vestíbulo de mármol. Los dos perros siguieron a Arkady.

—Vayamos al escenario principal —dijo la señora Lazarenko—. Ya la estarán calentando para la matiné. Y hay alguien esperando.

Fueron todos hacia allí. Los pastores alemanes se subieron a dos de las butacas de terciopelo y se quedaron dormidos. Vita sólo veía una figura sentada en una silla de madera en el centro del escenario. Una voz resonó por el enorme recinto:

—¡Granujilla! Quiero una explicación, por favor.

El abuelo de Vita se puso en pie y la miró apoyado en su bastón. Tenía la cara surcada de sombras. No sonreía.

Su madre la empujó hacia delante.

—Ve con él. Ha estado muy preocupado por ti y está muy enfadado. Yo pensaba que le daba un ataque al corazón.

Rara vez tenemos la oportunidad de demostrar lo que valemos poniendo un tesoro a los pies de aquellos a los que amamos. La sala parecía crecer mientras Vita la cruzaba; tenía la sensación de haber recorrido varios kilómetros cuando subió los escalones del escenario y se plantó ante su abuelo.

Vita se desabotonó la blusa, metió la mano debajo de la camiseta interior y sacó un paquete. Retiró el hule que lo envolvía, todavía húmedo, y depositó la caja de madera en la mano de su abuelo.

El anciano comenzó a temblar y buscó los ojos de su nieta con los suyos.

—Granujilla… ¿cómo has hecho esto? ¿Qué has hecho?

—No hemos podido abrirla —susurró Vita—. No encontrábamos el cierre… y nos preguntábamos si lo habrían soldado. Estaba en la torre.

—¿En el castillo del Hudson? ¿Habéis ido al castillo?

Miró boquiabierto a Vita, a Samuel, a Seda y a Arkady, que habían seguido a su amiga y se encontraban en un rincón del escenario.

—Sí. Creemos que… tiene que ser ésta. Sí que lo es, ¿verdad?

El anciano giró la caja entre las manos. Durante unos segundos espantosos, Vita temió que no la reconociera… que no fuese la que necesitaban, que hubieran emprendido una peligrosa misión por tierras remotas para recuperar una simple caja.

Pero los dedos del abuelo recorrieron la madera buscando algo. Presionó un punto y la base frontal de la caja se deslizó hacia delante, revelando una cerradura no mayor que la uña del meñique de Vita. Luego el anciano sacó la cadena de su reloj.

—Tengo la llave atada aquí. Creía que era lo único que me quedaba. Creía que la caja había desaparecido. Creía que ya no conservaba nada más que la llave e intentaba convencerme a mí mismo de que con eso bastaba.

La llave era minúscula, pero el hombre consiguió manejarla a pesar de sus manos artríticas. Se oyó un sonido metálico cuando la insertó en la cerradura, como si la hubieran usado tan sólo una hora antes.

Vita se metió las manos en los bolsillos y cruzó todos los dedos.

El abuelo volvió a sentarse y se puso la caja en el regazo. Sus manos, que siempre temblaban, ahora se estremecían tanto que tuvo que intentarlo tres veces antes de que se abriera la tapa.

Se abrió con un crujido de madera envejecida; el esmalte se agrietó por la parte superior. Dentro, intacta a pesar de haberla sumergido en el lago, había una entretela de terciopelo negro.

El abuelo había dejado de respirar. Al levantar una esquina del terciopelo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Su cara, normalmente pálida, se sonrojó como la de un niño. Luego apartó el terciopelo por completo y soltó un grito quedo de amor y añoranza que Vita no había oído jamás.

El anciano alzó un colgante de esmeralda grande como el ojo de un león. Lo palpó nervioso hasta que dio con un cierre y lo abrió en dos mitades que contenían sendas fotografías. Una de ellas era del abuelo, más joven pero con la misma nariz larga y la frente ancha.

Frente a él, en la otra fotografía, una mujer miraba al mundo con ojos grandes y generosos. Era de constitución delicada y las canas le asomaban en las sienes. Sonreía, y su sonrisa era la de Vita. Y llevaba la esmeralda en el cuello.

El abuelo sacó la fotografía del medallón y se la llevó a los labios. El collar cayó al suelo, olvidado.

—Lizzy —susurró, con el rostro surcado de lágrimas que le bajaban por las arrugas de las mejillas y la nariz—. Oh, Lizzy. Mi niña, mi deslumbrante niña.

La madre de Vita se puso en pie.

—Cuando Lizzy murió —dijo el abuelo—, metí el collar en la caja, la escondí en la torre y destrocé el cierre de la puerta. Juré que jamás volvería a ver su fotografía. Estaba furioso con ella por haberme dejado, por abandonarme entre las cenizas del mundo. Pero tú me la has devuelto.

Vita se inclinó a recoger el collar del suelo y se lo puso en el regazo a su abuelo.

Él sonrió.

—Esta cosa vieja… ¿Lo quieres?

Y se lo tendió, como para ponérselo al cuello.

—¿Qué quieres decir? —Vita sintió una punzada de pánico en el corazón—. ¡No! ¡Tenemos que venderlo!

—¿Venderlo? ¿Para qué?

—Para poder contratar a un abogado… Vamos a venderlo y a recuperar el castillo. ¡Para eso es!

El abuelo la entendió por fin y le invadió una pena enorme.

—Oh, Granujilla, lo siento, no es una esmeralda auténtica, sólo es cristal verde. Ni siquiera la montura es de plata.

A Vita le dio un vuelco el corazón.

—¡No! Eran famosas. ¡Las joyas de la familia eran famosas!

—Sí que lo eran, pero acabaron todas vendidas o perdidas. La esmeralda fue la última pieza en desaparecer. La vendimos para poder pagar la reparación del tejado.

—Pero parece...

—¿Real? Lo sé. Hice una réplica del colgante original antes de entregarlo a la casa de subastas. A Lizzy seguía gustándole tanto como el auténtico. Se lo ponía y decía: «¡Jack, ponte los zapatos de baile!», y salíamos a cenar las sopas más baratas en los restaurantes más lujosos. ¡Ah, fue una época maravillosa! Pero este collar apenas vale cinco dólares.

Vita notó en la garganta la amenaza de un estallido de lágrimas.

—Pero —susurró, demasiado bajo para que él lo oyera— tu hogar... Yo iba a devolverte el castillo.

De repente sintió que se le aflojaba todo el cuerpo, y se sentó de golpe en el suelo. Había deseado tanto luchar por él... y ganar.

Por mucho que lo intentó, fue incapaz de contener la única lágrima que le resbaló por la mejilla.

Su abuelo, sin embargo, estaba radiante de felicidad, y la niña trató de recomponerse: él no debía verla llorar. Buscó su pañuelo y se sacó algo medio seco de debajo de la cinturilla; estaba a punto de pasárselo por la nariz, cuando dos palabras atrajeron su atención: «Castillo del Hudson».

Eran los documentos de la caja fuerte, medio mojados y tan delicados como el papel de seda, pero la tinta impresa no se había corrido.

—También he encontrado esto —dijo, y como el abuelo seguía aferrando la fotografía de su esposa con ambas manos, se los pasó a su madre—. Ten, mamá... Estaban en la caja fuerte de la chimenea.

Su madre se quedó mirándola con los ojos desorbitados, enfureciéndose de nuevo.

—¿En la caja fuerte de la chimenea? Vita, ¿dónde diablos has estado...?

Pero entonces vio las letras impresas y se calló de golpe, como si la hubiesen abofeteado. Con sumo cuidado, aceptó los papeles de manos de Vita y los extendió sobre el suelo del escenario.

—¿Qué son? —preguntó Vita.

—Son las escrituras del castillo del Hudson. Sorrotore no las tenía. —Y se le iluminó el rostro de repente—. Nunca las ha tenido.

Costó un rato que cesaran las exclamaciones y el alboroto. Su madre y su abuelo se sentaron juntos, hablando en susurros apresurados, con las manos temblando por la impresión y la alegría. Los Lazarenko y Morgan Kawadza seguían desconcertados, y aún había escepticismo y furia en sus ojos.

—Necesitamos conocer la historia desde el principio —declaró la señora Lazarenko.

—Ahora —añadió el señor Lazarenko.

Samuel y Arkady miraron a Vita. Seda se miró las manos.

—Cuéntala tú —le dijo Arkady a Vita—. Es tu historia.

—Empieza por el porqué —pidió la señora Lazarenko.

Vita descubrió que le faltaban las palabras. Debería ser evidente, pensó. Sólo había luchado por defender a sus seres queridos. Negó con la cabeza.

—Entonces empieza por el cómo —sugirió Morgan Kawadza—. Y el qué.

Vita asintió. Miró sólo a su abuelo mientras hablaba, y así le resultó más fácil. Los ojos del anciano relucían como esmeraldas.

—Todo empieza, supongo, con el cuaderno rojo. Empieza con mi plan.

—Eso no suena al verdadero principio, Granujilla. El auténtico principio.

De modo que Vita retrocedió... del todo. Hasta su tatarabuelo y su castillo; hasta su abuelo y ella en la cama de hospital, y hasta Sorrotore

y las mentiras de las que nadie había sospechado.

Describió los veloces dedos de ladrona de Seda, que sacudió la cabeza y miró a la pared sin pestañear, con un velo de incomodidad, o vergüenza, o furia, o las tres cosas a la vez. El señor Lazarenko entornó los ojos.

Vita describió la maestría de Arkady con los pájaros, los perros y los caballos, y la forma en que los seres vivos parecían detectar la ternura oculta en su piel. Les habló del día en que había visto a Arkady galopando sobre *Moscú* por las calles de la ciudad, y Morgan Kawadza apretó los labios.

Les contó la forma en que Samuel había trepado por la pared del castillo. Describió su vuelo desde la lámpara de araña, la manera en que había desafiado la fuerza de gravedad; como si ésta fuera opcional, al menos para las personas como él. Samuel vio que su tío lo miraba y, encogiéndose, también se volvió hacia la pared.

—¡Columpiándose en la lámpara de araña! —exclamó el abuelo—. Pero, bueno, ¡qué cosa tan magnífica!

Cuando por fin concluyó su relato, se produjo un silencio sepulcral.

Luego el señor Lazarenko se volvió hacia Seda.

—Tú, chica —le dijo con brusquedad—. Enséñame lo que dicen que sabes hacer. Demuéstrame que es verdad.

—¿Me promete que no me arrestará? —quiso saber Seda—. Lo que hago es ilegal.

El señor Lazarenko asintió, pero sus ojos reflejaban incredulidad, poco convencidos.

Seda se volvió hacia la madre de Vita y le preguntó en voz queda:

—¿Podría prestarme una moneda?

Julia rebuscó en su bolsillo y le tendió una moneda de diez centavos.

—Por favor —continuó Seda—, ¿podría ir todo el mundo a sentarse en la primera fila? Así es más fácil.

Los adultos se miraron unos a otros; al cabo de unos segundos, el señor Lazarenko soltó un gruñido y todos pasaron por delante de Seda para acomodarse en los asientos de la primera fila de la inmensa sala. Ella se alisó el vestido y se peinó la trenza con los dedos. Los niños

siguieron a los adultos, y Seda se quedó sola en el borde del escenario.

Les mostró la moneda de diez centavos. Luego entrelazó las manos y volvió a abrirlas, mostrando que la moneda había desaparecido. Los adultos aplaudieron educadamente, pero sus ojos no revelaban una gran admiración. Vita se contuvo para no sonreír de oreja a oreja; se mordió el labio, expectante.

Seda se encogió de hombros.

—La moneda está dentro de mi manga. Seguramente ya se lo han imaginado. —Luego sonrió con timidez a la madre de Vita—. Señora Marlowe, ¿me ayuda? ¿Podría escribir algo por mí?

Julia sacó el bolígrafo que llevaba en el bolsillo delantero y lo destapó; después se quedó mirándolo, con el cuerpo completamente rígido.

—Le ha quitado el cartucho de tinta.

Seda esbozó una sonrisa casi invisible.

—Señor Lazarenko, si mira usted en el interior de su bota derecha, encontrará un pañuelo de seda que pertenece al abuelo de Vita.

El señor Lazarenko se inclinó, mirándose fijamente la bota, de la que sacó un pañuelo de un color rojo intenso. El abuelo se tocó el cuello, pasmado.

—Pero... no es posible...

—Señor Welles —continuó Seda con voz dulce—, ¿le importaría mirar en su bolsillo izquierdo?

El anciano sacó un anillo de oro y lo miró boquiabierto.

—¡Eso es mío! —exclamó Morgan Kawadza—. ¡Es mi sello!

—*O Bozhe!* —exclamó el señor Lazarenko, que se volvió hacia los niños con el rostro transfigurado. De repente se parecía mucho a Arkady—. ¿Qué más cosas habéis estado ocultando?

El Salón de Baile Dorado estaba vacío cuando Arkady condujo a su público hasta allí. Vacío si exceptuamos la presencia de *Moscú* y *Alcornoque*, claro, que acudieron juntos a saludar al chico a lametones. Arkady pasó por alto las exclamaciones de sorpresa de su padre al ver

al perro; abrió las ventanas, se inclinó hacia fuera y emitió su agudo y anhelante silbido.

Los pájaros descendieron como una tormenta. Entraron en tropel por las ventanas, llenando el aire de plumas y cantos bulliciosos.

Rasko dibujó un círculo alrededor de la cabeza de Arkady y se posó en su hombro. *Rimsky* llegó graznando y lanzando sus carcajadas guturales desde un árbol cercano, y aterrizó en el brazo del abuelo de Vita, que soltó un grito de alegría.

Arkady silbó de nuevo. Transcurrieron cinco minutos, y cada segundo aparecían más pájaros. Se apiñaron sobre el chico, apelotonándosele en los hombros; palomas a lo largo de un brazo, como una manga; un petirrojo en el hombro; un herrerillo en la coronilla.

—¿Qué es esto? —le preguntó su padre.

Arkady le sonrió, aunque era una sonrisa algo vacilante.

—Esto es lo que quiero. No sólo los caniches, papá, no sólo caballos... Lo quiero todo. Perros, caballos, palomas, ardillas, ratas y cuervos... todos los animales a los que la gente no presta atención, todos, bailando juntos. Quiero que la gente los vea, que los vea de verdad. Quiero hacer algo completamente nuevo. Sería como estar en el corazón del bosque, pero en mitad de un teatro. ¿Te lo imaginas?

Las cejas del señor Lazarenko aún no habían vuelto a su posición habitual. Sin embargo, la señora Lazarenko sonreía, y en su sonrisa había orgullo suficiente como para alumbrar una ciudad entera.

—Aquí hay algo —dijo dirigiéndose a su marido, que la miró con un entendimiento forjado tras muchos años juntos.

La mujer ladeó la cabeza de forma interrogativa. Despacio, tan despacio que casi parecía estar inclinándose, el hombre asintió.

—¿Qué? —dijo Arkady.

—Una *troupe* —respondió el señor Lazarenko.

Morgan Kawadza levantó una mano.

—Nikolai, no. Samuel, no.

—Morgan, espera, espera un poco —le pidió el señor Lazarenko, y se volvió hacia Seda, que tenía una mano sobre la enorme cabeza de

Alcornoque—. Tú, chica, ¿qué te parecería si te propusieran unirte al circo?

Ella se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Qué?

—Buscaré a alguien que te entrene. Puedo convertirte en la mejor prestidigitadora de este continente. Podrías aprender también el arte del escapismo... ya eres capaz de abrir candados. La gente hará cola para que les vacíes los bolsillos.

Dio la impresión de que Seda se encorvaba y se tambaleaba de la impresión. Por primera vez, Vita vio que su amiga se había quedado sin palabras.

—Yo... no sé. No... yo no. —Seda se volvió con expresión desvalida hacia los otros tres, y sus caras le dieron valor. Tomó aire y alzó la barbilla. Aunque ya era alta, en ese instante creció ocho centímetros más—. Sí. Digo que sí.

—¿Con quién tendría que hablar? ¿Quiénes son tus tutores? ¿Tus padres? —preguntó Lazarenko.

Seda negó con la cabeza.

—No tengo padre. Y mi madre murió hace mucho.

—¿Tienes algún pariente?

—No tengo a nadie. —Volvió a mirar a Arkady, Samuel y Vita, y sus ojos se detuvieron en ella—. Bueno, jamás había tenido a nadie, hasta ahora.

—Una *troupe*, entonces —dijo Lazarenko.

—Pero una *troupe* sólo tiene prestigio si puedes hacer que vuele —intervino Maiko.

—Un vals de animales, una carterista... y una lanzadora de cuchillos —enumeró la señora Lazarenko.

Hacía rato que Vita tenía la impresión de estar en un sueño. El agotamiento de la noche la estaba venciendo, y que la yegua intentara comerle el pelo no ayudaba a esa sensación general de irrealidad. Pero, al oír aquello, irguió la cabeza de golpe y miró fijamente a Lazarenko.

—¿Yo?

—Sí. —El hombre ya mostraba la sagaz expresión de los negocios—.

El circo puede ser un buen hogar. Llevará su tiempo. No es fácil, pero creo que podrías ser la persona adecuada.

La señora Lazarenko emitió un sonido a medio camino entre la risa y la exasperación.

—¡Kolya! Que no es un caballo por el que haya que regatear. Es más que adecuada, ¡es extraordinaria!

—Es mucho más que extraordinaria —dijo el abuelo—. Ella sola es como un ejército entero.

Vita miró a su madre y a su abuelo.

—¿Mamá?

La expresión de su madre era compleja. Por su rostro pasaban decenas de sentimientos que Vita no fue capaz de descifrar, y unos pocos que sí: orgullo, dudas, más de doce años de miedo protector. Sin embargo, la expresión que se asentó fue la del amor.

—¿Es eso lo que quieres?

Vita miró alrededor; la enorme extensión del escenario y su magnitud. Pensó en Lady Lavinia, en la feroz elegancia y precisión de sus manos y su mirada. Luego pensó en su pie torcido, en su pantorrilla escuálida y en sus botas desiguales, y en los miles de personas que los verían si se plantaba en mitad de un escenario todas las noches.

Irguió la espalda y apretó la mandíbula como un boxeador.

—¿Eso es un sí? —le preguntó el señor Lazarenko.

Vita sintió que una gran sonrisa despuntaba en su cara y estaba a punto de responder cuando Arkady se le adelantó.

—¡Por supuesto que sí! Está decidido desde hace mucho. Ya somos una *troupe*.

Al oír la palabra *troupe*, Morgan Kawadza levantó una mano.

—¡No! Para vosotros tres, sí, si es lo que queréis. Ayudaré a entrenar a tu chico, Lazarenko, si desea aprender sobre caballos... quizá tenga talento. Pero sé lo que estáis pensando, y mi respuesta es no: Samuel, no. Él es el heredero de mi número. Y es mi responsabilidad; juré que cuidaría de él. No lo expondré a la despreocupación y la crueldad del mundo.

Samuel se había quedado aparte, con los brazos retorcidos y

entrelazados.

—Yo quiero volar —declaró—. Es lo único que quiero. Sé que no será fácil, pero no me importa, no me importa ni una pizca.

—Es imposible —insistió Kawadza—. ¡Ahora resulta que el chico puede trepar por una pared y balancearse de una cuerda!

Vita no estaba mirando a Kawadza, sino a Samuel, plantado en mitad del salón de baile. La misma claridad que ella había visto en el trapecio empezaba a verse en la expresión de su cara.

—No —respondió Samuel.

—No es no... —empezó Kawadza.

—¡Vale, de acuerdo! Entonces, sí. Sí, tío. Sé que quieres mantenerme a salvo, pero eso no basta. Y, sí, sé que será duro, más duro de lo que es justo, más duro que para ningún otro... tan duro que quizá fracase. —Y descruzó los brazos—. Pero voy a volar de todos modos.

Y corrió a la ventana, en la tercera planta.

—¡Detente! —gritó Kawadza.

Pero Samuel no se detuvo. No había nacido para detenerse. Tocó con los pies el alféizar y se impulsó hacia arriba, por el aire. Y al descender, recto como un clavo, se agarró al asta de la bandera que sobresalía de la fachada del Carnegie Hall. Giró y giró a su alrededor como un gimnasta olímpico, hasta tres veces. Luego se soltó, dio una vuelta en el aire, con los brazos cruzados con fuerza en el pecho, y fue a aterrizar, completamente de pie, en el techo de un coche estacionado. Y se deslizó a la acera.

Y allí saludó.

Morgan Kawadza miraba sin pestañear hacia la calle neoyorquina... a la gente que se cruzaba atareada, al distraído vendedor de periódicos, y a Samuel, plantado resplandeciente y solo a pesar del torrente de gente, con la cabeza levantada hacia el cielo.

Vita se fijó con más atención en el vendedor de periódicos. Vio a duras penas algunas palabras del titular: HOMBRE DE NEGOCIOS, HUDSON e INFIERNO.

Una lágrima rodó por las mejillas de Kawadza.

—Vuela. Es un chico que vuela.

26

Investigaron el incendio. Algunas cosas son imposibles de barrer debajo de la alfombra, y una de ellas fue una historia que no tardó en difundirse: la de un incendio en la bodega de un castillo y una banda de niños con cuchillos al cinto y alas en los pies. Vita se descosió el dobladillo de la falda y entregó el anillo a la policía.

Sorrotore estaba en el hospital cuando lo arrestaron. El incendio se había apagado solo antes de que las llamas se extendieran por el resto del castillo. El cuero cabelludo de Sorrotore era el que había salido más perjudicado. Al hombre se le había quemado casi todo el pelo, y la cabeza se le había quedado en carne viva.

Se abrió una investigación por asesinato. Registraron el apartamento de Sorrotore, donde encontraron documentos incriminatorios y una buena cantidad de botellas de alcohol de contrabando. Se investigaron otros incendios conectados con las propiedades de Sorrotore, y se descubrió una fraudulenta cadena de reclamaciones a las compañías de seguros y un gran número de demoliciones bajo el nombre de dieciocho empresas distintas.

Localizaron y detuvieron a Dillinger en una taberna clandestina. No quedó claro que estuviera sobrio para entender lo que le decían cuando le leyeron sus derechos, pero, si alguien se hubiera fijado bien, quizá habría visto que su cara reflejaba alivio.

«Jugando con fuego», dijo, y emitió un sonido parecido a una carcajada o un estertor.

—De modo que el castillo del Hudson vuelve a estar en manos de su

padre —le dijo Lazarenko a Julia Marlowe.

Había invitado a Vita y a su madre a su camerino del Carnegie Hall, «para hablar de negocios». Era evidente que hablar de negocios se le daba muy bien; las había hecho pasar con expresión resplandeciente.

—¿Irán a vivir allí?

—En teoría, nos encantaría —respondió Julia—. Pero no se puede vivir en una teoría. Se está desmoronando. Por lo visto apenas existen lagos ornamentales de este tipo, y eso lo hace muy valioso. Hay algunos promotores interesados.

—Yo quiero vivir allí —intervino Vita—. No me importa cómo esté.

—¿Y por qué no, si es lo que les gustaría? —preguntó Lazarenko.

—Bueno, se está cayendo —respondió Julia—. Tiene carcoma, podredumbre seca, goteras.

—Ya veo.

—Y luego, claro, está el hecho de que mi hija prendió fuego a la bodega.

Lazarenko asintió muy serio.

—También está eso, claro. —Pero sus ojos habían empezado a brillar con la luz de una idea—. Yo estoy buscando un lugar en el que instalarme, ¿sabe? Un lugar donde pasar los inviernos. Arkady necesita estar en un mismo sitio para trabajar con sus animales. Llevo demasiado tiempo trasladándome de un lugar a otro. Estoy buscando algún sitio en el que entrenar a los jóvenes y buscar nuevos talentos: una escuela.

—No lo sabía.

—Se me ha ocurrido un lugar en una zona del interior. Un sitio cerca del Hudson. Un sitio con espacio para que los niños corran. —Y sonrió a Vita—. Pero el lugar que tengo en mente necesita trabajo. Y necesitaría a alguien que supervisara ese trabajo... y se ocupara de todo cuando yo estuviese fuera. ¿Usted y el señor Welles estarían interesados en un trabajo de esa índole? Es una pregunta hipotética, claro.

—Pero... usted no me conoce —respondió Julia.

—Vita tiene una mente organizativa increíble. Doy por supuesto, por lo que ella cuenta, que la ha heredado de usted. ¿Qué opinaría de mi

propuesta? Hipotéticamente, claro.

—¿Hipotéticamente? —repitió Julia, tomando una gran bocanada de aire—. Hipotéticamente, no puedo imaginarme nada más hipotéticamente maravilloso.

—Estupendo. Extenderé un cheque nada hipotético.

Todos estuvieron de acuerdo en que no había ningún motivo para devolver la tortuga *Imperium* a su propietario.

Y el abuelo, valiéndose de la confusión del momento, llevó el pasaporte de Vita a la policía y les explicó que la tortuga que guardaban como evidencia pertenecía a su nieta. La prueba estaba allí mismo, escrita con rubíes en el caparazón del animal.

Con el mayor de los cuidados, Arkady extrajo las piedras preciosas de los caparazones de las tortugas usando las pinzas de Vita. Al final resultó que no eran tan valiosas como parecían. Como muchas de las pertenencias de Sorrotore, formaban parte de su necesidad de ostentación. Pero les dieron lo suficiente por ellas para comprar un pequeño elefante y montarlo en un barco rumbo a un santuario de la India, donde nadie lo molestaría con varas con punta de hierro, y viviría donde debería haber nacido: rodeado de verde y bajo un cielo inmenso.

Ya era primavera cuando salieron del Carnegie Hall. Fueron a pie a la estación de tren, y, esta vez, Nueva York frenó en seco para contemplar su partida. Un camarero se quedó paralizado con un dedo en la nariz. Un par de hombres jóvenes dejaron sus maletines en el suelo, boquiabiertos. Un crío no más alto que un perro labrador soltó un chillido de alegría y corrió tras ellos calle abajo.

Ellos avanzaban airosos. Arkady iba de rojo, con *Alcornoque* pisándole los talones y mordisqueándole la mano si el chico prestaba demasiada atención a los dos pastores alemanes, que también caminaban junto a él. Llevaba un cuervo posado en cada hombro, y lo

seguía *Moscú*, sin riendas, adornada con cintas blancas y bajando de vez en cuando el hocico para tocarle la oreja.

Seda iba ataviada con su ropa de entrenamiento: mallas, una chaqueta de punto cruzada y falda. Se negaba a quitársela, y había que arrebatársela a la fuerza para llevarla a la lavandería. Tenía el pelo recién lavado y cepillado, y le caía como oro blanco, con el resplandor de soles lejanos, hasta la cintura.

Julia Marlowe caminaba con Morgan Kawadza, y entre ambos, tomando a cada uno de un brazo, iba el abuelo.

Samuel vestía unos pantalones azul cielo, una camiseta de tirantes y unos zapatos negros de entrenamiento. Su expresión cautelosa no había desaparecido del todo... jamás desaparecería por completo, la conservaría hasta el último día de su vida (no se fue de este mundo como un artista reconocido internacionalmente, como se merecía, pero tampoco solo, y un año después de su muerte, su nieto bailó en el Carnegie Hall). Pero ese día Samuel tenía la expresión de alguien que sabe lo que es volar. Él no iba por la acera. Aquél era un día para recordar, de modo que, para grabárselo en la memoria, fue saltando de lo alto de una farola a otra, por encima del techo de los coches: volando.

Vita llevaba las botas de seda roja y la falda roja, y al cuello, el collar con el colgante de cristal verde.

Subieron al tren en la estación Grand Central y ocuparon un vagón entero. La yegua provocó cierto alboroto, pero nada exagerado.

Cuando el tren se detuvo en la minúscula estación —irreconocible bajo la brillante luz del sol—, los amigos miraron de forma automática a Vita. Pero ella dio un paso atrás, y el abuelo se adelantó, apoyándose en su bastón.

—Por aquí.

Fueron en taxi por carreteras pavimentadas, con Arkady montado en *Moscú* y seguido de *Alcornoque*, *Vikingo* y *Cazador*. Dejaron los vehículos al llegar a un camino de tierra, y avanzaron entre arbustos de rosa mosqueta que descendían en cascada hasta el suelo y envueltos por el trino de los pájaros que se llamaban por encima de su cabeza.

Vita sonrió a Arkady, a Seda y a Samuel, y fue a colgarse del brazo de su abuelo para continuar con él, a su ritmo.

—Granujilla —le dijo el anciano en voz muy baja—, ¿y si es imposible?

—¿Si es imposible el qué? —quiso saber Vita.

—¿Y si no puedo volver a casa sin Lizzy? —Miró hacia el castillo, al otro lado del lago—. Ella era mi hogar. ¿Cómo puedo regresar sin ella?

Vita se quedó sin palabras, porque no había palabras para responder a aquello. Se limitó a apretarle el brazo con más fuerza.

Se montaron en varias barcas para llegar al embarcadero y luego fueron hasta la cancela del jardín. Al anciano le temblaban las piernas, y se agarró a la portezuela para mantener el equilibrio. Levantó un pie, pero volvió a posarlo en el suelo.

Vita sintió un pavor repentino: ¿y si su abuelo era incapaz de entrar? ¿Y si le fallaban las piernas o el corazón? Ella hizo el amago de dar un paso adelante, pero se detuvo; el anciano se había sacado una fotografía del bolsillo de la pechera.

—Tú y yo, mi niña —susurró.

Y Lizzy lo miró enarcando una ceja desde la fotografía.

Jack Welles sonrió y entró en el jardín, lleno de flores de todos los colores y rosas rojas brotando por las paredes.

Recorrieron el sendero hasta el jardín tapiado, con Vita delante, seguida de su madre y de todo el circo. Entraron. La fuente funcionaba y lanzaba cascadas de agua entre un mar de rosas; delante, había una placa.

Nadie habló mientras Vita leía en voz alta: «Elizabeth Ailsa Welles. Mi amada, mi amor».

El abuelo se quedó inmóvil con la cabeza gacha. Una lágrima le resbaló por la mejilla y mojó el seco suelo.

Samuel fue el primero en moverse. Lentamente, casi sin hacer ruido, comenzó a dar volteretas y más volteretas hacia atrás en el aire, arqueándose despacio y apoyando las manos entre las flores. Arkady lo siguió, y luego Seda. Los tres se habían expresado siempre con las manos y los pies, y en ese momento bailaban como si hubieran

inventado la valentía.

El abuelo se apoyó en el hombro de Vita, usando la fuerza de su nieta para enderezar la espalda. A ella le tembló la pierna izquierda, pero se mantuvo firme bajo el peso del anciano. Él miró la placa como si quisiera grabar en su memoria hasta el último de sus trazos. Luego se volvió para admirar a los chicos haciendo piruetas por la hierba, después contempló su hogar, y, por último, bajó la mirada hasta su nieta, que lo observaba con expresión amorosa.

—Has hecho algo grandioso, Granujilla, algo grandioso. —Y la empujó hacia los bailarines—. Ve con ellos.

Y la vio marchar, saltando, cojeando, levantando polvo con los pies, y cerró los ojos lentamente. Cuando volvió a abrirlos, sus ojos eran los de un hombre que había deambulado por una tierra árida y que, contra todo pronóstico, había redescubierto algo semejante a la abundancia.

—¡Qué cosa! —exclamó—. ¡Qué cosa tan milagrosa, impensable e insensata!

Y golpeando la tierra primaveral con el bastón, se encaminó hacia la casa.

AGRADECIMIENTOS

Siempre pienso: «Este nuevo libro será más fácil», y siempre me equivoco de manera estrepitosa. Que el libro exista es responsabilidad de las siguientes personas, a las que les debo más de lo que puedo expresar.

A Ellen Holgate, mi editora en Bloomsbury, y a Claire Wilson, mi agente, les debo el mayor de los agradecimientos. Las dos son increíblemente sagaces y perspicaces, y tremendamente generosas; han sido el mejor golpe de suerte de mi vida profesional.

A todos los de Bloomsbury, y en particular a Fliss Stevens, por pelearse con la criatura laberíntica en que se convirtió este texto.

A todos los de Simon & Schuster USA, por la experta edición del texto y lograr que los paseos de Vita por Nueva York resultaran geográficamente plausibles.

A mi hermano mayor, por ser un lector tan infaliblemente amable y señalar mi adicción casi patológica a algunos signos ortográficos. A mis padres, por todo, siempre.

A la maravillosa comunidad de escritores de literatura infantil del Reino Unido, especialmente a Cat Doyle, Abi Elphinstone, Kiran Millwood Hargrave, Ross Montgomery, Lauren St John, Piers Torday, Katherine Woodfine y Katie Webber.

A mi panda de jóvenes lectores, que hicieron sugerencias fabulosas y fueron muchísimo más amables con el libro de lo que yo tenía derecho a esperar.

A Cerrie Burnell, que leyó el primer manuscrito, le estoy muy agradecida por su amabilidad. A Tlotlo Tsamaase y Marcus Ramtohul, que hicieron de lectores perspicaces y de generosa sensibilidad.

A Dmitri Levitin, por ser mi autoridad rusa. A Max McGuinness, mi especialista en Nueva York, y a Jeremy Seysses, que se aseguró de que el vino que bebe mi villano fuera de la mejor cosecha posible.

A los profesores de trapecio de la Gorilla Circus Flying Trapeze School, que me enseñaron a dar vueltas como una peonza con las rodillas.

Y a Charles Collier, que recorrió conmigo más de ciento cincuenta kilómetros de campiña, charlando sobre piedras preciosas robadas y niños rebeldes, y que me contó muchísimas cosas sobre la historia que yo desconocía.

Nueva novela de una de las grandes novelistas juveniles anglosajonas.

Cuando Vita Marlowe aterriza en Nueva York, ciudad a la que ha viajado con su madre desde Inglaterra, ignora que está a punto de emprender una arriesgada aventura para ayudar a su querido abuelo Jack Welles. Un famoso estafador con conexiones con la mafia lo ha engañado y el anciano ha perdido su casa y todas sus posesiones. Su nieta hará lo imposible para hacerle sonreír de nuevo.

Con ese objetivo en mente, Vita urde un plan con la ayuda de una joven carterista y dos talentosos aprendices del circo, ambos amantes de los animales y capaces de desafiar la gravedad con sus excepcionales habilidades. Rápidamente los cuatro amigos se verán envueltos en una intriga repleta de emoción para recuperar el hogar de Jack.

La nueva novela de Katherine Rundell es una historia trepidante y apasionada, con elementos de luces y sombras, protagonizada por un grupo de niños unidos contra el mal y la injusticia.

«Rundell es una de las mejores escritoras de literatura juvenil que hay en este momento, y si aún no la has descubierto, este libro divertido y adictivo es una gran opción para comenzar. Es probable que sea el mejor libro juvenil que leerás este año.»
The Times

«Una historia deslumbrante llena de esperanza, dolor, valentía y amor intergeneracional.»
Publishers Weekly

«Rundell tiene un don para las descripciones precisas y hermosas. El libro está lleno de escenas bellas y sorprendentes, como la del caballo blanco galopando por la ciudad a primera hora de la mañana, así como de un generoso sentido de la aventura y el compañerismo. Rundell usa, y subvierte ligeramente, la clásica historia de la búsqueda del tesoro.»
Literary Review

«Los buenos ladrones es un libro de intriga maravillosamente escrito que deleitará a los seguidores de Rundell.»
The Telegraph

Katherine Rundell (Kent, Inglaterra, 1987), que ha vivido en Harare, Bruselas y Londres, es profesora asociada en el All Souls College de Oxford. Ha escrito las novelas *Cartwheeling in Thunderstorms*, *The Wolf Wilder*, *Sophie en los cielos de París* (Salamandra, 2017) y *El explorador del Amazonas* (Salamandra, 2020), con las que ha conseguido numerosos reconocimientos y premios, entre los que se cuentan el Waterstones Children's Book, el Blue Peter Book y el Premio Costa al mejor libro juvenil. Sus novelas se han traducido a más de veinte idiomas. Aparte de escribir y enseñar, también estudia literatura del Renacimiento y, en su tiempo libre, disfruta practicando el funambulismo y encaramándose a los tejados de las facultades de la universidad.

Título original: *The Good Thieves*

Edición en formato digital: junio de 2021

© 2019, Katherine Rundell
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Begoña Hernández Sala, por la traducción

Adaptación del diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Marie-Alice Harel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18174-45-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: @salamandraed
Twitter: @salamandraed
Instagram: @salamandraed

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los ladrones buenos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Katherine Rundell

Créditos